

Alguien que
no esperas



OLIVIA KISS

Alguien que no esperas

Olivia Kiss

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[EPÍLOGO](#)

Capítulo 1

(10 años)

A Maya no le gustaba que llegaran visitas a su casa. Sus padres cambiaban el tono de voz y reían de una manera forzada; los notaba más simpáticos de lo normal y no entendía por qué no podían ser simplemente como cuando estaban los tres solos. También detestaba que le pusieran ese vestido beige pomposo nada cómodo y el lacito en la coleta. Se sentía disfrazada como en Halloween.

—Tenemos que dar buena impresión a los Ward, cariño —le dijo su madre mientras acababa de anudar el lazo con una sonrisa.

—Jo, mamá, yo quería jugar en mi cuarto —replicó Maya cruzándose de brazos.

—Vienen desde muy lejos y no conocen a nadie en el pueblo. Ahora van a ser nuestros vecinos. Hay que ser amable, Maya; algún día, nosotros podríamos estar en esa misma situación y siempre se agradece una bienvenida agradable.

Maya levantó la cabeza pensando en lo que le había dicho su madre. Recordó que la semana anterior, cuando le cambiaron de clase en el colegio por la reestructuración, Micaela Leigh le dijo que se sentara a su lado y que podían ser amigas. Eso le hizo sonreír y que se sintiese más cómoda de inmediato entre sus nuevos compañeros.

—Está bien —respondió Maya mientras su madre le acariciaba la cara.

—Tranquila, cielo, seguro que te lo pasarás bien. Tienen un hijo como tú, de diez años.

—¿Sí? ¡Qué guay! Lo llevaré a mi habitación y jugaremos.

—Claro, cariño —corroboró su padre, que estaba acabándose de colocar la corbata delante del espejo de la entrada de casa.

A Maya empezó a entusiasmarle la idea de la visita. Tener un nuevo amigo en el barrio podría estar bien. Hood River era un pueblo de pocos habitantes y en la zona donde vivían los Baker, no había muchos niños de su misma edad.

Josh, el padre de Maya, apartó con cuidado la cortina para mirar al jardín a través de la ventana.

—Ya están aquí —anunció.

Se pusieron frente a la puerta y el timbre sonó. Josh abrió y Maya esperó delante de su madre, que posaba las manos en los hombros de la pequeña. Los Ward mostraban una sonrisa muy amplia. Allí estaban perfectamente posicionados. La madre lucía un vestido gris sobrio con un cinturón negro a juego con los zapatos y el bolso de marca. El padre un pantalón y chaqueta con corbata y el pequeño de los tres, unos pantalones de pinzas y una camisa con una minicorbata. Parecía que antes de llegar se hubiesen retocado con Photoshop, porque las vestimentas no tenían ningún tipo de arruga ni sombra por ningún lado.

—¡Hola! ¡Vosotros debéis de ser los Ward! —exclamó Josh—. Pasad,

pasad.

—Los mismos —respondió el padre de familia—. Yo soy Kevin, mi mujer Sofie y este es el pequeño Patrick —dijo mientras le colocaba al niño un diminuto mechón de pelo en el perfecto peinado con la raya al lado.

—Hola, señores Baker. —Patrick les ofreció una cesta llena de jabones naturales, avena orgánica y varios productos con una etiqueta en la que ponía *BIO*—. Esto es para vosotros.

—Muchas gracias, es muy amable por vuestra parte. Bienvenidos. Yo soy Josh, ella es Shana, mi mujer, y ahí está Maya. Dile *hola* a los Ward, cariño.

—Hola, señores Ward. Hola, Patrick.

La pequeña sonrió y los saludó con la mano.

Todos rieron por la ternura que desprendía Maya.

Los Ward acababan de mudarse a Hood River. Todo era tan reciente, que aún tenían parte de sus pertenencias en cajas porque no les había dado tiempo a colocarlas. A Josh le habían ofrecido un puesto de director de ventas de una importante compañía de embarcaciones de lujo. Estaba situada cerca del puerto del río Columbia y, aunque el pueblo era muy distinto de Nueva York, del loft que habían dejado allí y de la vida a la que estaban acostumbrados, era una oportunidad muy buena, ya que cuadruplicaría el salario. No pudieron dejarla escapar.

—Pasad al salón mientras preparo té y café —dijo Shana.

—Muchas gracias, tienes una casa muy bonita —respondió Sofie.

—Qué amable. —Miró a su hija—. Maya, ¿quieres enseñarle tu habitación a Patrick?

—¡Me encantaría verla, Maya! —Patrick sonrió entusiasmado.

Maya se sorprendió y se alegró mucho. Le mostraría todo lo que tenía.

—¡Claro, Patrick! Sígueme, está en la planta de arriba.

—Vamos, Maya. Hasta luego, señores Baker; hasta luego, papás —se despidió Patrick muy educadamente.

—Está bien, luego os avisamos cuando nos tengamos que ir —dijo Kevin.

Al final, Maya le había cogido gusto a lo de las visitas. Patrick le parecía un buen chico, muy amable y divertido, siempre estaba sonriendo. Maya le abrió la puerta de su cuarto. No sabía por dónde empezar a enseñarle y se puso un poco nerviosa.

—Mira, Patrick, aquí es donde tengo la colección de fósiles y todos mis unicornios. ¿Sabes? Me encantan los unicornios —dijo señalando la estantería que estaba repleta de esos animales mágicos—. Abrazo a cada uno de ellos muy fuerte por la noche antes de irme a dormir.

Patrick no pareció prestarle mucha atención y a Maya le extrañó la actitud distante que acababa de adoptar. Pensó que quizá no la habría oído y se acercó más a él.

—Cada uno de los unicornios están organizados por colores y...

—Basta —la cortó Patrick, que ya no sonreía—. Mira, niña, no me interesan las cositas de chicas —dijo mientras sacaba su móvil de última

generación y se sentaba en un puf que tenía en la otra esquina para, a continuación, ponerse a teclear.

—Solo te quería enseñar...

—Shhh. —Patrick levantó la mano en señal de que dejase de hablar—. Además, los unicornios son caballos torpes que no han sabido comerse un cono de helado y se les ha quedado en la frente. Son estúpidos.

—¡No son estúpidos! —exclamó Maya—. Tú sí que eres estúpido.

—¡Y tú más! —replicó Patrick—. No me interesa nada de lo que tienes en tu habitación de princesita.

—Está bien.

Maya se llevó una decepción con Patrick. Quería tener un nuevo amigo, pero no uno que fuese así de tonto. Parecía otro niño diferente al que había entrado por la puerta y estaba con sus padres. Ahora no quitaba ojo de la pantalla de su móvil ignorando el resto del mundo.

A pesar de la poca edad de Maya, sabía gestionar muy bien la tristeza. No le duraba demasiado, ya que siempre tenía un *plan B*. Enchufó el televisor. De un cajón sacó un mando de la videoconsola y la conectó. No hacía mucho que había salido la última versión de aquel videojuego de disparos y a Maya se le daba muy bien.

Al ver a Maya disparando, Patrick se sorprendió, pero intentó que ella no se percatase de su reacción. Daba la casualidad de que también era su juego preferido e inmediatamente se arrepintió de haber dicho que no le interesaba

nada de lo que tenía ella en esa habitación. No podía dar marcha atrás, tenía que mantenerse serio ya que era muy orgulloso.

—¡Patrick, Maya! Bajad, que los Ward se tienen que ir —gritó Shana.

Maya dejó el mando de la videoconsola y se levantó. Patrick hizo lo mismo y, conforme se acercó a las escaleras, su sonrisa volvió a crecer y a llenar la cara de una falsa alegría.

—Cariño, ¿te lo has pasado bien? —le preguntó Sofie, su madre.

—¡Sí! Muy bien. Maya me ha enseñado toda su habitación y es muy bonita.

Maya no podía dar crédito a las dos caras que tenía su nuevo vecino. El chico que había estado con ella en la planta de arriba no se parecía en nada al que ahora tenía delante. Como le apetecía pasárselo bien, puso en acción el *plan B*.

—¡Nos lo hemos pasado muy bien, señora Ward! —dijo Maya entusiasmada.

Patrick se giró y la miró con ojos de asombro.

—Hemos jugado todo el rato —continuó Maya—. Patrick me ha dicho que le encantan los unicornios, así que les ha preparado té con pastas y, a dos de ellos, los ha sentado en una mesita y decía que estaban enamorados. ¿A que sí, Patrick?

Maya sonreía. Se lo estaba pasando bien. Sabía que Patrick sería incapaz de hablar mal delante de sus padres y le estaba devolviendo la insolencia que

le había mostrado en su habitación. Él arrugó un poco el ceño y entrecerró sus ojos verdes antes de responder.

—Bueno... —titubeó inseguro—. Sí...

—También me ha dicho que ojalá le regalaran muchos unicornios.

—No me lo habías comentado, Patrick. No te preocupes, que dentro de nada es tu cumpleaños y te compraremos alguno —Sofie le dio una palmadita en el hombro.

Mientras salían por la puerta de la casa y bajaban los escalones, Patrick intentó reprimir una sonrisa al darse cuenta de que la niña de los unicornios lo había superado en aquel primer asalto. La había subestimado. Pero, raramente, se lo había pasado bien.

Capítulo 2

(10 años)

El viento ese día había sido excelente, constante, uniforme y con bastante velocidad; junto con la temperatura más cálida de lo habitual para los meses de primavera, hicieron que la jornada fuera perfecta para practicar kitesurf. A Maya le encantaban los deportes de agua, en especial ese. El río Columbia, gracias a su gran caudal, era uno de los mejores para practicarlos. Cientos de escuelas de embarcaciones de vela, de windsurf y kayak tenían sus locales a orillas del río y Maya era alumna de una de *kite*. Después de salir de clase y, siempre que el tiempo se lo permitía, aprendía y practicaba.

—¿Qué tal ha ido hoy la clase?, ¿has aprendido mucho? —le preguntó su madre.

—¡Sí! He conseguido hacer dos volteretas en el aire —respondió mientras metía la vela y la tabla en el maletero del coche.

—No te arriesgues mucho, no quiero que te hagas daño.

—No te preocupes, mamá, voy protegida con el casco y el profesor está atento.

—Bueno... —Su madre apretó los labios.

—En agosto es la competición y quiero estar preparada.

—Seguro que lo haces de maravilla.

—¡Quiero ganar! —exclamó decidida.

—Ya sabes que no importa que ganes o pierdas, lo que de verdad importa es hacerlo bien y que tú estés satisfecha, cariño.

—Claro, mamá.

Maya sonrió, aunque no estaba muy convencida de lo que había dicho su madre. Era extremadamente competitiva. No le gustaba perder y siempre ganaba en todo lo que se proponía. Estudiaba mucho todos los días para ser la primera de la clase y, mientras las otras niñas jugaban a que sus muñecas fuesen las reinas del baile o *miss universo*, Maya simulaba que las suyas participaban en los juegos olímpicos y competían en todas las categorías. Su favorita, que casualmente se llamaba también Maya, siempre era la campeona y ganaba la medalla de oro, incluso en la modalidad de sumo. Cuando llegaba el día de la competición de ese deporte asiático donde todos los participantes tienen sobrepeso, le ponía un precinto con una barriga de algodón para poder competir y la *Barbie Maya* salía vencedora. Trabajaba duro para conseguir los objetivos y, en clase de kitesurf, era la que más atención prestaba y la que más destacaba.

La competición se celebraba anualmente cerca de donde entrenaba todas las tardes. Era el lugar casi idóneo por las condiciones climáticas. Los participantes se dividían en diferentes categorías y Maya llevaba presentándose tres años en la categoría infantil. Siempre había quedado la primera delante de otros niños incluso mayores que ella. Los jueces valoraban la precisión de sus maniobras y cómo sabía manejar el viento para

que la condujera a donde ella quería. Hacía trucos que conllevaban mucha dificultad.

Llegando al portal de la casa, vio a través del parabrisas que había un niño con un peluche debajo del brazo. Era Patrick y portaba un unicornio con la cola de arcoíris.

—¿Ese no es tu amigo Patrick? —preguntó su madre.

—Emmm... Sí. —Maya frunció el ceño sin saber muy bien qué hacía allí.

—Ve a recibirlo. Yo guardo la tabla y la vela.

—¡Gracias, mamá!

Bajó del coche y se acercó al portal. Patrick seguía llevando ese peinado perfecto y otro traje y zapatos impecables distintos a los del otro día. Maya pensó que esa forma suya de vestir no era nada cómoda. Patrick sonrió. Reconoció esa sonrisa que fue la que mostraba a sus padres, pero esta vez no lo acompañaban. Le pareció raro.

—Hola, Maya.

—Hola, Patrick. ¿Qué haces aquí?

—Estaba esperándote, esto es para ti —dijo Patrick ofreciéndole el unicornio—. Me lo han regalado mis padres gracias a tus comentarios. —Patrick puso los ojos en blanco—. Creo que estará mejor con sus otros amigos unicornios... estúpidos.

—¡No son estúpidos! Pero gracias —contestó Maya sosteniéndolo y acariciándolo—. Es muy suave. ¿No te dirán nada por regalármelo?

—Créeme, no van a notar que no lo tengo en mi habitación. —Patrick se puso un poco serio al hablar de sus padres—. Quería disculparme por cómo me porté el otro día y en cierto modo, me merecía que me la jugaras diciendo lo de mi *afición a los unicornios*. ¿Me invitas a echar una partida?

—¡Claro! ¿Amigos? —le tendió la mano.

—Amigos. —Él se la estrechó con suavidad.

Maya abrió la puerta y saludó a su padre, que estaba leyendo el periódico en el salón. Shana empezó a preparar la merienda como todas las tardes, pero esta vez eran dos raciones un poco más especiales.

—¿Venías de la playa? —preguntó Patrick—. Es que he visto cómo tu madre guardaba una tabla de surf.

Maya sonrió.

—No, veníamos del río. Allí es donde doy clases de kitesurf, por eso has visto la tabla.

—¿kitesurf?

—Es como el surf, pero con una cometa. El viento la arrastra y te desliza con tu tabla por el agua.

—Claro, así no necesitas olas para practicarlo.

—Exacto. Un día te llevaré para que veas lo divertido que es. Así aprendes y, si te gusta, te apuntas a las clases.

—¡Me encantaría!

Entraron en el cuarto y Maya dejó a su nuevo unicornio con los otros doce.

Era el más suave de todos y pensó que lo abrazaría muy fuerte como hacía todas las noches con alguno. Acercaron dos pufs y se sentaron frente a la pantalla cada uno con un mando.

—El otro día vi cómo me mirabas cuando estaba jugando —dijo Maya conectando la videoconsola.

—Sí, es que es mi juego preferido. Soy muy bueno.

Maya sacó la barbilla y subió el labio inferior.

—Pues yo más. Seguro que mejor que tú.

—Pues no, yo más.

—¿Hacemos una competición? —preguntó Maya.

—¡Vale! Pero te advierto que en este juego soy el mejor de mundo mundial...

—¡Chicos! La merienda está lista... —Shana entró con una bandeja muy grande—. Hoy tenemos visita, así que he preparado una merienda especial.

La madre de Maya empezó a descargar dos vasos de leche con chocolate en polvo, dos tortitas con crema de cacao y un par vasos de zumo de naranja.

—¡Qué rico, mamá!

—¡Espero que os guste! Me voy bajo con tu padre a leer un rato, si necesitáis cualquier cosa, me lo decís.

—Gracias, señora Baker —dijo Patrick abriendo más los ojos que de costumbre.

Maya dejó el mando de la videoconsola y cogió su ración. Le encantaba el

chocolate. Eso y los unicornios eran su perdición. Se relamió al ver cómo la crema se escapaba por el lateral de la tortita enrollada y se dispuso a morderla hasta que se dio cuenta de que, desde que su madre desapareció por la puerta, Patrick no había movido ni un dedo. Solo observaba sin pestañear la bandeja como si fuera su programa favorito de la televisión y no quisiera perderse detalle.

—¿No te gusta, Patrick?

—¿¡Estáis locos en esta casa!?! —El chico frunció el ceño y arrugó la nariz como si lo que acabara de dejar su madre apestase.

—¿Por qué dices eso?

—¿Tú sabes la cantidad de azúcar que tiene eso? No lleva ningún tipo de vitaminas ni nutrientes que puedan aportar algo al cuerpo, bueno, la leche sí, pero ya está contaminada con los polvos de chocolate. Debe de saber a rayos.

—¿El que está loco eres tú! —contestó Maya—. Mi madre ha hecho esta merienda especial porque estás tú aquí y está muy buena.

—¿Está buena? —preguntó Patrick levantando las cejas.

Maya se extrañó de esa pregunta.

—Mira, si es otra de tus bromas, te puedes ir con tus amigas las vitaminas y tus amigotes los nutrientes a jugar a sus casas.

—Maya, no es broma. Nunca he probado la crema ni los polvos de cacao. Mis padres son muy estrictos con el tema del azúcar. Dicen que es el demonio nutritivo.

—¿En serio, Patrick? ¿Nunca has probado una tortita así?

—No. —Patrick agachó la cabeza un poco.

Maya se sorprendió mucho. No podía imaginar que alguien no hubiera probado la crema de cacao. Sin decir nada, lo primero que hizo sin pensar fue darle un abrazo. Patrick se quedó unos instantes parado, sin saber qué hacer hasta que al final reaccionó.

—¡Quita, niña! Déjame. —Patrick se apartó un poco avergonzado.

Sin hacerle caso, Maya le acercó a su boca la tortita que momentos antes iba a comerse.

—Dale un mordisco, Patrick —dijo Maya mirándole a los ojos y esperando que la probara.

Patrick se acercó lentamente frunciendo el ceño y pensando en todo lo que le habían dicho sus padres del *demonio del azúcar*. Envidiaba a los otros niños que, en sus cumpleaños, disfrutaban de una tarta de chocolate; no como él, que su tarta era de bizcocho de avena con trozos manzana cruda.

Al final, se decidió y le dio un bocado a la parte de la tortita por la que se escapaba el chocolate. Al primer mordisco, la cara de Patrick cambió radicalmente. Se quedó paralizado ante aquella explosión de sabor. Se la arrebató de las manos y miró aquel rollo de maíz, lo olió y le volvió a dar otro. Maya estaba observándole sonriendo.

—Esta merienda no la solemos tomar todas las tardes, pero como hoy has venido, mi madre la ha hecho especial. Lo tomo de vez en cuando. ¿Te gusta?

—Bueno... No está mal —respondió con indiferencia.

—Di la verdad, Patrick.

—¡Es lo mejor que he probado en la vida! ¿Te vas a comer la tuya?

—¡Claro! ¡Serás abusón!

Merendaron entre risas. Patrick le contó cómo eran sus tartas de celebración y que, durante sus cumpleaños en Nueva York, sus amigos nunca querían trozos de tarta y él tenía prohibido comer en las fiestas de los otros. Shana volvió y se llevó la bandeja con una sonrisa de satisfacción al ver que no había ningún tipo de resto de comida.

—Bueno, ¿estás dispuesta a que te machaque en el juego?

—¡No te lo crees ni tú! —replicó Maya riendo.

—El que mate a más enemigos, es el campeón del universo.

—Trato hecho. —Maya le tendió la mano y la chocaron.

Cogieron los mando y se concentraron en la pantalla. La imagen simulaba que era un soldado en primera persona. En ella solo se veía un arma. Cada uno se movía por el sitio virtual con una gran destreza. Con cada movimiento que hacía el personaje, Patrick se movía a ese lado y se apretaba la lengua con los labios para poder concentrarse. Los dos estaban acumulando muchas víctimas y estaban muy igualados. Llegaban los segundos finales de la partida y los movimientos eran cada vez más rápidos.

—¡¡Gané!! —gritó Patrick levantando las manos—. ¡Soy el mejor del mundo!

Maya se cruzó de brazos y frunció el ceño. No le gustaba perder y no hizo mucho por esconder su enfado. Ese hecho hizo que Patrick se alegrara aún más.

—¡Eres una perdedora! —Patrick se puso a hacer el tonto mientras daba vueltas por la habitación—. ¡Perdedora y pringada!

—¡Y tú más! —Rápidamente Maya apagó la videoconsola—. Ya veremos, otro día hacemos el campeonato del universo.

—Da igual, pringada, te voy a ganar. Cuando vivía en Nueva York, ninguno de mis amigos me pudo ganar jamás. Nunca pierdo. Juega a las cocinitas con tus unicornios estúpidos.

—¡No son estúpidos! ¡Por poco no te he ganado! —Maya se cruzó de brazos con la cara roja y sacando el labio inferior.

El móvil de Patrick sonó. Era un mensaje de texto de su madre que le decía que tenía que regresar a su casa.

—Me tengo que ir, Maya. Me lo he pasado muy bien.

—Yo también —admitió a pesar de la derrota.

—La próxima te invitaré a mi casa.

—¡Vale! Pero que sepas que esa vez te ganaré.

—Cuida y abraza fuerte al unicornio que te he regalado.

Patrick se marchó a su casa. Maya se lo había pasado muy bien, aunque había perdido en su juego preferido. Nunca había jugado con nadie a la videoconsola. A sus amigas no les gustaba hacerlo. Poco después, cenó y se

fue a la cama con la compañía del unicornio muy suave que le había regalado Patrick. Lo abrazó muy muy fuerte, tanto que oyó un *clic*.

Maya no le dio importancia, olió algo extraño. El olor era muy intenso y cada vez olía peor. Una pestilencia inundó su habitación extendiéndose por toda la casa. Era su peluche. Patrick había escondido una bomba fétida en su interior y al abrazar al unicornio la había abierto. Patrick le había devuelto la broma.

Estaban empatados.

Capítulo 3

(10 años)

Solo quedaba construir una de las dos torres de la fachada occidental y ya estaría acabada. Le había costado casi seis meses y, al fin, se terminaba el ensamblaje de la maqueta que representaba la catedral de Notre Dame. Tenía tres metros de larga por uno y medio de ancha. Los padres de Patrick le regalaron la miniatura en las fiestas de Navidad y, cada rato, después de los deberes y de la hora de piano le dejaban *divertirse* construyendo el monumento a escala. Junto al regalo, encontró una nota en la que ponía:

Querido hijo, somos tus padres. Con esta maqueta, queremos que te forjes un camino y que te diviertas mucho construyéndola. Puede ser una de las cosas más apasionantes que haya en la vida. Si no quieres construirla no pasa nada, pero recuerda la cita de Henry Hadfark “Si no acabas lo que empiezas, eres un fracasado”. Esperemos que te lo pases genial si eliges construirla, si no, no te preocupes, no te juzgaremos.

A Patrick le costaba llevarles la contraria a sus padres. Era hijo único y siempre lo estaban evaluando. Querían que estuviera preparado para el futuro, por todo eso, no pudo decir lo aburrido, tedioso, feo y tan patéticos que le parecían esos trozos de madera para pegar con cola. Cada vez que lo estaba montando, imaginaba cómo podía accidentalmente volcarse un armario sobre la mesa de trabajo, por causa de un terremoto o cómo el viento de un tornado

entraba por la ventana y se lo llevaba, pero nada de eso ocurría. Su última esperanza era que en los cuatro mil quinientos ochenta kilómetros de recorrido que efectuaría el camión de la mudanza, en una curva se partiera y quedara inservible. Lo único que le consolaba era que, en esas navidades, le compraron también el juego de videoconsola *La llamada del deber*. Su juego preferido de disparos y también el de Maya. Se lo regalaron porque dijo que era sobre la segunda guerra mundial y así aprendería sobre cómo Estados Unidos *salvó* al mundo.

Patrick ya no tenía clases. El colegio que había dejado atrás en Nueva York acababa el curso tres semanas antes que los demás colegios. Era una escuela privada donde la dirección decía que era mejor sintetizar y aumentar el horario cada día para luego tener tiempo libre. Así que cuando llegaron a Hood River, ya no tenía que asistir a clase hasta el año siguiente. Pensó que tendría más tiempo para hacer algún amigo en verano y así ya conocer a alguien cuando entrara nuevo en la escuela.

Llamaron a la puerta.

—Hola, señora Ward, ¿está Patrick en casa?

—Hola, cariño. Claro, pasa, que se está divirtiendo en el sótano con su maqueta.

Sofie la acompañó al sótano y Maya se dio cuenta de que la distribución de la casa era igual que la suya porque estaban en la misma urbanización, pero la decoración era totalmente opuesta. Los tonos grises, cuadros abstractos y

esculturas de gente rara adornaban las estancias.

—Mira quién ha venido a verte —dijo Sofie.

Patrick, que estaba muy concentrado intentando ensamblar una de las paredes de la torre, no se había percatado de que estaban ahí y se sobresaltó. Levantó la cabeza y las miró a través de las gafas lupa que le hacían los ojos más grades de lo normal y muy juntos.

—Hola, Patrick —dijo Maya—. No sabía que llevabas gafas.

—Hola, Maya —Patrick se quitó las gafas rápidamente para no parecer ridículo—. No son gafas, son aumentadores del detalle.

—¿Qué haces? —preguntó observando la maqueta.

—Patrick está haciendo la catedral de Notre Dame. Todas las tardes después de piano viene aquí. Le encanta unir piezas. Lleva mucho tiempo con esto y ya está acabando, le falta muy poco. ¿A que sí, Pat? —le preguntó su madre.

—Sí, mamá, me encanta.

Maya no hacía mucho que conocía a Patrick, pero supo enseguida que él odiaba lo que estaba haciendo, aunque fuese incapaz de decírselo a sus padres.

—Parece muy divertido —dijo Maya—. Cuando acabes, ¿cuál es la siguiente que vas a hacer?

Patrick se quedó muy parado porque nunca pensó que podría montar otra maqueta después de esa. La sola idea de imaginarlo le dieron ganas de darse

cabezazos contra la pared.

—Bueno... pues no lo había pensado.

—¿Hay maquetas de la ciudad de Nueva York? —preguntó Maya.

—Qué buena idea, Maya —contestó su madre.

—Sí, que buena idea... —contestó él.

Patrick pensó que podría haber dicho cualquier monumento como el Big Ben, las pirámides de Egipto o incluso el Coliseo romano, antes que una ciudad entera. No sabía muy bien si le estaba devolviendo la broma que le había gastado con la bomba fétida del unicornio.

—Pues ya sabemos cuál es la siguiente que le vamos a regalar a Pat —dijo Sofie.

Maya sonrió. Patrick quería que la conversación acabara, así que dijo lo primero que se le ocurrió.

—Mamá, ¿nos preparas la merienda y le enseño mi habitación a Maya? —Quiso que su madre también les preparara algo de comer como hizo la señora Baker.

Sofie se quedó un poco parada.

—¿Merienda? ¿Y qué toma? ¿Qué cantidad de calorías le corresponden a Maya? ¿Y proteínas e hidratos? —Su madre se puso nerviosa. Era una maniática y estricta de la nutrición. Nunca había preparado la merienda a ningún amigo de Patrick porque no los subía a casa.

—No se preocupe, señora Ward —contestó Maya.

—A Maya le encantan las zanahorias crudas —dijo rápidamente Patrick—. Es una buena fuente de hidratos, fibra, vitaminas... Seguro que no te lo dice porque le da vergüenza.

—Sí... —contestó Maya a sabiendas que le estaba devolviendo la jugada.

—Yo quiero el vaso de leche de almendras.

—¡No seas vergonzosa, Maya! —Sofie le sonrió a Maya—. Ahora os lo subo a tu habitación.

Los dos se dirigieron a la última planta donde estaba la habitación de Patrick.

—¿La ciudad de Nueva York? ¿En serio? —le preguntó a Maya.

—Si te gusta mucho construir maquetas, igual que a mí las zanahorias crudas.

Los dos rieron.

Lo primero que llamaba la atención en la habitación de Patrick eran las líneas rectas. Todo estaba perfectamente alineado. Los muebles tenían pinta de ser muy caros. Una televisión de cuarenta y dos pulgadas colgaba del techo, varios coches en miniatura equidistantes estaban expuestos en la estantería. Pero había algo que no encajaba en esa decoración, era un dibujo en blanco y negro trazado con lápiz de lo que parecía una rata del tamaño de un perro y llevaba a cuestas un mono.

—Pues esta es mi habitación —dijo Patrick presentándola.

—Es muy... —Maya se pensaba cómo describirla en una palabra mientras

iba a coger un Porche en miniatura.

—¡No toques nada! —gritó Patrick—. No son para jugar.

—¿Esos coches no son juguetes?

—No, son para coleccionar.

—¿Y nunca has hecho carreras?

—Para qué, si voy a ganar yo.

Maya se sorprendió porque ella sí que hacía carreras de coches con sus muñecas en las que la Barbie Maya siempre salía vencedora.

Ella se sentó en una esquinita de la cama esperando que eso estuviera permitido. Patrick se dio cuenta que había sido un poco brusco y se sentó a su lado. Entonces su madre entró.

—Hola, ya está aquí la merienda. Doscientos cincuenta y tres gramos de zanahorias para Maya y doscientos cincuenta mililitros de leche de almendras para ti —dijo Sofie dejándole el vaso a Patrick.

—Mmm... ¡qué rico! —exclamó Patrick.

—Sí, me encanta... —Maya se llevó un trozo de zanahoria a la boca.

—¡Me alegro de que os guste! Maya, aquí te dejo una botella de agua, es de mineralización débil, si quieres de otra, me lo dices.

Maya no tenía ni idea de qué estaba diciendo la madre de Pat, pero solo le dijo que estaba bien y le dio las gracias. Sofie se fue pensando que iban a disfrutar de la merienda.

Después de un breve silencio roto por los crujidos de los bocados de

zanahoria, Patrick se levantó, cogió un BMW y se lo ofreció a Maya.

—Puedes jugar si quieres, pero luego lo dejas donde estaba.

—No importa, Pat. —Maya agradeció el gesto—. No sabía que te gustaran tanto las ratas gigantes como para comprarte un dibujo.

—No lo he comprado, lo he dibujado yo.

—¿Sí? —preguntó sorprendida—. Está muy bien trazado.

—Sí, cuando no me *divierto* ensamblando catedrales, me gusta dibujar. — Pat puso los ojos en blanco al referirse a la maqueta—. Y no es una rata, es un capibara.

—¿Un capibara? ¿Qué es eso? —preguntó Maya frunciendo el ceño.

—Pues es un animal, de la familia de los roedores, pero es muy afable.

—Parece muy bonito —Maya se acercó a la pared y se puso a mirar el dibujo.

—También es muy amigo de los otros animales.

—¿Has tenido alguno como mascota?

—No, nunca. Mis padres jamás me lo permitirían. Eso es imposible. — Patrick miró el dibujo también en silencio.

—No sé si lo viste cuando viniste a casa, pero tengo un gato que se llama *tres mil setecientos* y para abreviar le decimos *tres mil*.

—¡No lo vi!

—Te lo presentaré, es muy bueno —dijo Maya.

Patrick pensó en si se lo decía o no. No sabía si Maya se enfadó mucho por

la broma de la bomba fétida. Quiso reírse un poco, así que le preguntó.

—¿Te gustó el regalo del unicornio? ¿Lo suave que era..., lo bien que olía...? —preguntó Pat sonriendo pícaramente—. ¿Lo abrazaste fuerte?

—Sí que me gustó. Mucho, pero no lo abracé, lo dejé con los demás. —Mintió y luego cogió aire antes de mirarlo—. Pat, ¿quieres que te enseñe a montar en kitesurf?

—¡Me encantaría! —Sonrió.

Capítulo 4

(10 años)

El río estaba a veinte minutos andando desde la urbanización en la que vivían los Ward. Para llegar, debían atravesar las calles e ir a las afueras. Hood River era un pueblo pequeño al oeste de Estados Unidos, donde la calma y la paz era la tónica dominante. A pesar de la extensión, su población era muy baja y casi todo el mundo se conocía. La amabilidad de sus vecinos destacaba sobre el resto de los pueblos de alrededor.

Maya le dejó a Patrick una mochila en la que tenía material de kite de sobra. En sus bolsas, los dos portaban las cometas plegadas y las tablas en posición vertical haciendo que el equipaje abultara más que ellos. Pasearon por las calles y en cada casa que se cruzaban, Maya le contaba historias de las personas que las habitaban.

—Ahí vive Nalí. —Maya señaló una casa austera, con la pintura desconchada pero un jardín muy bien cuidado rodeado por una valla metálica de casi dos metros. En el césped, se podían apreciar varios toboganes, casitas en miniatura y postes rodeados con cuerda—. Es la mujer que me dio a mi gato *tres mil*.

En cuanto se acercaron un poco más, Patrick se fijó en que estaba lleno de felinos que escalaban por los postes, se asomaban por las miniventanas de las minicasas gatunas, y algunos se tiraban por los toboganes. Pudo contar hasta

cincuenta y siete gatos.

—¡Qué pasada! —gritó Patrick—. Después de los capibaras, el animal que más me gusta es el gato.

—Nalí estará encantada de que nos pasemos por aquí algún día y jugamos con ellos. La gente dice que está loca, pero es que quiere mucho a los animales.

Continuaron el camino en dirección al río.

—Mira, Patrick. Allí viven los Nopa, parecen buena gente, pero no te fies mucho de ellos.

—¿Por qué?

—Porque parecen muy amables, pero luego se chivan todo a los padres. Son los más cotillas del pueblo. —En ese preciso instante, el señor Nopa salió por la puerta con una bolsa de basura. No era casualidad que saliera en ese momento, lo hizo para cotillear más de cerca.

—¡Hola, pequeña! —le dijo a Maya.

—Hola, señor Nopa. —Maya sacudió la mano saludando.

—¡Qué bien acompañada vas! ¿Es un nuevo amigo?

—No es un amigo, señor. Es un primo lejano. Se crio en el bosque y le estoy enseñando la civilización. No sabe ni hablar, solo sabe matar seres vivos para luego comérselos, pero no se preocupe. Hoy ya ha comido bastante.

El señor Nopa volvió sobre sus pasos farfullando.

—*Gua, taca, truscu...* —dijo Patrick agazapándose. Maya y el señor Nopa, que estaban abriendo la puerta, se lo quedaron mirando atónitos ante tales sonidos.

—*¡Chuca, trecaaaa!* —Patrick dejó la mochila y salió corriendo como una exhalación a cazar un pajarillo, que estaba en la rama de un arbusto. Fue un intento frustrado ya que el pájaro echó a volar. Pat se golpeó los pectorales con los puños imitando a los gorilas.

—*¡Casi, Patrick!* —dijo Maya echándose a reír.

El señor Nopa, finalmente, entró en su casa maldiciendo por lo bajo. Maya estaba convencida de que días más tarde, sus padres le preguntarían quién era ese primo tan raro.

La risa de Maya contagió a Pat y acabaron riendo juntos.

—*Me está gustando el pueblo.* —Patrick asintió con la cabeza.

Llegaron al Event Site. Era un parque situado a orillas del río Columbia con una gran explanada con césped donde todos los que practicaban kitesurf preparaban su material para echarse al agua. Al final, había una pequeña playa de arena y piedras en la que un trasiego de kitesurfistas, iban y venían.

—*Mira, Pat, allí está mi escuela* —dijo Maya señalando a una caseta de madera en uno de los extremos de la playa. Ahora tenemos que preparar el material.

Patrick se quedó mirando alrededor. Cientos de cometas de colores volaban de un sitio para otro tensadas por el viento. Le pareció alucinante. Quería

empezar a disfrutar y salir a navegar.

—De acuerdo, ¿qué tengo que hacer? —preguntó Pat.

—Primero debemos hinchar las cometas —dijo Maya sacando la suya de la mochila—. Lo haremos con esta bomba.

Maya colocó el final de la manguera de la bomba en un extremo de la cometa. Debía hincharse para que quedara rígida y si se cayera al agua flotara y fuera fácil levantarla de nuevo con el viento.

—Mira, Patrick —dijo Maya alejándose hacia atrás, con un arnés en la cintura en el que salía una cuerda. Al otro extremo estaba la cometa—. Esto es lo que tienes que hacer.

La cuerda se tensó y la cometa subió rápidamente por la acción del viento. Un pequeño tirón le hizo saltar unos pasitos a Maya. Movía la barra y la dirigía a los lados trazando ochos en el aire. Los grupos de gente la miraban por la gran destreza que tenía con la cometa, parecía una extensión de su cuerpo.

—¡Yo también quiero! —gritó Patrick.

—¡Vale! —Maya sonrió pícaramente—. Ahora tienes que ir tú atrás. Yo te inflo la cometa. Tú ve poniéndote el arnés y sujetando la barra.

Patrick escuchó atentamente y se dispuso a realizar las tareas que le había encomendado su mentora. Estaba nervioso, por las miradas que estaba recibiendo. Era el nuevo del pueblo y todos observaban al chico de la gran ciudad cómo se desenvolvía.

Maya empujaba la bomba arriba y abajo y la cometa se extendía a su vez, sonreía, mientras, Pat observaba y comprobaba todos los anclajes para asegurarse de que todo estaba bien colocado.

—¿Lo ves bien puesto? —preguntó Patrick.

—Sí, perfecto. Yo ya he acabado de hinchar la cometa, ahora échate atrás contra el viento y verás cómo se alza —le gritó Maya.

Patrick obedeció y caminó hacia atrás. La cometa se levantó, pero la suya era distinta a la de los otros. Tenía la misma estructura que la de Maya, pero en la parte de arriba se levantaba una gran cabeza de unicornio con la crin multicolor que hacía juego con la cola también de los mismos tonos. La gente se miraba y se reía al ver cómo ondeaba el *animal estúpido*, como Pat los llamaba.

—Por lo menos, este no huele mal. —dijo Maya haciendo referencia a la bomba fétida. Comenzó a reír muy fuerte acercándose a Patrick, que por momentos se sonrojaba.

—Te voy a matar cuando logre bajarlo —dijo Patrick sabiendo que le había devuelto la broma—. ¡No te vas a escapar! —Sonrió.

Al final Maya pudo controlar la risa antes de ayudarlo a bajar la cometa y, mientras la colocaba en la mochila, Patrick se acercó con una botella de agua y se la vació mojándola de arriba abajo. Él salió corriendo y Maya lo persiguió por todo el parque hasta que llegaron a la orilla del río y comenzaron a mojarse los dos a la vez dándole patadas al agua y dejando sus

camisetas totalmente empapadas. Se estaban divirtiendo hasta que dos compañeros de clase de Maya se acercaron.

—Parece que te has equivocado de parque, Maya —dijo el que tenía las orejas de soplillo—. Tú debes de estar en el *parque jurásico* con tus amigos los fósiles.

—Jajá. ¡Es una friki! —Añadió el otro amigo un poquito gordito que estaba comiendo un bollo de chocolate y le reía la gracia emitiendo un sonido parecido al de una foca pidiendo más pescado.

Maya agachó la cabeza un poco avergonzada.

—¿Qué dicen esos capullos? —le preguntó Pat a Maya.

—Déjalos, vámonos de aquí y ya está.

Patrick se quitó la camiseta. Solía ser más grande que los chicos de su edad y junto con la obsesión de su madre por la nutrición, hizo que tuviera una musculatura más desarrollada de lo normal.

—Me parece que los neandertales sois los que debéis estar en la prehistoria —siseó Pat dando un paso adelante.

Los otros dos se quedaron sin saber muy bien qué decir, porque no sabían tampoco qué era un neandertal.

—Pues tú... pues tú... —dijo el de las orejas desplegadas—. ¡Hueles a pedo!

Se quedaron parados sin saber muy bien que hacer. Pat se permaneció mirándolos fijamente y al final gritó: “¡Buuu!” haciendo que se marcharan

corriendo.

Patrick se volvió escurriendo su camiseta para quitarle un poco de agua.

—No te creas que por este percance te vas a librar de la broma que pienso devolverte.

Maya se lo quedó mirando y sonrió.

—¡Gracias, Pat! —exclamó feliz.

Luego, sorprendiéndolo, lo abrazó.

Capítulo 5

(16 años)

Lo único que pidió a cambio fue una tabla y una cometa nueva. A Maya, la fiesta de los dieciséis años le parecía una tontería y, como se acercaba la competición anual de kitesurf, prefirió que sus padres se gastaran el dinero de la ostentosa fiesta en ese material. La mayoría de chicas de su clase soñaban con vestirse de princesita, subirse a un escenario, mandar sobre cómo deseaban la ceremonia e invitar a todas las personas que el Facebook denominaba como *amigos*. Maya decidió que todo eso no iba con ella y que con su tabla nueva sería feliz y, además, todas las mejoras en ese deporte serían bienvenidas ya que desde que Patrick se había apuntado, cada vez era más difícil ganar. Los demás participantes de la competición ya tenían claro que, o bien ella o él, acabaría en primera posición como todos los últimos años.

Pat se apuntó a las clases con Maya después de su primera experiencia con la cometa-unicornio. A pesar de que se sonrojara por la broma, volvieron a ir al río, esta vez con una sin *colas de arcoíris*, y navegó sus primeros metros. Desde ese momento aquella aventura escalaría puestos en su escala de deportes que le apasionaban. Al igual que Maya, era muy aplicado en las clases y tenía una gran soltura a la hora de hacer las maniobras.

Se habían convertido en los mejores amigos en los últimos años, aunque la

competitividad entre ambos era extrema. Desde por la mañana cuando iban al instituto, se disputaban a ver quién de los dos llegaba antes (llegaron a ir una hora y media antes de la apertura), hasta ver quién sacaba mejores notas, pasando por supuesto por ver quién mataba más enemigos en la versión anual del videojuego *La llamada del deber*.

Los dos se compenetraban muy bien. Probaban deportes nuevos como skate, escalada, hasta Patrick se aficionó a buscar fósiles y, claro está, se desafiaban cada excursión para ver quién era el que más encontraba.

Él la había atormentado con varias bombas fétidas más, cucarachas de mentira en la comida y todo tipo de bromas. Ella no se quedó atrás, también se las devolvía cada vez con más ingenio. Los dos se hicieron inseparables.

—¡Cara culo! —Maya le gritó a Patrick que estaba con la cometa levantada preparándose para saltar al agua.

—¿Qué quieres, mofeta apestosa?!

—No te molestes en presentarte este año a la competición, la voy a ganar yo.

Patrick fue dando pequeños saltos hasta la orilla con la tabla en la mano y la cometa en el aire le tiraba con fuerza como si le instase impaciente a que kitesurfeara. Puso los pies en la tabla y bajó la cometa unos grados para coger más impulso con el viento.

—¡Aprende del maestro!

Patrick comenzó a deslizarse por el agua trazando una línea diagonal con la

orilla de la playa a una velocidad vertiginosa. Maya le siguió y también fue al agua. Ambos se miraban desde la distancia y cada vez que uno hacía un truco el otro lo imitaba.

—¡Mira esto y a ver si puedes hacerlo! —gritó Maya haciendo un *handle pass* que consistía en pasarse la barra por la espalda mientras estaba en el aire.

Patrick la imitó sin complicaciones. La demás gente que estaba en la orilla paraba todo lo que estaba haciendo para ver semejante espectáculo. Eran, de lejos, los mejores kilters. Podían pasarse horas en el agua, que para ellos siempre serían pocas.

El viento estaba disminuyendo y decidieron volver a tierra firme. En la orilla, estaban esperando a Pat, la jefa de animadoras y su séquito de amigas. Holly Preston estaba más adelantada que el resto, denotando que era la líder, con un pulgar metido en el bolsillo de sus diminutos pantalones cortos y la otra mano jugueteando con el pelo rubio.

—Hola, Patrick —dijo Holly—. Es *súper* cómo vuelas.

—Hey, chicas —respondió Patrick haciendo que las lacayas de la jefa soltaran risitas—. Gracias, Holly. —Patrick se sacudió la cabeza esparciendo gotitas y se pasó una mano por el pelo intentando mejorar rápidamente su peinado.

—Quería preguntarte una cosa... —La animadora sacudió el dorso de la mano instando a que sus amigas la dejaran sola con él.

—Claro, lo que quieras —contestó Patrick.

—Como sabrás, dentro de una semana es el baile de fin de curso.

—Sí, el mismo día que la competición de kitesurf anual —respondió Pat.

—Y quería preguntarte si vas a ir al baile. —Holly lo miró un poco ruborizada.

—Claro que voy a ir —respondió.

Después de la respuesta hubo un silencio bastante largo. Patrick observó cómo se movía la animadora y cómo estaba poniendo morritos. Holly era la chica más popular del instituto y la más llamativa, incluso algunas marcas de ropa local le habían llamado para que fuera modelo de sus firmas. Al final, Patrick cayó en la cuenta.

—¡Ahh! —exclamó Pat—. Había pensado...

—¿¿Sí?? —Holly lo interrumpió y juntó sus manitas sonriendo excesivamente.

A lo lejos, Maya observaba la escena mientras plegaba su cometa y por el lado contrario estaba el séquito de Holly muy juntitas intentando leer los labios de ellos.

—Que... —continuó Patrick mientras ella asentía con la cabeza con movimientos muy rápidos—. Si quieres venir conmigo al bai...

—¡Sí! —gritó Holly interrumpiéndolo y abrazándolo levantando el talón. Sus cuatro amigas gritaron también a lo lejos saltando de emoción.

Holly le dio un beso sonoro en la mejilla a Patrick.

—Pues ven a recogerme a las ocho. —La animadora le guiñó un ojo—. Es el treinta y dos de Wask Street.

Holly se fue con sus amigas que volvieron a gritar cuando esta llegó. Patrick sonrió al verlas. Y se acercó a donde estaba Maya.

—Esa era Holly Preston ¿no? —preguntó Maya, aunque sabía bien quién era.

—Sí.

—Seguro que te ha preguntado por la teoría de la relatividad y el impacto en el universo para salir de dudas porque el grupo de animadoras estaría debatiendo sobre ello —se burló ella poniendo los ojos en blanco.

—Más o menos. Quería saber si voy a ir al baile de fin de curso este viernes.

—¿Y qué le has dicho? —A Maya le sorprendió su propio tono de voz, que sonase más aguda y bajita de lo habitual. Contuvo el aliento.

—Que sí que voy a ir con ella.

Ella notó un pequeño tirón en la tripa.

—¿Y por qué querrías ir con una chica como ella? —preguntó sin mirarle a la cara—. ¿De qué hablaréis?, ¿del mejor pintauñas de la ciudad o de su acondicionador de pelo?

Pat sonrió y se echó la mochila al hombro.

—Para ciertas cosas, no es necesario hablar.

Capítulo 6

(16 años)

Tabla, cometa, barra, arnés, bañador, el otro bañador... Maya apuntaba mentalmente todo lo que debía de meter en su mochila para el día del torneo de kitesurf. Cuando guardó el segundo bañador, sonrió. Quería que todo saliera perfectamente y este año quedar vencedora y volver al trono nuevamente, aunque, por otro lado, también se alegraba de que su máximo rival fuera Patrick. Cuando visualizó la imagen de los dos disputándose el primer puesto, volvió a sonreír. La hora se acercaba y por momentos aumentaba el nerviosismo. Todas las chicas del instituto estaban igual de ansiosas, aunque por motivos diferentes. Ellas por el baile de fin de curso que se iba a celebrar esa misma noche y Maya por la competición anual.

—Cariño, quiero que sepas que para nosotros siempre serás la vencedora —dijo la madre de Maya—. Así que no hace falta que te esfuerces más de lo que puedas.

—No tengas miedo, mamá. Voy a estar segura.

—Nosotros te apoyaremos desde allí —dijo el padre de Maya sacando las sillas del coche.

Para los Baker, el día de la competición era un día de fiesta. Se llevaban la mesa, sillas, nevera, sombrilla, bolsas de palomitas, fritos y cerveza para ver a su niña. Parecía una segunda residencia y eso que vivían en el mismo

pueblo. Con cada año que pasaba y Maya se hacía más mayor, un halo de vergüenza más grande le invadía y más cuando su padre montaba los trípodes. Uno para la cámara de fotos y otro para el telescopio, por si no fuera bastante con los prismáticos que le colgaban en el cuello.

—Mira, allí está Patrick —dijo su madre señalando al muchacho que estaba llegando a la zona de los vestuarios cargado con la mochila.

—Voy a saludarlo —dijo Maya.

Se acercó corriendo en dirección a Pat, haciendo que su equipo de kitesurf bailara en la bolsa que llevaba en la espalda.

—Corriendo así, parece que lleves a un enanito dándote patadas en la espalda —bromeó Patrick.

—A lo mejor, con el enanito que llevo a la espalda te machaco en la competición —replicó Maya—. ¿Estás listo?

—Como nunca.

—Pat, allí están mis padres. Ve a saludarlos que me han preguntado por ti. Yo me quedo aquí con tu mochila.

—De acuerdo.

Maya sonrió.

Cuando Patrick se alejó un poco, Maya se agachó y abrió la mochila. De ahí sacó el segundo bañador que había metido. No era para ella sino para Pat. Había estado meses buscando y eligiendo el bañador. Debía encontrar el más hortera que pudiera y encontró la perfección. Uno tipo pantalón rosita y con

ilustraciones de varios unicornios estampando todo, pero eso no era todo. La parte de atrás llevaba una cola de arcoíris simulando la de un caballo. Patrick se arrepentiría de haber dicho aquel día que los unicornios eran animales estúpidos.

Rápidamente le abrió la mochila, sacó el que tenía y lo intercambió por el raro. La competición estaba a punto de comenzar y Pat no tendría tiempo de cambiarlo.

Era ponérselo o no competiría.

—Ya está. —dijo Patrick volviendo del *camping* que habían montado los Baker—. Me han preguntado si mis padres habían venido, pero tenían que programar y calcular la compra semanal de la comida. Por cierto, dicen que vuelvas para que te deseen suerte.

—Es verdad, con las prisas se me ha olvidado.

Maya se acercó al campamento base que se habían montado. Su padre ya había sacado el barril de cerveza y otros de los padres del pueblo intercambiaban comida por rellenar sus jarras.

—¡Suerte, cariño! —exclamó el señor Baker orgulloso.

—¡Gracias! —Maya se acercó y le dio un beso en la mejilla a sus padres.

—Seguro que lo haces genial. Nosotros estaremos aquí sin perder detalle —dijo la señora Baker llevándose los prismáticos a los ojos.

—¡Me voy a kitesurfear! Nos vemos luego cuando salga.

Maya volvió donde estaba Patrick. Esperaba que no hubiera abierto su

mochila y descubriera el bañador. En un principio pensó que sí porque estaba tenso, pero como no dijo nada, se confió. Se encaminaron a las taquillas para cambiarse de ropa. Estaban situadas en una pequeña cabaña arriba de un embarcadero a pocos metros de la salida al torneo. Para que la broma saliera bien, Maya entretuvo todo lo que pudo a Patrick. Tenía ganas de verlo con ese bañador.

El campeonato comenzaba por tandas. Primero salían los novatos y los que no se habían presentado ninguno en ediciones previas. Después seguían los participantes por orden inverso a las clasificaciones que el año anterior habían tenido, así que Maya y Patrick iban a ser los últimos. Los cinco jueces se situaban en la orilla de la playa en una mesa larga con papeles en los que apuntarían cada una de las notas con las que valoraran los trucos de los participantes. También tenían prismáticos para verlos mejor. Maya pensó que sus padres estaban mejor preparados para observarlos que ellos.

El comentarista dio el pistoletazo de salida. Habían comenzado por fin el torneo anual. Los primeros participantes salieron al agua y a duras penas se mantenían en vertical. Hacían pasadas y trazadas en el agua y algún pequeño salto que acababa con la cometa y ellos mismos en el agua. Al principio, cuando estás aprendiendo, es un poco tedioso recoger tantas veces la cometa y comenzar de nuevo el trazado, eso lo sabían muy bien Pat y Maya, aunque ellos tardaron muy poco en dominar el viento.

Los aplausos se oyeron en cuanto salieron. Maya y Patrick, que observaban

desde el embarcadero, también lo hacían mientras se miraban cómplices compadeciéndolos.

Los nervios eran más intensos. Pensar en la broma que le iba a gastar a Patrick le había hecho olvidar un poco todo el trabajo y toda la práctica que había tenido durante el año.

Salieron los cinco siguientes. Estos sí que se mantenían en vertical y hacían alguna que otra voltereta sin mayor complicación. Era muy deporte muy vistoso y la gente prestaba mucha atención.

Maya vio entre el público que había venido Holly Preston y todo el equipo de animadoras. Llevaban un cartel en el que estaba escrito “Patrick ganador, Patrick vencedor, Patrick chachi, Patrick es Patrick”

¿Patrick chachi, Patrick es Patrick? Maya puso los ojos en blanco y se preguntó si en todo el equipo de animadoras alguna no pudo haber pensado un eslogan mejor o simplemente... *haber pensado*.

—Mira, Patrick. Ahí están tus fans.

Patrick se giró y saludó con la mano. Todas comenzaron a saltar y a cantar la frase de la cartulina. Pareció avergonzarse un poco ante los gritos, aunque solían ser frecuentes.

Al poco de llegar a Hood River, Patrick encajó muy bien en el instituto. El chico serio y misterioso con ojos verdes se hizo muy popular. Era excelente en todos los deportes y, aun así, aunque le rogaban que jugara en el equipo de fútbol del instituto, prefería practicar algo individual, como correr, atletismo

o salir con Maya a buscar algo nuevo. A ella, las chicas la miraban con cierta envidia, como si no pudiesen comprender por qué Patrick quería pasar tanto tiempo a su lado.

—Vienen a verme ganar como el año pasado.

—Ya veremos —contestó Maya—. Vamos a ponernos el bañador, que en breve nos toca.

Se separaron y cada uno entró en su vestuario.

Ella sonrió esperando algún tipo de grito por parte de Patrick al ver su prenda.

Muy bien chicos, diez minutos y damos paso a la última tanda de participantes...

Maya oyó al comentarista y se apresuró. No quería llegar tarde. Abrió su mochila y se paralizó. Apretó los puños y la mandíbula a la vez. Se echó las manos a la cabeza y gritó.

—¡Maldito cabrón!

Patrick había tenido la misma idea que Maya. Se la había jugado cambiándole el bañador de una pieza que solía usar por otro. Ella siempre lo escogía lo más discreto que podía. Solían ser de cuerpo entero, y eso cuando no llevaba una camiseta de neopreno. Ahora, Pat no le dejaba elección; o se lo ponía o perdía el torneo. Era un bikini de *La sirenita*. Se componía de un culote verde y muy pequeño con escamas y la parte de arriba eran dos conchas moradas atadas con una cuerda. ¡Maldición! No tuvo más remedio

que ponérselo.

Cinco minutos para la siguiente ronda.

Se encontraron en el pasillo. Patrick andaba mirándose su *nuevo* bañador. Se había cortado la cola y ya no parecía tan ridículo. A Maya le había salido la jugada mal.

—¡Serás cabrón! —repitió ya con el bikini puesto y su tabla bajo del brazo.

—¡Ariel! —bromeó Patrick refiriéndose a la protagonista de *La Sirenita*—.

No te quejes, mira con lo que tengo que salir yo.

—No es justo, no tenías que haberte quitado la cola.

—Vamos, que llegamos tarde. —Patrick le cedió el paso extendiéndole el brazo—. Las mujeres pez primero —se burló ganándose una mirada punzante.

Patrick la dejó pasar y... tuvo una sensación rara.

El bañador de *La sirenita* le dejaba entrever más piel de la que nunca antes había visto en Maya. Las piezas se ajustaban a su silueta como si estuviese hecho a su medida.

Tragó saliva y se obligó a apartar la vista de ella y adelantarla.

Era el turno de Maya. Saltó al agua y a gran velocidad trazó la diagonal. La gente comenzó a aplaudir. Estaban sorprendidos por el atuendo que llevaba. La rivalidad entre ambos era el plato fuerte del torneo y los vítores los recibían a partes iguales, aunque desde el río no escuchaban nada.

Cuando estaba a una distancia prudencial, Pat saltó al agua y con la misma

rapidez que su rival navegó, pero con una diferencia, él saludaba con la mano a sus fans que gritaron al verlo. *Patrick chachi, Patrick es Patrick...* Estuvo tranquilo por el bañador, ya que los dibujos de los unicornios eran muy pequeños y pensó que de lejos no se vería nada.

Maya comenzó haciendo un truco que consistía en saltar y dar una voltereta poniéndose boca abajo y llegando al agua nuevamente de pie. Lo hizo excelente. Patrick la observó y le volvió a asaltar esa sensación extraña a la que era incapaz de ponerle nombre. Cuando Maya cayó al agua, las conchas del bikini rebotaron y esa imagen le aturdió un poco.

Era el turno de él. Aprovechó una pequeña ola y saltó muy alto, más de lo que nadie lo había hecho hasta ahora. En el aire debía girar sobre sí mismo pasándose la barra dos veces por la espalda. *Los voy a dejar a todos con la boca abierta*, pensó. Cuando estaba en lo más alto, vio a Maya en el agua y le volvió a su cabeza la curvatura de sus pechos, que hasta entonces no sabía siquiera que están tan desarrollados, consiguiendo que se olvidara de una de las dos vueltas. Quedó un truco bastante bueno, pero no excelente.

—Mierda —maldijo en voz alta, aunque nadie le podía oír—. ¿Qué me está pasando?

Era el turno de Maya; ella no saltó, sino que se puso en posición horizontal como *Superman* y con una mano sostenía la barra y con la otra tocaba el agua. Dejó a la gente perpleja. Parecía que estaba volando rasante. Antes de volver con la tabla en el agua, se elevó casi en vertical y cayó dándole la

espalda a Patrick.

Si no hubiera sido su rival, él hubiera aplaudido. *Otra vez esa sensación.* Maya pasó delante de Patrick y él no pudo evitar mirarle el trasero. *¿Ha tenido ese culo alguna vez o se lo ha puesto para la competición?* Frunció el ceño, consternado.

Llegaba el truco final. Era todo o nada.

Se decidió a hacer algo que nadie había hecho antes. Había estado despistado en los anteriores, pero tenía que dejar bien claro que él iba a ser el vencedor.

Consistía en saltar, quitarse la tabla en el aire y que diese la sensación de que corría por el agua unos metros. Luego, de nuevo en el aire, se la pondría y acabaría saludando a la grada.

—¡Vamos, Patrick! —dijo para sí mismo.

Una ráfaga de viento excelente arrastró la cometa. *Todo va perfecto.* Fue a agarrar la tabla y por el rabillo del ojo volvió a ver a Maya y le cegó el recuerdo de la redondez de su culo. Cayó directo al agua con la tabla bajo del brazo. La gente se miraba extrañada sin entender qué pasaba. Había caído como si fuera un novato.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó.

Salieron del agua para saber los resultados, aunque estaba bastante claro. Maya tenía una sonrisa de triunfo y tapaba con la tabla lo máximo posible su cuerpo. Patrick caminó hacia la orilla sacudiéndose la cabeza.

—No sé qué demonios me ha pasado —masculló.

—¡Yo sí que lo sé! —Maya curvó los labios con satisfacción—. Que has acabado... *Bajo el maaar, bajo el maaar, vives contento...*

Patrick no pudo evitar sonreír.

Señores y señoras, ya tenemos vencedor. En este caso, vencedora... ¡Maya Baker!

La gente comenzó a aplaudir y Maya levantó los brazos en señal de victoria.

Subió el tercer clasificado a recoger su trofeo. Después era el turno del segundo, Pat. Al bajar, vio a Holly Preston, que fue corriendo rodeándole con los brazos.

—¡Tú eres mi campeón! —dijo Holly abrazándolo.

Patrick miraba desde abajo cómo Maya recogía su trofeo de campeona mientras la gente aplaudía y los chicos del instituto silbaban como ningún año lo habían hecho a causa del disfraz. Estaba preciosa, espléndida allí arriba.

—Claro que sí, Holly —logró decir Patrick—. Gracias por venir.

—Es un placer verte, ¿a que sí, chicas? —La animadora se llevó una mano a la cadera y la falda de su uniforme se sacudió con el viento.

—¡Sí! Jijiji —gritaron todas al unísono.

—Voy a cambiarme, te recojo a las ocho.

—¡Ciao, guapo! —Holly sacudió la mano, le guiñó un ojo y le mandó un

beso. Todo eso en una fracción de segundo.

Patrick se acercó a Maya al verla bajarse del escenario.

—Enhorabuena, Maya.

Maya lo miró a los ojos y sonrió.

—Gracias, Patrick.

—¿Nos vemos esta noche?

—No sé si iré al baile. —Maya agachó la cabeza.

—¿Y eso, Maya? ¿No te han invitado?

—No, pero tampoco quería. Si voy, iré sola.

—Espero verte esta noche y nos tomamos un vaso de ponche.

Patrick acabó de recoger todo su material y se fue andando a su casa. Los padres de Maya habían desplegado una pancarta en la que ponía. *¡Maya campeona!*

Capítulo 7

(16 años)

Hasta esa misma tarde, Maya no sabía si iba a ir al baile de fin de curso o no, así que no tenía ningún vestido comprado ni preparado para la ocasión. Tomarse esa copa de ponche con Patrick había decantado la decisión a un *sí*, por lo menos se divertiría en algún momento de la noche. Siempre lo hacía con Patrick. Shana se alegró muchísimo de que su hija asistiera al evento anual. Era la primera vez que iba y a la señora Baker casi le dio un ataque de alegría cuando se lo dijo. Sacó muchos vestidos que tenía y los extendió sobre la cama.

—¡Mamá! Este rojo no. —Maya frunció el ceño al ver cómo le quedaba de ajustado al cuerpo—. Me está estrecho y, además, con este escote se me saldrá una teta si me muevo.

—No seas exagerada —contestó sacando otro de la percha—. Con cualquiera estás preciosa, hija.

—Al final me pondré los pantalones vaqueros y la camiseta.

—Pruébate este, por favor. —Shana le puso ojitos a su hija para que se lo pusiera.

—Está bien.

El vestido era liso de color azul topacio con cuello de barca. En la parte de los brazos llevaba una fina tela de encaje. La falda llegaba hasta un palmo

más arriba de la rodilla.

—Espérate un segundo. —Su madre se fue rápidamente a su vestidor y volvió con unos zapatos de tacón del mismo color del vestido.

—¿Tacones? —Maya se había puesto dos veces en su vida ese tipo de calzado.

—Prueba y verás.

Maya le hizo caso a su madre y se quedó sorprendida del reflejo que estaba viendo en el espejo de su habitación. Nunca se había visto tan guapa. Los mechones de su rubia melena caían por delante deteniéndose a la altura del pecho y los tacones realzaban su figura.

—¿Te gusta?

Maya no dijo nada. Solo asintió con la cabeza.

—¿Van a venir a recogerte?

—No, mamá. Ya te he dicho que voy a ir sola. Hay mucha gente que asiste sin acompañante y seguro que nos lo pasamos bien también.

—Claro que sí. —Shana la miró pensando que era muy valiente y muy madura. Más que los chicos de su edad.

Acabó de peinarse y perfumarse. Le estaba gustando verse distinta y se sorprendió al pensar que también quería que Patrick la viese vestida así.

Bajó por las escaleras sosteniendo un bolso en una mano y la otra se la echó a la cara. Su padre había montado un estudio fotográfico para la ocasión. Tres flashes con paraguas apuntaban a la escalinata. Dos cámaras en

distintas posiciones observaban a Maya y, a cada paso que daba, con un disparador su padre hacía automáticamente treinta y tres fotos por segundo.

—¡Papá! —Se moría de vergüenza y eso que nadie más la veía.

—Mi niña se está haciendo mayor y eso hay que plasmarlo. —Su padre la miraba con ojos de orgullo.

—Está bien.

Maya comprendió a su padre y volvió sobre sus pasos bajando de nuevo. Esta vez posando como si fuera una modelo. Hasta hizo gestos tontos como lanzar besos al público imaginario que le recordaron a Holly Preston y sus amigas.

—Queremos que sepas que estamos muy orgullosos de ti.

—Pero si solo es un estúpido baile.

—A veces momentos así son los que recuerdas con cariño el resto de tu vida —dijo su madre alisándole una minúscula arruga en el hombro.

Maya se despidió de sus padres con una sonrisa.

A lo lejos, un sonido distorsionado de música anunciaba que estaba llegando a la fiesta. Unas luces se movían y apuntaban al cielo creando tubos luminosos. Se celebraba en el gimnasio del instituto y por todo lo que había oído hablar de los bailes de años pasados, tenía una buena idea de cómo sería por dentro.

Cuando entró, se quedó unos pasos más adelantada de la puerta observando cómo estaba decorado. Cientos de tiras largas colgaban del techo. Tenían los

colores de la bandera de Estados Unidos. Por las paredes, miles de lucecitas blancas adornaban dando un toque cálido. En el escenario, el grupo de Steve Segan, compañeros de otro curso, estaban tocando American Idiot de Green Day lo que hizo que subieran las pulsaciones, moviera la cabeza al ritmo y sonriera. Divisó al fondo un corrillo de sus compañeros de clase que también habían venido al baile sin pareja. Brian, Edna, Craig y Luke eran, junto con Maya, los más listos de la promoción. Siempre se preguntó que por qué ser listo e impopular era algo que estaba casi relacionado. No era justo.

—¡Hola, chicos! —Se acercó a saludarlos con una gran sonrisa.

—Hola, Maya —respondieron todos.

—¿Te apetece un refresco? —le dijo Brian recolocándose las gafas.

—Muchas gracias —respondió ella.

—Estábamos observando y analizando las probabilidades de éxito de las parejas de especímenes de la fiesta —dijo Craig estirando el cuello, ya que el último botón de la camisa a cuadros lo apretaba.

—No entiendo. —Maya frunció el ceño.

—Observa. —Edna cogió a Maya por el hombro para que dirigiera la mirada hacia donde ella le indicaba—. Esos son Michael y Jessica. Si te fijas bien, ella dirige la punta de los pies hacia la puerta. Eso denota que quiere escapar. Por el contrario, él la mira el ochenta y siete por ciento del tiempo, aproximadamente, prestando especial atención a sus glándulas mamarias. — Todos emitieron una risa vergonzosa que finalizaba con un sonido parecido a

un gruñido de cerdito.

—Por eso le damos un veintidós por cierto de probabilidad de éxito — añadió Luke.

—Parece divertido —respondió Maya.

—Ahora tú. —Brian la giró para que mirase a la *pareja oscura* que así era el mote que le habían puesto a Brandon y Leslie. Estaban de pie uno frente al otro mirándose sin hacer ningún tipo de movimiento que siguiera el ritmo de la música.

—Pues yo los veo totalmente compenetrados. —Maya entrecerró los ojos para observarlos mejor—. Ella está odiando al mundo por las cejas tan bajas que tiene y él cada vez que mira alrededor también arruga la nariz por el asco. Así que, por el odio común hacia el universo, les doy un ochenta por cien.

—¡Genial! —respondió Luke—. Ahora tú, Brian.

—Mirad, ahí está Patrick y Holly Preston —dijo señalando al final.

El corazón casi se le paraliza a Maya. No entendía muy bien el porqué.

—Observadlos —prosiguió—. Podemos contemplar a Holly, la chica más popular del instituto luciendo un vestido rojo hecho a medida para la ocasión. Encaja perfecto en ese cuerpo envuelto en esa dermis tan bien cuidada. Enfrente tiene a Patrick, el chico más deseado. El misterioso joven moreno que vino de Nueva York con las proporciones áureas como el Hombre de Vitrubio. Es bueno en los deportes y un Don Juan.

Maya apretaba la mandíbula al escuchar a Brian y cómo los describía.

—Ella se contonea —continuó el análisis—. Mostrando sus pechos prominentes y sus caderas para demostrar que es fértil.

No solo era la mandíbula de Maya lo que estaba tenso, ahora era todo el cuerpo.

Brian continuó.

—Y él le responde positivamente observando su escote cada vez que tiene ocasión. A la chica más popular y el chico más deseado... les doy un noventa y dos por ciento de éxito. Creo que esta noche están dispuestos a...

Se oyó un crujido y unas gotitas de refresco saltaron a los miembros del grupo. Maya había roto el vaso de plástico que llevaba en la mano debido a la fuerza que ejerció por la tensión.

—¡Uy! Lo siento. —Maya se llevó la otra mano a la boca abriendo los ojos—. Creo que mi vaso estaba roto —mintió.

—No pasa nada. Con la diferencia de temperatura entre los hielos y el ambiente cálido crea una tensión térmica que acaba por agrietar los vasos.

—Voy a por otro refresco a la mesa de las bebidas —dijo Maya huyendo de la situación.

Se puso un nuevo vaso con refresco de naranja. Mientras volvía, se maldijo por su reacción con el análisis de Brian. Pensó que no quería volver a tener esa extraña sensación de rabia y tensión, y se prometió a sí misma que procuraría no volver a mirar a Patrick en toda la noche. Entonces, como si su cerebro bromeara como lo solía hacer Pat con ella, los miró.

Allí estaba Patrick agarrando por la cintura a Holly cara a cara y de repente, cambió la mirada y la vio. Palpitaciones. Así, sin razón. Tragó saliva.

Maya dibujó una sonrisa excesiva por los nervios y abrió los ojos mucho más de lo normal. Levantó la mano rápidamente como si fuera un robot para saludar, con tan mala suerte que era la mano en la que llevaba el vaso de bebida esparciéndola de nuevo por el suelo del gimnasio. Patrick sonrió y giró el dedo horizontalmente transmitiéndole que después se veían. Ella asintió, aunque lo único que deseaba era que se la tragase la tierra.

Durante cinco años compartiendo mi vida diaria con ese chico y de repente me pone nerviosa la idea de verlo, se dijo a sí misma contrariada. Le estaba ocurriendo algo.

Volvió a la mesa de bebidas cruzándose con Roger, el capitán del equipo.

—Hola, Maya.

—Emm... hola... —A Maya le extrañó que Roger le dirigiera la palabra. Jamás lo había hecho si no era para burlarse de su afición a los fósiles o cualquier otra cosa similar.

—Vas muy guapa hoy —dijo mirándola de arriba abajo.

—Gracias. —Maya se apresuró a ponerse el refresco.

—Qué escondido tenías ese cuerpo de *Sirenita* —dijo Roger acercándose aún más.

—Me tengo que ir —respondió ella.

Roger la cogió por la muñeca para que se girara.

—Deja el grupo de esos frikis y vente conmigo fuera con bebida de verdad.

—Su boca desprendía un olor hediondo a alcohol.

—No son frikis. —Tiró con fuerza soltando la muñeca—. Déjame en paz, capullo.

Maya apresuró el paso intentando alejarse del cretino.

—Si sé que te gusta, ¡friki mojigata! —gritó mientras Maya se alejaba.

Ella dejó el vaso en otra mesa. Quería salir corriendo. Pensó que estas fiestas no iban con ella y que la gente era idiota. Un momento antes de salir por la puerta alguien le agarró por la muñeca nuevamente. Estaba llena de rabia y tensó la mano para abofetear, pero cuando supo quién la había parado, su mano se destensó.

—¿Estás bien, Maya?

Patrick se inclinó para verla mejor. Lo primero que se dio cuenta ella fue de su aroma. Era el mismo aroma familiar de siempre, pero distinto. Lo abrazó.

—Me voy de la fiesta, Pat.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él.

—Que está llena de capullos, eso es lo que pasa. Esto no es para mí.

—¿Alguien se ha metido contigo? —dijo cerrando el puño—. Dímelo y se arrepentirá.

—No te preocupes, no vale la pena. Ya ha pasado.

—¿Estás segura?

—Sí, Pat. Me quiero ir de aquí.

—Justamente yo también me quería ir a tomar el aire. No me lo estaba pasando bien —mintió—. ¿Te apetece que nos vayamos a por una hamburguesa?

—Pero ¿y Holly?

—No te preocupes porque seguro que, si ve un espejo, se pasará toda la noche mirándose y se olvidará de todo lo de su alrededor.

—Me encantaría tomar esa hamburguesa, Pat.

—Pues vámonos de aquí —la instó sonriente.

Los dos abandonaron el baile de fin de curso. Holly se quedó esperando a Pat. Se cabreó mucho, ya que después de la fiesta le iba a invitar a su casa porque no estaban sus padres y pensaba hacerle pasar la mejor noche de su vida. Así se lo había dicho a sus amigas.

Desde la ventanilla del coche sin bajar, Patrick cogió la bolsa de papel con los dos menús que le sirvió la chica de la hamburguesería. Y se fueron al mismo escenario en el que esa misma mañana habían sido rivales.

Por la noche, Event Site era un lugar muy tranquilo.

Patrick bajó de su coche un par de sillas plegables y las situó juntas en la arena, cerca del agua del río. Abrieron la bolsa y se prepararon cada hamburguesa con sus salsas.

—Me gustó verte en el baile. Pensaba que no ibas a venir.

—Hasta última hora, yo tampoco creí que iría.

Maya se relamió antes de dar el primer bocado.

—Yo prefiero estas noches también que el barullo de dentro. Por cierto, vas muy guapa, aunque no tanto como con el bikini de *La Sirenita*. —Él sonrió. Ella se sonrojó.

—Capullo. —Maya le dio una palmada en la espalda y rápidamente mordió la hamburguesa para evitar que viera el tono más rojizo de su cara—. Creo que me lo pondré el año que viene. No sé si recordarás que he quedado primera y tú segundo.

—Te he dejado ganar. —Se sacó brillo a las uñas.

—Pues lo has hecho muy bien —dijo Maya guiñándole un ojo.

El río Columbia por las noches era un espectáculo. Las luces de la otra orilla destellaban en el agua creando reflejos imposibles. Una brisa sopló haciendo que Maya tuviera un escalofrío y se abrazase a sí misma frotándose los brazos.

—Toma. —Patrick se levantó y le puso sobre sus hombros la chaqueta del traje.

—Gracias, Patrick. —Maya observó lo bien que le quedaba la camisa. Era el mismo chico con el que compartía todos los días de su vida, pero ahora le parecía otro nuevo.

Patrick acercó su silla y la rodeó con los brazos para darle calor. Maya sintió algo nuevo. Su madre tenía razón al decirle que aquella noche del baile sería especial y que se quedaría en su recuerdo. Descubrió algo que hasta entonces

no sabía: sentía algo por Patrick.

—No podría estar mejor —susurró él mientras contemplaba las estrellas.

Maya no dijo nada, tan solo giró el rostro hacia él y se miraron durante unos segundos que parecieron eternos. Tragó saliva al darse cuenta de que sus labios apenas estaban separados por unos centímetros de distancia. El corazón de Maya latía cada vez más rápido, hasta que, de repente, un sonido fracturó ese momento que estaban compartiendo.

Patrick sacó su teléfono, le había llegado un mensaje. Lo leyó, parpadeó sorprendido y luego sonrió pícaramente. Era Holly, que le mandaba una foto en ropa interior con un dedo en la boca, diciéndole que lo iba a esperar toda la noche.

Maya vio el contenido del mensaje al mirar de reojo.

Y quiso gritar. Quiso desintegrarse. Quiso desaparecer.

Capítulo 8

(18años)

Maya estaba a punto de realizar su sueño. Convertirse en paleontóloga e intentar descubrir las maravillas del pasado mediante las figuras que el tiempo había tallado en las piedras. Los fósiles. Había echado solicitudes en varias universidades y en todas la recibirían con los brazos abiertos debido a sus calificaciones. Tenía la mejor nota de su promoción, aunque seguida de cerca por, cómo no, Patrick. De todas, en un principio dudó entre dos; la universidad de Oklahoma y la de Oregón.

La primera era considerada como una de las mejores del mundo en materia de paleontología. Su reputación entre las instituciones era muy buena por los ilustres estudiantes que habían pasado por ella. Maya pensó que había una ventaja y una desventaja a su vez: la distancia.

Su segunda opción era la de Oregón. Esta también tenía una buena reputación en esa rama de la ciencia. Además, tenía un jardín botánico con más de quinientos tipos de árboles. Era un lugar muy agradable para cursar una carrera. Pero, como la otra, tenía una ventaja y una desventaja a la vez: la distancia.

La universidad de Oregón estaba a menos de tres horas en coche desde Hood River, y la de Oklahoma a más de dos días de ruta. Maya se decantó por la segunda.

Le daba un poco de miedo abandonar la seguridad de la cercanía de su hogar y de su pueblo, pero, por otro lado, tenía ganas de emprender una nueva vida.

Una vida en la que no estuviera Patrick.

Después del día del baile, todo siguió igual que antes, pero... también cambió. Las bromas, las rutas en bicicleta, las tardes jugando a la videoconsola, las noches observando y fotografiando las estrellas se repetían, pero, ahora, cada vez que miraba esos ojos, cada vez que compartían una risa, cada vez que la abrazaba... sentía un dolor punzante en el corazón.

Se había enamorado de Patrick y le daba miedo que eso rompiera la magia que los unía.

Maya sabía que no tenía nada que hacer con él. En los últimos años, Patrick había salido con varias chicas populares del instituto que, la verdad, parecían estar hechas con Photoshop de lo perfectas que eran. Patrick era conocido en el pueblo y esa fama se extendía hasta otros cercanos del condado. Sus fans habían creado una página de Facebook en la que hacían montajes fotográficos con sus caras, como por ejemplo una en la que habían recortado el cuerpo de Pat montado en una moto sin camiseta y ese mismo torso lo pusieron en un *león gigante* y atrás de él, Shayla, que era una fan. A ella le salían corazoncitos. Arriba de la foto, unas letras que ponían: *Patrick, el cazador de leones y de leonas. Grrr.*

A Maya le asustaba un poco el nivel de *locura* que podían llegar a tener y

más cuando leía comentarios como: *“Patrick tiene dos ojos como dos sartenes, que cuando me mira me fríe la almeja”*. *“Me casaría con su perro solo para entrar en su familia”*. *“Lo lamería hasta que se me secura la saliva”*.

Aunque ella también había salido con algún chico, no llegaban a nada porque su pensamiento sólo estaba en Patrick. Necesitaba un cambio y por eso tenía que alejarse de allí, alejarse de él. Así que decidió que unos miles de kilómetros de por medio le irían bien para intentar sacarse de la cabeza lo que sentía por él, aunque su corazón pedía a gritos que se quedara más cerca de Pat. Esa era la razón por la que, aunque se marchaba al día siguiente, aún no había firmado la matrícula de ninguna universidad.

—¡Eh! Tú, tontita —le dijo Patrick entrando a la habitación de Maya.

—No me llames tontita, capullo. —Maya se sobresaltó por el tono alto de voz que usó. En el fondo le gustaba que la llamara con algún apelativo cariñoso; se giró para sonreír y que no la viera antes de continuar haciendo la maleta.

—¿Te apetece que nos vayamos un rato a hacer paddle surf?

—Tengo que acabar de hacer el equipaje, mañana a primera hora me voy.

—Ya lo sé, pero seguro que te da tiempo. ¡Que no se te olvide esto! — Patrick cogió unas braguitas del cajón y se las puso en la cabeza, haciendo el idiota.

—¡Deja eso! ¡No las contamines! Ahora las tendré que quemar.

—No digas tonterías, si te gusta... —le dijo guiñándole un ojo—. Muchas chicas pagarían para que me las pusiera en la cabeza.

—Muchas chicas no tienen ni dos neuronas. Déjalo ya —replicó quitándose las y lanzándolas a la maleta—. Está bien, vamos a surfear un rato.

Ese mismo año, habían empezado a hacer excursiones por el río con la tabla de paddle surf. Consistía en mantenerse de pie en una tabla mucho más ancha que las de surf y con una pala remar y trasladarse de un sitio a otro.

Ambos se subieron a la tabla con las mochilas impermeables al hombro y se dispusieron a navegar.

—Me parece que en Oklahoma no vas a poder navegar mucho. —Patrick se puso a la altura de Maya en medio del río.

—Allí está el lago Hefner —le contestó ella.

—¡Pero si eso es un charco en medio de un descampado!

—No es esto, pero algo es algo. —Maya se mostró pensativa mientras remaba.

—¿Tienes ganas de irte? —Patrick paró de remar intentando observar su reacción.

Maya lo notó y maldijo el hecho de tener la tabla de surf en la mano. Aunque ya se había acostumbrado al bikini y llevaba el amarillo y verde que tan cómodo le resultaba, esa mirada la hizo sentir desnuda y deseó soltar el remo para poder taparse.

—Bueno, en parte sí. Haré una nueva vida, lejos de aquí.

—Seguro que allí no hay chicos tan divertidos ni tan guapos y simpáticos como yo.

—Ni tan creídos.

—¿Yo? ¿Creído? —Patrick empezó a hacer posturas como si estuviera en un campeonato de culturismo. Maya no quería mirar, pero miró. Los músculos se le marcaban en cada movimiento que hacía. No quería mirar esos brazos, pero los miraba. No quería mirar ese torso, pero lo miraba. Necesitaba salir de allí. Irse lejos. Muy lejos.

Maya le salpicó con la tabla para poder romper ese momento.

—¡Tsunami! —Ella le lanzó agua con fuerza y Pat se protegió con los brazos.

—Así que esas tenemos...

Patrick saltó a su tabla y la rodeó con los brazos tirándola de la tabla.

—¡Eso es trampa! —Maya ahora le lanzaba agua con la mano.

Los dos se echaron a reír, divirtiéndose. Siempre lo hacían.

—Pásame tu tabla. Se me ha ocurrido una cosa —dijo Patrick.

Maya se la pasó extrañada, no sabía que iba a hacer. Patrick abrió su mochila y sacó un par de cuerdas que tenía del material de kite. Puso las dos tablas en paralelo y las ató haciendo una plataforma flotante muy ancha.

—¡*Tachán!* —Pat se puso en pie en las dos tablas—. Ya tenemos un yate.

—¡Qué chulo!

—Ahora, relájate y deja que el río nos lleve. Luego ya volveremos remando.

Los dos se tumbaron boca arriba con las manos detrás de la cabeza. Miraban cómo las ramas de los árboles que estaban en la orilla les saludaban. Ese era un plan inmejorable para Maya. Una simple tarde podía ser un momento perfecto.

—Me alegra que estés tan ilusionada por comenzar esa nueva vida.

—Es la mejor universidad en la puedo estudiar paleontología.

—Lástima que no se estudie paleontología en la Universidad de Portland, donde estaré.

Maya se sorprendió. Se le pasó por la cabeza la duda de si él realmente querría que fuesen a la misma universidad por algún motivo... especial. Y luego no pudo evitar recordar que todavía no había firmado ninguna matrícula. La esperanza le creó un nudo en la tripa.

—Así podrías presentarme a todas tus amigas y colarme en tu campus — continuó Patrick y ella tuvo que hacer un esfuerzo para mantener su rostro inexpresivo.

—Solo a las que me cayeran mal. Presentártelas sería una putada para ellas.

Patrick sonrió al imaginar la situación y Maya lo vio. Pensó que debía quitárselo de la cabeza, dejarle claro que quería alejarse. Cada vez le dolía más estar cerca de él...

—Patrick —dijo ella incorporándose, apoyando un codo en la tabla—. Es la ilusión de mi vida. Llevo coleccionando fósiles desde que me encontré una pequeña caracola tallada en la piedra. La oportunidad de irme es muy buena y es una suerte que me hayan escogido allí. Otra cosa distinta no cabe en mi futuro. Nada ni nadie podría hacerme cambiar de opinión.

Maya esperó que insistiera un poco o que se mostrara interesado en que se quedara, pero no ocurrió nada de todo eso.

—Visto así, por otra parte... —siguió Pat—, si voy un fin de semana a visitarte, las chicas con las que me lée allí no tendrán oportunidad de volver a verme. Eso es una ventaja.

—Eres un cerdo —resopló.

—Yo también te quiero —bromeó—. ¿Remamos el yate cada uno por un lado hasta la orilla?

—Vale, pero yo soy la capitana.

—¡La capitana enana!

Los dos remaron compenetrados. Ella pensaba que echaría de menos todos esos momentos, pero a la larga sería mejor.

—Esta noche los gemelos Frederick van a hacer una fiesta en su casa —dijo Patrick.

—A mí no me han invitado. —Maya salió del agua y recogió su tabla.

—¿Hubieras aceptado?

—No —respondió ella sonriendo.

—Pues ya sabes el porqué, capitana enana. —Patrick la rodeó con el brazo que no llevaba la tabla—. Vente conmigo, yo te invito.

—¿No dirán nada?

—Si vienes conmigo no. Además, ellos también celebran que se van a la universidad.

—Vale, pero no muy tarde que mañana a primera hora me voy a Oklahoma.

—Hasta cuando tú quieras —susurró suave.

Maya acabó de hacer la maleta. Con cada prenda y con cada cosa que metía en la maleta, su madre soltaba un sollozo. Estaba muy triste porque su *hijita* iba a abandonar el nido. Su padre llevaba casi tres horas de grabación con su cámara captando los últimos momentos antes de partir.

—Déjate todo preparado, tu padre y yo lo cargaremos en el coche y así mañana cuando te levantes solo tendremos que desayunar e irnos. —Su madre se limpió las lágrimas.

—No te preocupes, mamá. Estaré bien.

La abrazó mientras su padre hacía un plano circular casi metiendo la cámara entre las dos.

Cenaron hablando de cuántas veces irían al campus a visitarla y de lo mucho que la echarían de menos. Le explicaron todo tipo de problemas que podría haber y cómo actuar. “*Ponte debajo de una mesa si hay un terremoto*”, “*En tormentas, no salgas a campo abierto*”, “*Mira dos veces al*

cruzar la carretera” entre otros quinientos treinta y dos *consejos* más.

No se complicó y se puso un vestido corto, vaporoso y veraniego con un estampado de flores y hojas de palmera muy surfero, con unas zapatillas blancas. Le quedaba genial.

La casa de los Frederick era una de las más grandes de Hood River. Tenía un jardín con césped muy bien cuidado, una pista de tenis y una piscina que por poco era más grande que la del pueblo. Habían contratado un dj y, entre dos antorchas, habían situado la mesa de mezclas. Farolillos con luces tenues colgaban de los árboles y decoraban la fiesta.

Maya miró por todos los lados, pero no encontró a Patrick por la fiesta, aunque sí que vio a Lucas, uno de los gemelos Frederick. El chico se dirigía hacia ella. Pensó que la iba a echar porque no la había invitado. En ese momento quiso matar a Patrick.

—¡Hola, Maya! —Lucas la recibió con una gran sonrisa—. Qué bien que hayas venido. Perdona por no haberte invitado, pero es que creía que me dirías que no.

—Hola, Lucas. —Se tranquilizó—. Me lo ha comentado Pat, no te importa, ¿no?

—¡Desde luego que no! Aunque no hablemos mucho por el instituto, me caes bien.

—Gracias. —Maya se sonrojó, no le gustaban los cumplidos. Nunca pensó realmente que él también le caería bien. Creía que, al ser el capitán de fútbol,

rico y guapo sería más capullo, pero se equivocaba—. ¿Has visto a Patrick?

—Me parece que no ha llegado, pero ¿qué tal si le esperas con una copa?

—Lucas le acercó un vaso de plástico con una bebida roja con alcohol que olía muy bien—. Celebramos que mañana abandono este pueblucho.

—Yo también me voy a Oklahoma —Cogió el vaso.

— Por los valientes... —Lucas levantó su vaso y brindaron—. ¿Y qué vas a estudiar?

—Paleontología.

Él abrió los ojos.

—Me gusta. A ver si reconoces a este dinosaurio...

Levantó los antebrazos y puso las manos como garras. Enseñaba solo la parte de los dientes de arriba. Arqueó la espalda y corrió despatarrado haciendo sonidos extraños que sonaban a medio elefante, medio guacamayo. Al verlo, Maya se empezó a partir de la risa.

—¡Un *velociraptor*!

—¡Sí! —Él se echó a reír.

En ese momento, ella se giró y vio a Patrick entrando por la puerta antes de dirigirse hacia ellos dando grandes zancadas. Parecía que tenía prisa.

—Hola, Maya. Hola, Luc. —Le faltaba un poco el aliento—. Gracias por la invitación.

—De nada, colega. ¿Te ocurre algo?

—Tengo que hablar con Maya un momento, ¿nos disculpas?

—Claro, tío. Ponte algo. —Le palmeó el hombro.

Patrick agarró de la mano a Maya y la llevó a la otra esquina de la piscina.

—¿Qué pasa Pat? —Ella se estaba poniendo ansiosa.

—Nada, solo quería pedirte disculpas porque he tardado y... salvarte de Frederick.

—No te preocupes; no hacía falta, ha sido simpático y me lo estaba pasando bien con él.

Patrick frunció el ceño y apretó un poco el mentón. *¿Eso era un atisbo de celos?*, se preguntó Maya, pero luego sacudió la cabeza y se dijo que ya estaba bien de ilusionarse en vano.

—Anda, *salvador*. Ponte una copa —bromeó para romper el hielo.

Pat cogió un bote de cerveza, lo abrió y bebió un trago. Luego la miró fijamente.

—Se me hace raro verte en una fiesta, creo que la última fue en el instituto.

—La verdad es que sí. Pero me está gustando.

—A ver si te vas a convertir en una fiestera. —Pat inclinó la cabeza, un poco tenso.

—Tranquilo. No me convertiré en un *Patrick* de las fiestas. —Ella puso los ojos en blanco.

—No es que quiera venir a las fiestas, es que las fiestas no son nada sin mí —replicó él burlándose y sonriéndole de esa manera que hacía que se le acelerase el corazón.

Mientras hablaban, Luc pasó por allí y de lejos miró a Maya, que le sonrió levantando el pulgar preguntándole si todo iba bien. Ella también le sonrió y juntó la punta del índice y el pulgar formando *OK*. Patrick los vio.

—¿Sabes, Maya? —De repente, pareció un poco más nervioso de lo habitual. Se frotó la mandíbula—. Me apetece una hamburguesa con queso. ¿Me acompañas?

—Vale, pero ¿estás seguro? La fiesta no será nada sin ti —ironizó ella—. Y podría decirle a tu madre lo de las grasas saturadas, dudo que le guste la idea.

Patrick ignoró su burla, agarró de la mano a Maya y, con la otra, cogió un pack de seis cervezas que estaba en una mesa antes de tirar de ella para que saliesen apresuradamente.

Maya y Pat solían ir de vez en cuando a la hamburguesería. No se sentaban allí, pasaban con el coche y pedían la comida para llevar. Después, tomaban rumbo cada vez a un nuevo lugar. Una colina para ver los destellos de Hood River por la noche e inventarse historias de quiénes vivían en cada una, cualquier parte de la orilla río... Decían que el mejor comedor de restaurante que podía haber era *el mundo*.

—Cuatro hamburguesas con queso y patatas teja, por favor —pidió Patrick a una especie de robot con micrófono y altavoz mientras apoyaba el brazo en la ventanilla del coche.

—To-mo no-ta —Una voz metálica contestó—. En la si-guien-te ven-ta-na.

—¿Cuatro? —preguntó Maya.

—Ya sabes, cuando tengo hambre...

Esta vez Patrick no le preguntó dónde quería ir, simplemente fue al mismo lugar donde años atrás algo cambió entre ellos para siempre, durante esa noche del baile del instituto. Cada vez que Maya pasaba por Event Site, un escalofrío recorría su cuerpo. Ese lugar estaba grabado en su corazón. Maldijo que justo él decidiese volver a ese sitio el último día que iban a pasar juntos antes de que los dos se fuesen a la universidad.

Aparcaron el coche frente a la orilla del río Columbia; al otro lado del agua se podía divisar el espectáculo de las luces blancas y amarillas que parecía que parpadeaban por la distancia.

Se subieron al capó del coche de Patrick como solían hacer muchas noches, pero esta costumbre, por suerte y desgracia a partes iguales, para Maya se iba a acabar.

—Voy a echar de menos venir aquí a comerme las hamburguesas a media noche. —Patrick empezó el ritual de prepararse la comida echando una buena ración de mostaza.

Maya se preguntó por qué tenía que decir esas palabras tan dolorosas.

—Puedes traer aquí a alguna de tus fans de la página de Facebook —dijo dándole un bocado a la hamburguesa después.

—Cierto. No sé si traer a la que se pone traje de camuflaje y se esconde entre la maleza para hacerme fotos o a la que en una de las habitaciones de su

casa ha montado un altar con velas y con mi cara en un cuadro gigante. — Patrick miró arriba frunciendo el ceño y apretó los labios intentando hacer creer que se lo estaba pensando.

—Puedes irte con la que te hace montajes con Photoshop. Saliste muy guapo arriba del león.

—No me lo recuerdes. —Él abrió la primera cerveza y se la bebió de un trago.

—¡Sí que tenías sed! —exclamó sorprendida.

—Es que, para soportar esas cosas, necesito un buen trago.

Maya también se abrió otra. Casi sin darse cuenta, ya se había comido su hamburguesa y en ese intervalo, Pat se acabó sus cuatro.

La luna que les acompañaba esa noche estaba inmensa y espectacular, parecía que ella misma lo supiera y se miraba su reflejo en el agua creando una simetría imposible. Pat y Maya no podían dejar de observar esos detalles. Los sabían apreciar perfectamente.

—¿Sabes qué, niña tonta?

—Dime, idiota apestoso.

—El día que llegué aquí... —Patrick hizo una pausa para beber otro trago.

—¡Uy! Que el señor Patrick se ha puesto *filósofo*. —Maya bebió de su cerveza, expectante.

—Calla y escucha, cara trucha. —Patrick se volvió a poner serio—. Recuerdo el primer día que llegué con mis padres a Hood River. Fue el peor

día de mi vida porque dejé a todos mis amigos, la gran ciudad y lo importante que me hacía sentir que era un neoyorquino. Me hicieron pensar así. Central Park, mi colegio de ricos...

Maya seguía muy atenta a todo lo que estaba diciendo Patrick y daba sorbos inconscientemente a su cerveza por los nervios.

—Fue el peor día —continuó Patrick—, hasta que te conocí. Me hiciste cambiar la visión que tenía después de gastarme la primera broma de tantas y de pasar tantos buenos momentos. La verdad es que te voy a echar de menos. Mucho. Para mí, te has convertido en más que una amiga...

El corazón de Maya comenzó a palpar descontroladamente por la cerveza y por las frases que escuchaba. No sabía qué estaba pasando. Jamás habían hablado de sentimientos y le estaba diciendo que era *más* que una amiga.

—Mucho más, Maya —prosiguió Patrick mientras ella miraba cómo sus labios pronunciaban esas palabras—, eres como una hermana pequeña para mí —concluyó antes de darle un abrazo.

Maya sintió una ausencia de latidos en su corazón. *¿Una hermana?* Se repitió en su cabeza. Quiso llorar, quiso salir corriendo. Quería huir de ese abrazo *fraternal* por parte de Pat. Un abrazo como una camisa de fuerza de la que lo único que puedes pensar es en escapar. Una lágrima escapó de sus ojos sin su permiso.

—¿Estás llorando? —Preguntó Pat.

—Es que es muy bonito lo que me has dicho —mintió, intentando contener

la rabia y sus verdaderos sentimientos.

Patrick se la secó con el dorso del dedo y se tumbaron en el capó del coche. Esta vez, Maya no veía las estrellas ni la luna porque el dolor hizo una capa oscura visible. Patrick agarró la mano de Maya. Le quemaba. Pensó que estaba empeorando por momentos. Iban bastante borrachos y los sentimientos tomaban más poder en las acciones. En cualquier momento Maya podría gritar o irse corriendo. Notó a Patrick moverse. *Ojalá nos vayamos ya*, pensó ella. Pero ese movimiento no era para irse. Patrick inesperadamente se incorporó poniendo su cara delante de la de Maya. Los ojos se encontraron en una mirada que jamás habían sentido. Sin decir nada, Patrick acarició su sonrojada mejilla, acercó su rostro y sus labios rozaron los de ella en un beso dulce y lento. Maya notó esos labios sobre los suyos conectando y creando una especie de calidez reconfortante; había pasado tantas horas observándolos en silencio, que se sabía de memoria cada curva y eran tan suaves como había imaginado. Al sentir su lengua acariciando la suya, se le escapó un gemido que él atrapó con su boca, besándola con más intensidad, como si un reloj marcara una cuenta atrás.

Patrick se dio cuenta entonces de que había deseado besarla durante mucho tiempo, pero inconscientemente estaba reprimido por no querer arriesgarse a perder lo que ya tenían. Esa noche, las cervezas y la brisa que sabía a despedida, destaparon la caja de sus sentimientos.

Maya apoyó la cara en su pecho y, mientras, Patrick le acariciaba el pelo.

No hablaron porque el silencio tenía mucho que decir. Sentían que estaban completos. Esa tranquilidad y felicidad, junto con la embriaguez, les hicieron relajar los ojos y caer en un sueño plácido.

Nada ni nadie podría hacerme cambiar de opinión. El recuerdo de esa frase resonó en la cabeza de Patrick como un despertador en pleno rendimiento. Abrió los ojos, desvelándose. *Otra cosa distinta no cabe en mi futuro.* El alcohol había desaparecido del cuerpo de Patrick y el juicio vino de la mano de la razón. *Es la ilusión de mi vida.*

—Maya, es hora de irnos. —Patrick la apartó suavemente. Ella se despezó tímidamente con una sonrisa—. Vámonos, que mañana te tienes que ir pronto.

Medio dormida, ella se agarró a Patrick del cuello para bajar. Durante el corto trayecto en coche, Maya observó a Patrick. Estaba muy guapo mientras conducía serio y con una mano al volante. Las luces de las farolas iluminaban el perfil de su cara y sus rasgos marcados. Entendió la obsesión que su padre tenía por inmortalizar los momentos, porque deseó hacerle mil fotos para quedarse con aquel instante para siempre.

—Patrick... —El corazón de Maya quería hablar.

—Maya. —Patrick la cortó—. Casi hemos llegado, mañana hablamos. Descansa. —Pat siguió con el brazo en el volante cuando ella bajó.

—Buenas noches, Patrick.

—Adiós, Maya.

El olor de las tortitas recién hechas despertó a Maya. Abrió los ojos y casi automáticamente una sonrisa se alzó en su rostro. El recuerdo reciente de la noche la hacía flotar, como si viviese en una nube. Todavía conservaba el perfume de Patrick. Todo había cambiado.

—Oregón. Lo sabía —se dijo a sí misma mientras se lavaba la cara—. Sabía que no tenía que firmar la matrícula. —Hizo un guiño a su reflejo en el espejo.

Maya ya lo tenía claro. Aunque era el día de partir a Oklahoma, sus padres al final entenderían que cambiara a última hora de opinión, tenía la ventaja de que estarían más cerca de su *niñita*. Se iba a quedar en la universidad de Oregón. Quería estar cerca de Patrick.

—¡Maya! Ya tienes el desayuno. Baja, cariño —gritó su madre desde la cocina.

—¡Ya voy! —Se puso el vestido de lino y bajó para darles la noticia de que al final se quedaba en Oregón—. —Mmmm... ¡tortitas con chocolate! — Maya se relamió.

—¡Saluda a las cámaras! —dijo su padre mientras señalaba tres apuntando a la mesa.

—Esperad. Papá, mamá, os tengo que contar algo.

—Dinos cariño. —En ese momento llamaron a la puerta—. Mira, es

Patrick —dijo el padre de Maya al verlo por la ventana—. Querrá despedirse, luego nos lo cuentas.

Se le aceleró el corazón y sonrió como una tonta mientras iba a abrir. Allí estaba, tan guapo como siempre a pesar de que, por el aspecto de sus ojos enrojecidos y las ojeras, no parecía haber descansado demasiado.

—Hola, Maya. —Él la miró lentamente.

—Hola, Patrick, te quería decir una cosa. Que he cambiad...

—Espera. —Patrick la interrumpió y se revolvió el pelo, nervioso e inquieto antes de volver a chocar con sus ojos. A ella le extrañó lo serio que estaba—. Escúchame. Necesito que sepas... —Él cogió aire—, que lo de ayer fue un error. Y lo siento mucho. Habíamos bebido; nunca debí haberte dado ese beso. Para mí no significó nada y no soportaría que una tontería así hiciese que las cosas cambiasen entre nosotros. Así que... ¿Amigos?

Le tendió la mano. Ella dudó. Quería llorar.

Al final, temblando, se la estrechó.

—Amigos... —aceptó.

Sin saber cómo desahogarse, Patrick volvió a su casa a por un papel y una pala y se encaminó hacia la colina.

4 años después

Capítulo 9

Patrick sostenía uno en cada mano, observando y valorando mentalmente como si tuviera que decidirse a cortar un cable de un color para que no explotara una bomba.

—¡Joder, Lucas! No sé cuál escoger. Si el blanco con el cuerno y la cola multicolor o el que es todo beige con la cornamenta blanca. —Patrick seguía desviando la mirada cada segundo a uno y a otro.

—¿De verdad lo estás preguntando en serio? —preguntó Lucas extrañado.

—Es que puede que Maya vea muy infantil el de colorines y cuando venga mañana después de cuatro años sin verla, pues me gustaría acertar.

—Tío, me sorprendes. —Lucas se empezó a reír—. Da igual, pilla el de la derecha. En fin, son animales estúpidos.

—¡No son estúpidos! —Patrick se sorprendió nada más contestarle a Lucas. Este lo miró ya un poco asustado por el interés insólito a los unicornios.

—¿Cómo dices?

—Que no son estúpidos, son gilipollas.

Los dos chocaron los puños mostrando que estaban de acuerdo.

Patrick mentalmente siguió dándole vueltas a cuál le gustaría a Maya y recordó que ella tendría cuatro años más desde la última vez que la vio. Al final escogió el beige.

—Espero que cuando tengamos que tomar decisiones sobre nuestra futura empresa, no tengas esas dudas —dijo Lucas saliendo de la tienda.

—Ya sabes que no. A ti te compraré el de colorines —bromeó.

Luc le dio un puñetazo en el hombro.

Patrick había estudiado la carrera de dirección de empresas y marketing. El primer año, lo cursó en la universidad Portland y los siguientes los realizó en la Universidad de California, ya que realmente nada le ataba en Oregón. Allí por lo menos, estaría cerca del mar para poder hacer kitesurf en sus ratos libres. Todos los veranos, volvía a Hood River con la esperanza de ver a Maya, pero primero ella estuvo en *Dino Camp* trabajando dos años para ayudar a costearse la carrera mientras enseñaba las maravillas de los dinosaurios como monitora del campamento y, luego, los dos últimos años los pasó en un yacimiento en Alaska ayudando en tareas de identificación y organización del equipo, así que Maya nunca volvió a su pueblo.

La noche del festival anual de Green Valley en el primer verano, Patrick y Lucas, borrachos y entre balbuceos, soñaron con montar una empresa relacionada con el mundo del kitesurf. Pat pondría los conocimientos sobre el deporte, marketing y empresa y Lucas el capital. Poco a poco, fueron dándole vueltas a la idea y todo lo que hablaron esa noche, medio en broma, medio en serio, se hizo realidad. Todo menos el nombre comercial, ya que *Kitesurf ke lo flipas nena* no parecía demasiado serio cuando se despertaron a la mañana siguiente, sobrios.

—¿Todavía no le has dicho a Maya que te mueres por sus huesitos? —le preguntó Luc a Patrick con cierto retintín.

—¿Yo? No digas tonterías, es mi amiga de toda la vida.

—¿Estás seguro?

Patrick estaba empezando a sentirse incómodo.

—Segurísimo, pero cambiemos de tema. ¿Te han enviado las licencias de construcción? —preguntó Pat para evitar volver a hablar de Maya.

Lucas se rio. Le hacía gracia ver un poco nervioso a su amigo, así que volvió otra vez al asunto anterior.

—Entonces... ¿No te importará que le tire la caña a tu *amiguita de toda la vida*?

—¿Ni de coña! —Pat se puso un poco serio, eso hizo que Lucas se riera a carcajadas.

—¿Lo ves! Date cuenta, Pat. Te gusta.

—Perdona, te tengo que dejar, me están llamado. —Patrick se puso el pulgar en el oído y el menique en cerca de la boca simulando que era un teléfono—. ¿Sí? ¿Dices que Lucas es un capullo y se mete donde no le llaman? Cierto.

Lucas rio a carcajadas.

—Tú verás, colega —dijo Lucas como consejo—. Por cierto, ¿te recojo mañana para ir al macrofestival de Green Valley o irás tú por tu cuenta?

—Mañana no voy a ir.

—¿No jodas? ¿Patrick Ward, el señor del festival no va a ir?

—No voy, me ha escrito Maya y mañana he quedado para cenar con ella.

En ese momento pasaba un coche con varios chicos y chicas con música. A la altura que estaban ellos ralentizaron el paso.

—¡Ese Patrick! —gritó uno de ellos asomando el cuerpo por la ventanilla—. ¡Te esperamos mañana por la noche!

Patrick no los conocía de nada, pero levantó la palma de la mano para saludar y el coche se fue mientras los cinco ocupantes gritaban “Patrick, Patrick, Patrick...”

—No te lo digo yo solo. También te lo dice toda la gente. Desde lo que hiciste el primer año, sales hasta en la página web.

—Ya. Me llamaron los organizadores para ver si iba a ir y les dije que no. También *Fatboy Slim* y lo entendieron.

—¿*Fatboy Slim*? —Lucas abrió muchísimo los ojos, ya que era su grupo favorito—. ¡El puto Norman Cook! —gritó mientras se echaba las manos a la cabeza.

Dos chicas con un short y la parte de arriba del bikini y bebiendo un batido se cruzaron con ellos. Rápidamente, Lucas bajó un brazo de su cabeza para darle un codazo a su amigo por si no las había visto. Las dos miraron fijamente a Pat.

—Adiós, Patrick —dijo la rubia con coletitas—. Nos vemos mañana por la noche en Green Valley.

—Adiós, chicas —respondió Patrick guiñándoles un ojo.

—¡Tú estás loco! —Las manos de Lucas volvieron a la cabeza—. Debes de estar muy enamorado para no ir.

Su teléfono móvil sonó. Esta vez era verdad y Patrick hizo se llevó el dedo índice a la boca para que Lucas se callara.

—¿Sí? —preguntó él

—¿Patrick?

—¿Maya? ¡Maya! —Pat se alegró mucho al oír su voz. En estos cuatro años, casi siempre se escribían, pero rara vez hablaban por teléfono. Sonaba distinta—. ¿Qué tal, golondrina con caspa?

—¡Muy bien! Todavía estoy de camino, he hecho una parada para descansar. ¡Conducir sola es muy aburrido!

—Ya he oído en las noticias la alerta de no coger el coche si no es una urgencia, ya que ibas a estar tú conduciendo —bromeó él.

—Veo que no has perdido el sentido del humor. Bueno, sigue en pie lo de mañana ¿no?

—Sí, mañana no tengo nada que hacer en todo el día.

Lucas lo miró fijamente y frunció el ceño desaprobando lo que estaba diciendo.

—Perfecto, tengo ganas de verte. Te tengo que contar algo —dijo Maya.

Al oír eso, un escalofrío le recorrió la espalda a Patrick.

—¡Mu-muy bien! —En un principio, a Pat no le salían las palabras.

—Pues nada, espero verte mañana.

—Ciao, cangreja.

Capítulo 10

—Tenga, señor Baker.

—¡Oh! Patrick, no tenías por qué haberte molestado y te tengo dicho que me llames Josh.

—No te preocupes, yo ahora estoy usando otro. —Patrick le tendió un objetivo para su cámara—. Así cuando venga Maya más tarde le podrá hacer fotos y con éste el efecto Bokeh es más acentuado. La foto le quedará más bonita con el fondo desenfocado.

—Muchas gracias, Patrick —dijo Josh—. Aunque mi hija siempre sale muy guapa en todas las fotos.

—Cierto —dijo Pat sonriendo.

La madre de Maya entraba al salón con una gran bandeja repleta de tortitas con crema de cacao, zumo de naranja y un vaso de leche con chocolate.

—Ten, Patrick —dijo Shana ofreciéndole el desayuno—. Así se os hará más amena la tertulia.

—Gracias, señora Baker, pero recuerde no decirle nada a mis padres. Odian al azúcar; lo llaman el *demonio blanco*. —Shana guiñó un ojo haciéndose cómplice.

—Tranquilo, ahora que han vuelto a Nueva York será más difícil que se enteren de tu dieta. ¿Qué tal les va de nuevo allí?

—Es cierto, tengo un poco más de libertad a la hora de comer. —Sonrió—.

Pues ellos dicen que están más felices. Siempre les ha gustado la gran ciudad, creo que no supieron disfrutar de la tranquilidad y el bienestar de Hood River. La parte positiva, es que me quedo la casa de aquí.

—Qué bueno tenerte de vecino.

El padre de Maya y Patrick solían quedar todos los veranos para hablar de la gran afición que compartían: la fotografía. Casi todo el año, cada uno por su parte iba recopilando información y exploraban todas las técnicas que habían aprendido para luego, emocionados, comentarlas en verano, cuando se veían. Ambos se intercambiaban material como objetivos, trípodes y demás. También hacían una exposición de las mejores fotos que habían realizado durante el año. Patrick ganó un concurso local en una población del este de California y se la regaló. Josh la enmarcó.

Estuvieron toda la mañana charlando. Pat se alegró de tener algo que hacer, ya que más tarde vendría Maya y así las horas pasarían más rápidas.

—Bueno, señores Baker, gracias por el desayuno. —Patrick se levantó—. Esta tarde, después de comer, vendré a por Maya.

—No hay de qué. —Josh posó una mano en el hombro de Pat—. Maya tiene mucha suerte de tenerte como amigo.

Pat sonrió.

Capítulo 11

Huele a río. Huele a Hood River, pensó Maya nada más atravesar con su coche las primeras casas. Habían pasado cuatro años desde que abandonó el pueblo para buscar una nueva vida. Era necesario. Al atravesar las calles, los recuerdos venían a su cabeza. *En aquella pendiente nos deslizábamos con el skate a toda velocidad. Allí es donde al señor Nopa le contábamos las mentiras más grandes que podíamos imaginar. En ese árbol recogimos una tijereta rosada y le curamos el ala.* Mientras giraba el volante recorriendo los últimos metros antes de llegar a su casa, se dio cuenta de que en todos sus recuerdos aparecía Patrick. Sin duda, había sido alguien muy importante en su vida. Se alegró de que esos instantes la hicieran sonreír ahora que ya no dolían.

Una, dos y tres, se dijo Maya mentalmente antes de llamar a la puerta.

No le dio tiempo a tocar el timbre, ya que Josh estaba pendiente mirando por la ventana.

—¡Maya! —gritó su madre cuando abrió la puerta echándose encima para abrazarla.

Maya soltó las maletas para abrazarla también y se cercioró que dos o tres flashes habían salido de la cámara de su padre.

—Te hemos echado mucho de menos —dijo Josh dejando la cámara uniéndose el abrazo ahora a tres—. Mi pequeña.

—Yo también os he echado mucho de menos. —Se le escapó una lágrima.

Maya subió a su habitación para guardar la poca ropa que había traído. Estaba tal y como la dejó en su día. Se paseó por allí acariciando a los unicornios, imaginándolos más contentos por su llegada. Cogió un fósil de su colección, ahora sabiendo en qué época exacta existió y sonrió. Estaba a gusto en su casa, estaba segura. Un olor familiar hizo que volviera al presente.

—¡Tortitas! —exclamó dirigiéndose al origen del *perfume*.

Mientras bajaba, lo observaba todo. Ella había crecido y los muebles y la casa parecía que habían encogido. Todo engrandece cuando eres pequeño.

¿Qué narices hace eso ahí?, pensó Maya al ver una foto.

—Toma cariño, hoy es un día especial y he hecho tu almuerzo favorito. —Shana le ofreció el banquete en la mesa del comedor.

—Mmmm... ¡Cuánto echaba de menos estas tortitas! —Se relamió sentándose sin quitar ojo a la comida—. Por cierto, ¿qué hace esa foto de Patrick ahí?

—Se la regaló él a tu padre —contestó Shana.

Maya frunció el ceño. Era un poco extraño.

—Me la regaló Pat porque fue la ganadora de un concurso de fotografía. —Josh se sentó con Maya—. Compartimos esa afición. En las vacaciones de verano, estos últimos años, Patrick volvía a Hood River y uno o dos días lo reservábamos para hablar de nuestros conocimientos de fotografía.

Maya todavía seguía con el ceño fruncido. Se preguntó por qué no sabía nada de esto.

—Nos intercambiamos material —prosiguió Josh—. Y él me regaló una fotografía que había ganado en un concurso en California porque se metió en el mundo audiovisual.

—¿Mundo audiovisual? —preguntó interesada.

—Ya te lo contará él —dijo su padre—. De hecho, esta mañana ha sido la reunión de este año y ha desayunado lo mismo que tú estás comiendo ahora.

Maya paró de masticar y observó el plato ensimismada. Por un lado, se alegraba que compartieran esa afición y, por otro lado, era extraño. Su padre y su amigo de toda la vida y la habían dejado al margen. Se sintió un poco desplazada, aunque sabía que no tenía motivos para sentirlo.

—Se lo preguntaré después.

—Claro, cariño. Nos ha dicho que más tarde te recogerá.

Siguieron charlando, contándose anécdotas de su universidad y sus padres también pusieron al día de las últimas noticias de sus vecinos. El tiempo pasaba volando. Maya sentía que, en esa casa, las agujas del reloj iban más rápido.

Se levantó cuando llamaron a la puerta.

Pat estaba fuera, nervioso. Tenía ganas de ver a su amiga y daba pequeños saltos como los jugadores de fútbol antes de un partido, en el calentamiento. Le ayudaba a aliviar la tensión. Maya abrió la puerta y lo recibió con una

gran sonrisa.

—Joder. —Fueron las primeras palabras que salieron de la boca de Patrick. Tenía otras preparadas como: *Hola, Maya, ¡cuánto tiempo!* o algo que le hiciera reír como: *Hola, Ammonoidea*, que era un nombre de un animal coetáneo de los dinosaurios que se aprendió para la ocasión, pero no pudo. Solo logró decir *joder*. El motivo era que estaba más guapa que nunca. Más atractiva que cualquiera. Se había convertido en una mujer impresionante.

—Hubiera preferido *Hola, Maya* en lugar de *joder*. —Sonrió—. ¡Hola, tontito!

—¡Hola, albóndiga! —Pat confundió por los nervios *Ammonoidea* por *albóndiga*, pero aun así le dio un abrazo fuerte.

Él sintió que encajaron a la perfección en ese abrazo. Muchas veces los elementos meteorológicos se unen para crear una tormenta perfecta, pues ellos dos eran los elementos para el *abrazo perfecto*.

—¡Tenía ganas de verte, fea! —Le ayudaba bromear para calmar sus nervios.

—¡Y yo a ti! Mucho.

—Había pensado que, antes de ir a cenar, nos podríamos poner al día haciendo kitesurf, pero, si has olvidado como ir en tabla, podemos ponerte unos manguitos hinchables para que nades como un bebé.

—Hace tiempo que no salgo con la tabla y la cometa. Pero, aun así, te puedo dar una paliza —bromeó ella—. Voy a prepararme.

Allí estaba. Esperando a Maya como hacía cuatro años. Era muy agradable esa sensación. La conexión entre ambos seguía intacta. Nada había cambiado, bueno, sí, ella. Patrick la encontró mucho más preciosa que cuando la dejó aquella mañana que tantas veces había recordado después al rememorar ese beso que se dieron horas antes de despedirse...

Capítulo 12

Los dos caminaban hacia el río con la mochila al hombro para hacer kitesurf. Pat pensó que podría ser perfectamente un día de hacía cuatro años. Le recordó esas novelas de ciencia ficción en las que el protagonista hace un viaje en el tiempo o a otra dimensión y está años fuera, pero cuando decide volver, en realidad han pasado solo minutos. Esa sensación tenía.

—Maya, tengo una pregunta que hacerte. Ahora sé que la podrás resolver.

—Pat se puso serio.

—Claro, Pat. Dispara. —Maya frunció el ceño. Pocas veces él dejaba de sonreír.

—Es que, desde hace mucho tiempo, me estoy comiendo la cabeza... He estado esperando estos cuatro años para que me pudieras contestar y lo supieras de verdad...

—Por favor, Pat. ¿Qué pasa? —Maya paró de caminar y miró a Patrick obligándole a parar a él también.

—Pues... —comenzó mirando al suelo.

—¿¡Qué!?

—Quisiera saber en una pelea a muerte, qué dinosaurio ganaría ¿El triceratops o el Tiranosaurus Rex? —Pat levantó la cabeza con una sonrisa de medio lado.

—¡Qué capullo eres! —Le pegó una palmada en la espalda—. ¡Me habías

asustado!

Pat comenzó a reírse a carcajadas. Realmente Maya se había puesto muy nerviosa al oír esas palabras y no sabía muy bien el porqué.

—Es que era una duda en la que llevaba mucho tiempo pensando. El triceratops es un tanque y el tiranosaurio es el rey... —dijo Patrick chocando las manos simulando que eran los dos animales.

—¡Pues el Tiranosaurio! —dijo poniendo los ojos en blanco.

Un grupo de unos diez chicos y chicas, se cruzaron por la acera de enfrente y unos a otros se decían: “*¡Ese es Patrick, el famoso Pat! Sí, sí ese ese*”

—¡Patrick Ward! —dijo uno de ellos, lo que hizo que Maya y Pat se girasen. —¡Eres nuestro ídolo, te esperamos esta noche!

—¡Allí nos veremos, chavales! —gritó él mientras otros del grupo les sacaban fotografías.

Maya se extrañó de lo que estaba pasando.

—¿Quiénes eran?

—No tengo ni idea —respondió él

—Pues ellos sí que te conocían.

—Es una larga historia, no les hagas caso.

—Y han dicho que te verán esta noche.

Maya quería saber más de esa situación tan extraña.

—Sí, pero no me van a ver porque vamos a estar cenando. —Pat le guiñó un ojo—. Lo que sí que te pido, es que no digas que no voy a ir si vuelven a

preguntar.

Maya levantó las cejas y sacó el labio inferior. No entendía nada y no quería insistir más. Realmente no le importaba o, mejor dicho, no le debía de importar.

Allí estaba el río Columbia. El olor típico y único le hizo erizar el vello de la piel de Maya. Tenía muchas ganas de volver a navegar. En estos cuatro años no había podido hacerlo ni un solo día. Primero por los veranos en el campamento tutelando a los niños y luego por el gran yacimiento en Alaska, no le habían dejado tiempo para una de sus grandes aficiones.

—Si quieres, te puedo dar unas clases por si te has olvidado.

—Cuatro años sin tocar una cometa y una tabla y te podría ganar con los ojos cerrados —respondió ella.

Maya se quitó la camiseta y de la boca de Pat volvió a salir un “*Joder*”. Esta vez, ella no le oyó. El cuerpo de ella había cambiado sutilmente. El sol se reflejaba en el agua haciendo que la silueta de Maya se dibujara. Era preciosa. Sus pechos habían crecido notoriamente y Patrick tendría que hacer esfuerzos sobrehumanos para poder mirar a otro lado.

Pat se dio cuenta que él no había empezado a prepararse y comenzó a quitarse los pantalones ya que debajo llevaba el bañador, pero ella en ese momento hizo lo mismo. Como si algo le hubiese pegado en el estómago, Patrick se quedó sin respiración. El motivo fue el trasero de Maya que delineaba unas curvas imposibles.

—¡Oh! Mierda. —Patrick se desestabilizó al verlo. Se estaba intentando quitar los pantalones con las zapatillas puestas. Con pequeños saltitos se fue hacia atrás y se cayó de culo a un charco de barro.

Maya ya estaba metiéndose en el agua cuando esto ocurrió y entró empujada por el viento sin poder parar de reír muy fuerte.

—¡Vamos, cara culo! —gritó ella.

—¡Es una nueva técnica! —Intentó quedar un poco mejor sin éxito—. La inventaron en estos cuatro años en los que tú no has estado.

Estuvieron haciendo trucos de kitesurf toda la tarde. A Maya no se le había olvidado cómo se surfeaba. Hizo las mismas volteretas de hace tiempo con la serenidad que había adquirido. Pat estuvo un poco más torpe que de costumbre. Lo único que le podía perturbar y desconcentrar era Maya y su cuerpo. En el campeonato lo hizo y ahora también.

—¡Ha estado bien! —dijo Maya secándose el pelo.

—¡Sí! —Pat estaba entusiasmado—. Por eso me fui a California a acabar la carrera. Allí podía salir también a surfear un rato.

Las dos chicas que se habían cruzado con Patrick y Lucas el día anterior se acercaron a ellos. Vestían con unos pantalones aún más cortos y un escote que podría hacer eco.

—Hola, Pat —dijo la rubia en un tono sugerente—. ¿Es tu novia? —Se dirigió a Maya.

—Hola, chicas —contestó él—. No, es una amiga.

Maya se estaba secando el pelo y veía un poco extrañada la situación.

—¡Buf! Qué alivio —dijo la morena—. Gracias a Dios.

—¿Vas a venir esta noche?

—¡Claro, ahí nos veremos!

—¿Dónde vas a ir Patrick? —preguntó Maya acercándose a los tres.

—¡Al festival! —le respondió la rubia—. Ya sabes, Patrick es el rey del Macrofestival de Green Valley desde lo que hizo.

—¿Sí? No sabía nada, Patrick —Maya se dirigió a él—. Cuéntame qué hiciste.

—No tiene importancia —contestó él.

—¿Que no tiene importancia? Mira, su cara sale en las entradas.

La chica morena sacó de su generoso escote una entrada y se la acercó Maya, que se echó un poco atrás por el sitio del que había salido. Parpadeó dos veces para que el sentido de la vista no la engañara. En efecto, la cara de Pat salía en el folleto, justo detrás del rostro de un gran felino rugiendo.

—Hace cuatro años —continuó la rubia—. Patrick, en el Macrofestival de Green Valley, salvó la vida de varias personas en un concierto de Lorde.

—Ya será menos —dijo Patrick.

—Calla —le ordenó Maya que estaba intrigada—. Continúa.

—En una de las carpas situada en el recinto del festival, un tigre de unos trescientos kilos se escapó de una de las jaulas sembrando el pánico entre toda la gente.

—Desorientado, subió al escenario donde estaba cantando Lorde —siguió la otra amiga.

Maya fruncía el ceño y no perdía detalle de lo que le estaban relatando. Las dos parecían pelear por narrar la historia, a cada cual con más intensidad.

—En el escenario, se quedó mirando fijamente a la cantante enseñando las fauces mientras el público no paraba de gritar.

—Entonces Patrick —la rubia continuó—. Subió al escenario y sin ningún tipo de miedo se dirigió al gran tigre. Lo agarró por un collar que tenía y con una confianza digna levantó el dedo índice y dijo: “*¡Gatito malo! Eso no se hace*” y le pegó en el hocico. El tigre lo respetó como si fuera un domador y continuó diciendo: “*¡Sit! Túmbate*” y el tigre, milagrosamente, le obedeció. Momentos después, vinieron seis responsables del circo y se lo llevaron. Todo el mundo aplaudió.

Maya estaba atónita a lo que estaban diciendo y Patrick se estaba sonrojando.

—Estaba un poco borracho —se justificó Patrick.

—Es increíble, Pat —le dijo Maya que se le estaban secando los ojos de los abiertos que los tenía.

—Y eso no es todo. Lorde le fue a dar las gracias, pero Patrick la agarró, la echó atrás y le dio un beso de tornillo que ella le devolvió encantada.

—Yo también te lo devolvería Pat —añadió la otra amiga guiñándole un ojo.

—Y cogió el micrófono, se aclaró la garganta, se dirigió a los miles de personas y dijo: “*El hombre valiente no es aquel que no siente miedo, sino el que conquista ese miedo*” —La rubia se cogió sus manitas y suspiró mientras miraba a Pat.

—Fue una cita de Nelson Mandela que se me ocurrió decir en ese momento —quiso quitarle importancia.

—Desde entonces, sale en todos los carteles. Tiene el pase VIP para todos los lugares y de mi corazón —dijo la morena llevándose una mano al pecho a punto de salir del escote.

—Y del mío —añadió rápidamente la otra—. Así que nos vemos esta noche, Patrick. Te invitaremos a lo que quieras. Lo-que-quieras...

—Adiós, chicas. Nos vemos allí.

Maya se había imaginado toda esa escena y estaba perpleja. Había domado a un tigre como un gatito, se había besado con Lorde... Era el héroe de un macrofestival y lo más importante, que la dejó un poco más helada, había cancelado todo eso por cenar con ella.

Capítulo 13

Ahí estaba, de nuevo frente a la puerta para recoger a Maya. Se sentía nervioso, con esa emoción que te invade antes de abrir un regalo que tienes la certeza de que te va a gustar. Habían pasado solo dos segundos desde que Patrick llamara a la puerta y ya estaba ansioso por ver cómo estaría de guapa. Desde que la conocía nunca se habían ido a un restaurante para cenar, siempre habían cogido sus hamburguesas y se las llevaban con el coche a un sitio distinto.

—¡Joder! —Patrick lo volvió a decir cuando Maya abrió la puerta.

—¿Otra vez? Joder ¿qué? —le preguntó ella.

—Joder, Maya estás guapísima.

—Tú también estás muy guapo.

Maya se había puesto un vestido blanco con un hombro al descubierto y unos volantes. No era demasiado corto, pero lo suficiente para que Pat la mirara como si fuera la primera chica que ve un náufrago en veinte años. Se alegró de que no tuviera escote, ya que le hubiera sido complicado mantener una conversación.

—Yo siempre estoy guapo, pero gracias por el cumplido. —Pat levantó una ceja y sonrió elevando una sola comisura de los labios.

—Va, tonto. Vámonos.

—Espera, tengo algo para ti.

—Yo también, Pat. Pero te lo daré más tarde.

El corazón de Patrick bombeó dos latidos más fuertes al oír lo que le dijo Maya. Luego sacó una bolsa y se la entregó.

—Ten, para ti —le dijo.

—¡Uy! Qué mono eres. —Maya puso una vocecilla que a él le enterneció—. Me has regalado un unicornio. ¡Qué bonito!

—No sabía si te gustaría ese o uno de arcoíris.

—Me encanta este, Pat. Espera que lo suba y lo deje con los otros. —Maya giró para entrar en su casa, pero se detuvo un momento—. Esto me recuerda algo... ¿Este unicornio no llevara una bomba fétida?

Patrick se rio, ya que no se acordaba esa broma que le gastó.

—¡No! Este es un regalo que te hago con cariño. —Maya se tranquilizó y subió a dejarlo.

¿Qué mono?, pensó Patrick. Odiaba que las chicas le dijeran “*Qué mono*”. Eso se lo dices a un niño cuando es muy educado o te regala un dibujo mal pintado pero hecho desde el corazón, pero no a un hombre que te interesa.

Da igual, se dijo antes de que bajara Maya.

—Lady McBacker, su carruaje está listo —bromeó cuando la vio abrir la puerta de nuevo.

—Gracias, Baptist —continuó la broma ella abriendo la puerta del coche.

Se subieron en su Buick Regal negro del ochenta y seis. Nada más sentarse los dos, les vino el recuerdo del último día que se vieron. El día del beso.

Ninguno quería rememorarlo.

—He llamado a la pizzería Tino's y me han dicho que tienen una mesa para nosotros.

—Me muero por una pizza de Tino. —Maya se relamió solo de pensarlo.

Tino's Pizza era un local bastante pintoresco. No era muy refinado, pero hacían la mejor pizza de todo el condado de Oregón. Patrick eligió ese restaurante por la falta de elegancia y mimo en los detalles. Algo muy íntimo podría ser un poco violento para ser la primera vez que se miraran las caras en una cena.

—¡Guau! Patrick, estás impresionante.

Una de las chicas que le había narrado la heroicidad de Patrick en el festival paró en un semáforo a la altura de su coche.

—Hola, chicas —contestó él.

—Te esperamos allí ahora —dijo la conductora mientras las otras le silbaban y gritaban enloquecidas cosas como: *“Quiero un hijo tuyo”*, *“Tío bueno”*, *“Tengo pan para ponerte entre las dos partes y comerte entero”*.

El semáforo se puso en verde y Patrick suspiró de alivio mientras les hacía el saludo militar a ellas que, fuera de sí, salían por la ventanilla como poseídas gritando frases que avergonzarían al actor porno más experto. Maya lo miró de reojo.

Llegaron al parking del restaurante. El lugar estaba más cambiado de lo normal. Un pasillo con antorchas y una alfombra roja dirigían a los

comensales dentro del restaurante. En la puerta, el propio Tino con esmoquin y muy bien re peinado, iba recibiendo a los clientes. Patrick miró dos veces al cartel de Tino's Pizza para asegurarse que no se habían equivocado.

—¡Ciao, Tino! —dijo Patrick imitando un cutre acento italiano

—¡Ciao, bellos! Aquí tengo vuestra reserva—respondió Tino.

—Gracias Tino. Esto está un poco distinto. ¿Has reformado el restaurante?

—No, *ragazzi*. —Le contestó el dueño—. Solamente lo hacemos el día del festival de Green Valley.

—No entiendo. —Pat frunció el ceño.

—*Anni* atrás no venía nadie a mi restaurante porque todos los jóvenes del pueblo y alrededores estaban en el macrofestival —explicó Tino—. Así que decidimos crear "*La noche más romántica del año*". Como la mayoría de personas que se quedan son parejas, pues ya tienen un sitio donde ir. Pasad, pasad y que *l'amore* triunfe...

—Bueno, no... —A Patrick no le dio tiempo a explicarse.

El salón cutre que solía presidir el local se había convertido en un comedor de gusto exquisito. Mantelería blanca sobre tela roja vestían las mesas en las que varios tipos de cubiertos estaban dispuestos acompañando a unas velas. Hasta un pianista y una cantante de jazz hacían que el ambiente fuese mágico y romántico.

Los dos se quedaron parados, pero levantaron los hombros. Les parecía algo nuevo. Los acompañaron a una mesa y Patrick se levantó rápidamente

para apartarle la silla. Maya lo miró sorprendida y sonrió ante aquel gesto que le pegaba tan poco.

—Damisela... —dijo Pat bromeando.

Cuando se fue a sentar, Patrick hizo una broma haciendo un amago de quitarle la silla para que se cayera de culo y luego la acomodó, pero muy bastamente.

—¡Capullo! —gruñó Maya—. Veo que no cambias.

—Ya sabes, yo soy así de perfecto —replicó sonriendo, aunque lo que realmente quería decir era: *“Cojones, sí que he cambiado; más de lo que imaginas”*.

El móvil de Patrick vibró encima de la mesa y Maya observó la notificación. En ella ponía: “Tngo gans de vlvr a vert, spero q repitamos pront...”. Vio que se trataba de una tal Juliet y pensó que sería una de tantas chicas en la vida de él.

Miraron la carta y los nombres de las pizzas estaban cambiados por frases románticas.

—Yo quiero una *“Te quiero mucho”* —dijo Maya refiriéndose a la típica cuatro quesos.

—Yo a ti también te quiero —contestó rápidamente Patrick.

Se quedaron mirándose fijamente durante unos segundos.

—Es la de pepperoni —explicó él rompiendo el momento y respirando más tranquilo.

—¡Ah! Vale, digo... ¿qué? —Maya se llevó un trozo de pan sin nada que había en la mesa por los nervios. A Pat le gustó que le incomodase—. Mi padre me ha dicho que has estado en el mundo audiovisual.

—Sí. Presenté un programa en California.

—¡Qué guay!

—Era infantil. Una de las creadoras de mi página de Facebook me encontró por California y me dijo que tenía una productora. Me ofreció la posibilidad de trabajar unas pocas horas presentando un programa para niños. Haciendo manualidades, cantando, contando chistes...

—Habrá sido emocionante —contestó Maya—. Por eso te has aficionado a la fotografía y ahora quedas con mi padre, ¿no?

—Exactamente —respondió orgulloso—. Mira, allí está el señor Nopa. ¿Recuerdas cuando me hice pasar por un animal salvaje?

—¡Sí! ¡Qué recuerdos! —Maya sonrió.

Volvían a ser ellos en estado puro.

Patrick no podía dejar de mirar sus labios.

—Cuando entré de nuevo al pueblo —continuó ella poniéndose un poco más seria—. Me vinieron muchos recuerdos muy buenos. En todos ellos, aparecías tú, Patrick.

Esta vez, él no soltó ningún chascarrillo para romper el momento. Se limitó a escuchar con atención lo que ella tenía que decirle.

—Sí —dijo él para que continuase.

—Y corroboró lo que llevaba mucho tiempo pensando de ti. —Los dos estaban muy nerviosos—. Por eso quiero darte una cosa que nos va a unir mucho.

Ella se levantó y se acercó a Patrick. Le temblaba el cuerpo y él seguía sin ser capaz de apartar la vista de aquellos labios. Ya casi no podía recordar lo suaves que eran...

—Hemos estado muy unidos —continuó Maya—. Me has protegido y abrazado cuando lo he necesitado y estando fuera me he dado cuenta de que...

—¿Sí? —dijo Patrick ansioso sin casi voz.

—De que quiero que seas el primero que sepa que me voy a casar y necesito que seas mi ayudante oficial. —Maya le dio un sobre que ponía:

“Has sido invitado a la boda de Augustus Zufzef y Maya Baker”

Patrick sostuvo una sonrisa que dibujaba una línea totalmente recta. Era eso o volcar la mesa de la rabia. La sensación era igual que cuando te pegas un golpe en el dedo meñique del pie con la pata de mármol de la mesa. *¿Qué tipo de broma le estaba gastando esta vez? ¿Qué cojones...? ¿Qué mierda de nombre es ese?* Los pensamientos en su cabeza parecían estar dentro de una lavadora centrifugando. Hasta ese momento, estaba convencido de que esa noche la iba a besar y que sería el comienzo de algo nuevo entre los dos.

Todo lo contrario a lo que estaba ocurriendo.

—¿Pat? —preguntó Maya al ver que Patrick no movía ningún músculo de

su cara.

—¿Qué? ¿Qué? —repitió volviendo en sí—. ¡Oh! Maya, no sabes cuánto me alegro. —En realidad quería decir: “*Vaya putada, no sabes lo poco que me alegro*”.

—Eres la primera persona que lo sabe; a parte de Augustus, lógicamente.

—Muchas gracias, Maya —dijo, aunque quería decir: “*Hubiera preferido un puñetazo en el estómago de Mike Tyson*”.

—Quiero que me ayudes a preparar la boda, ese honor te lo doy solo a ti.

—Patrick la abrazó y cuando tenía la cara detrás se mordió el puño de rabia

—. Nos encargaremos de las flores, de la mantelería, de las invitaciones, del vestido... ¿Te gusta, Pat?

—No sabes lo feliz que me hace. Estoy deseándolo — dijo, aunque quería decir: “*Encima me tengo que encargar de todas esas mierdas Disney que me parecen ridículas*”

Capítulo 14

—¡Eres lo más pringado que puede existir en la tierra! —Lucas llevaba casi cinco minutos riéndose.

—Pues sí —respondió Patrick—. Creo que hay uno en Kuala Lumpur, pero me parece que se ha casado.

—Vengo con resaca a una aburrida reunión para ver cómo vamos a construir la escuela, y me has alegrado el día.

Patrick y Lucas habían quedado a la mañana siguiente del macrofestival y de la cena para ultimar detalles de cómo sería la escuela de navegación. Los planos debían modificarse para que cumplieran las normas.

—Lucas, para ya, que me va a costar mucho ayudarla en todo lo de la boda.

—Pero, si solo es *tu amiguita de toda la vida* —dijo mientras movía la cabeza de lado para hacerse el repelente.

—Joder, es que en cuanto la vi me di cuenta de que seguía sintiendo por ella y todavía no me puedo creer que vaya a casarse...

—Espera. —Lucas cogió su móvil, deslizó el dedo y lo dejó en la mesa junto a los planos. Comenzó a sonar una música de violín triste—. Ya está. Sigue.

—Eres un poco capullo. —Le dio un empujón al pasar por su lado.

—¡Venga ya! Solo quería reírme un rato. Además, se me ha ocurrido un

plan.

Patrick levantó la cabeza. Cualquier ayuda en ese momento sería bien recibida.

—Te escucho.

—A ver, tú conoces la historia de Troya, ¿no? —preguntó Lucas—. ¿Has visto la película?

—Me parece que ya sé por dónde vas —dijo Patrick asintiendo—. El caballo.

—No, no tienes ni puta idea. —Negó con la cabeza—. Si has visto la película, aparece Brad Pitt, lo que tienes que hacer es operarte para parecerle a él, ya que les gusta a todas las chicas. Así no podrá resistirse. —Lucas volvió a partirse de risa.

—¡Joder! No se puede hablar en serio contigo, cabrón.

—Ahora de verdad. Sí que es lo del caballo. —Lucas al fin se serenó—. Yo no sé cuánto llevará con el mendrugo ese, el tal Augustus, que vaya nombre más feo. Pero lo que sí sé es que desde que os conozco, Maya estaba enamorada de ti.

—¡Qué dices!

—Vosotros eráis los únicos de todo el pueblo que no os dabais cuenta de que estabais hechos el uno para el otro. —Alzó una ceja—. Así que tienes que infiltrarte y explotar todo por dentro como la *Estrella de la muerte*.

—No sé, Luc.

—Hazme caso. Esa chica es tuya y de nadie más. Bueno, también mía si te aburres de ella, ya lo sabes. —Lucas intentó hacerlo rabiar un poco—. Así que lucha por lo que quieres.

—¡Sí! —Patrick se levantó eufórico.

—¡Ese es mi colega! —dijo alentándolo—. ¿Quién va a destrozar una boda?

—¡Yo! —Pat empezó a boxear al aire.

—¿Quién va a conseguir a Maya Baker?

—¡Yoooo!

—¿Quién es el mejor roba-novias?

—¡Yoooo, Patrick Ward! —Se subió a la silla de un salto y levantó los puños como si hubiera ganado el campeonato mundial de pesos pesados de boxeo.

Lucas lo ovacionaba haciendo reverencias.

—Por eso me reía, porque sé que al final estaré contigo. Por cierto, para que veas que soy buen amigo, ¿recuerdas a la rubia y a la morena que te preguntaron si ibas a ir al macrofestival?

—Buff, sí que me acuerdo, sí.

—Las que tenían las tetas más grandes que tu cabeza. Pues ayer las vi y me preguntaron por ti. Les dije que no ibas a ir y se pusieron muy tristes. Las tuve que consolar a las dos.

—¿A las dos?

—Sí, a las dos. Me las llevé a mi casa y tuve que abrazarlas para quitarles la tristeza y la ropa y ya sabes...

—¡Qué cabrón! —Patrick se echó a reír.

—Bueno, prepárate que en breve tienes una misión.

—Hecho —dijo chocándole el puño.

Capítulo 15

Esta vez era distinto, era peor. Patrick ya no estaba en la puerta de su casa con esos nervios agradables intentando imaginar la sonrisa con la que Maya abriría la puerta. Esta vez no, porque le pidió que quedaran directamente en la cafetería. Todo había cambiado.

Allí estaba sentada, más mujer, más guapa y aunque Patrick se estaba acercando a donde estaba ella, la veía cada vez más lejos.

—Llegas tarde, domador de tigres —dijo Maya.

—Perdón por el retraso, señora *Zufzzef*. —Al llamarla por su apellido a Patrick le salieron pequeñas gotitas de saliva que se vieron como una lluvia fina—. Perdón Maya. —Patrick se disculpó por escupirle sin querer—, pero es que es muy difícil pronunciar ese apellido. Te llamaré Maya, si no te importa.

—Llámame como quieras —dijo Maya riéndose de lo torpe que había estado Pat nombrándolo—. Sé que es complicado, es que su padre es de Mongolia y por eso tiene ese apellido.

—La verdad es que, sin ánimo de ofender, sus padres fueron un poco cabroncetes por ponerle el nombre de Augustus.

—Bueno, en algunas partes del mundo es muy común y les parece bonito.

—Es cierto, en una esquina de una calle de un pueblo de la Patagonia es muy común y les gusta —bromeó Pat.

—Ya vale, Pat —advirtió ella.

—Ya sabes cómo soy yo. Estaba bromeando. Cuéntame, ¿cómo os conocisteis? —Intentó disculparse interesándose por ellos, aunque no tenía ningunas ganas de saberlo.

—Él vive en Alaska —comenzó a narrar.

—¡Es un esquimal!

—Pat...

—Ya, ya paro. —Sonrió y apoyó la cabeza en el puño y ubicó el codo en la mesa al lado del café, mirándola fijamente—. Continua.

—Pues como te iba comentando. Él vive en Alaska, en Anchorage. Su madre es de allí y su padre un mongol apasionado de las películas del oeste americanas, se trasladó allí para poder vivir la *fiebre del oro* que años atrás había obsesionado a tanta gente. Casi sin nada en la mochila, comenzó a estudiar dónde podrían estar las mejores betas de ese material precioso y con un simple pico y una pala, tuvo la suerte de encontrar un kilo de oro. Después de ahí conoció a su madre y entre los dos montaron una empresa dedicada a la búsqueda del oro. Cada vez que le dejaban, Augustus los acompañaba allí y se fascinaba por los fósiles que de casualidad iban saliendo. Poco a poco se convirtió en su pasión. Igual que yo.

Maya le mostró una sonrisa.

—¡Qué casualidad! —Aunque lo que en realidad quería decir era “*Putos animales prehistóricos petrificados*”—. Qué bonito, sigue.

—A medida que se fue haciendo mayor, su amor por el pasado crecía y también se daba cuenta de que la empresa familiar poco a poco estaba destruyendo las montañas y los ecosistemas donde se encontraban las betas. Entonces, su padre se jubiló y le dijo a Augustus que hiciera lo que quisiera con la empresa. La cerró para abrir otra de energía solar limpia. Como era la única empresa que había en ese sector, se hizo más rico todavía y entonces decidió que quería arreglar un poco todo el desastre que había hecho su familia y montó una asociación de recogida y protección de animales antes de abrir un museo arqueológico en Anchorage.

—Qué bueno que sea amante de los animales. —Patrick cada vez lo odiaba más por no ser odioso.

—Entonces, llamó a Universidad donde yo estudiaba y planteó la idea de seleccionar a alguien para dirigir un equipo de paleontólogos y me eligieron a mí por las notas que había sacado ese curso. Nos conocimos el primer año y hablamos mucho. Teníamos un montón de aficiones en común y después de un simposio... nos besamos—. Maya sonrió levemente.

Patrick se imaginó esos labios besando a *Míster arreglo el mundo y amo a los animales* y su puño se apretó debajo de la mesa manteniendo la boca contraída en una línea tensa.

—Pero solo fue un beso —continuó Maya—. Él me dijo que me iba a esperar todo un año para no entorpecer mi carrera. En el siguiente, volvería y sabríamos si fue algo pasajero o no y no fue así. Me voy a casar con él. ¿No

es maravilloso que pensara antes en mí y en mi carrera que en él? Eso es lo que me hizo saber que quería estar con él.

—¡Joder! —gritó Patrick golpeando la mesa con la base del puño.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Perdona que te haya asustado, es que me acabo de morder la lengua y me he hecho daño.

Patrick mintió a medias, se mordió la lengua, pero solo en sentido figurado. El tal Augustus ese había hecho lo mismo que él y eso la convenció. Hacía cuatro años, Pat también la besó y también se preocupó por ella. Era un palo muy grande.

—Y ahora, quiere que dirija el museo allí.

—Pero ¿cómo vas a ir y venir todos los días a Alaska? —Patrick se quedó pensativo al escucharse a sí mismo y se dio cuenta de lo que eso significaba. Se iba a vivir allí a miles de kilómetros de distancia—. ¡Ah! ¡Que te vas a vivir allí! Menos mal que me desharé de nuevo de ti. Qué tranquilidad — bromeó.

—Aunque un día de Acción de Gracias cada dos años volveré aquí y te daré la tabarra.

—Bueno, un día lo podré soportar. —Lo que Patrick no podría soportar es que Maya desapareciera de su vida, aunque realmente pensó que no podría competir con alguien tan bueno como *señor Perfecto* y su puta vida perfecta. *¿Por qué no puede ser un capullo? Así me lo hubiera puesto más fácil para*

intentar quedarme con Maya, se repetía Patrick para sus adentros. Estaba dubitativo, no sabía qué hacer.

—Maya, ¿me disculpas un momento? Tengo que hacer una llamada.

—Claro.

Pat se alejó de la mesa, cogió su teléfono y se lo acercó a la oreja.

—¿Cómo va eso, Brad Pitt? —Lucas descolgó el teléfono y bromeó al ver quién le llamaba.

—Luc, me parece que la película de Troya va a cambiar a “*Lo que Augustus se llevó*” —dijo Patrick

—¡Tío! ¿Por qué coño dices eso? ¿No te quedó claro?

—Creo que, a lo mejor, no tengo que hacer nada. Es un puto santo.

—Mira, chaval, no quiero parecer capullo, pero eres muy tonto. Me da igual si es el hijo de Gandhi con la Madre Teresa de Calcuta y su tío fue Nelson Mandela, estáis hechos el uno para el otro y eso no lo va a cambiar ningún premio Nobel.

—Pero es que...

—Calla la puta boca, Pat —ordenó Luc—. Ella no va a pasar toda la vida conviviendo con sus obras de caridad. Va a pasar la vida con alguien con quien se compenetre y no hay nadie mejor que tú para ella. Así que no quiero que me repliques y simplemente te dediques a observar las señales sutiles. Mira más allá de sus putas palabras. Adiós.

Lucas colgó sin que Pat pudiera contestarle. Él volvió a la mesa pensativo.

—¿Pasa algo, Pat?

—No, nada. Cosas del trabajo.

—¡A lo que vamos! Debemos apuntar todo lo que tenemos que hacer para la boda, que es en tres semanas. Es en un tiempo récord. Tenemos que: seleccionar las tarjetas, elegir las flores para el convite, la mantelería, el vestido de las damas de honor y por supuesto el mío. El tema de la iglesia y del restaurante lo va a llevar Augustus.

Patrick puso los ojos en blanco y resopló.

—¡Buah!

—¿Qué pasa Patrick?

—Pues que preferiría hacer una maratón a la pata coja que todo esto.

—Patrick, hay que madurar y hacer cosas que, aunque no nos gusten, son necesarias. ¿Qué pasa, que nunca te vas a casar?

—No, si yo no digo que no me vaya a casar, sino que todas estas cosas me parecen absurdas, con perdón. Entiendo que a otras personas les pueden gustar.

—Entonces, ¿cómo te casarías tú?

—Realmente, la mayoría de las bodas no son para los novios que se casan. Las bodas son para los invitados. Los manteles, las flores y demás mierdas tienen que gustarles a ellos. El menú también se elige pensando en agradar a todo el mundo. Mi boda perfecta sería: primero prepararía una cena que realmente nos gustara a los dos y cenaríamos bajo la luz de la luna y las

estrellas en algún sitio mágico. ¿El vestido nupcial? Ninguno, desnudos. Yo le diría cuánto la quiero de mil formas, después habría preparado una cama con una pérgola donde haríamos el amor hasta que se hiciera de día. Entonces desayunaríamos y volveríamos a hacer el amor. Eso solo el primer día. En segundo lugar, nos iríamos de viaje a surfear por el Caribe, Brasil, España... todo esto sin parar de hacer el amor en todos los sitios. Eso sería la preparación de la boda. Y luego, después, vendrían mis padres y los suyos a la iglesia y en una ceremonia íntima de no más de quince minutos nos casaríamos. Más tarde, invitaría solo a los amigos más allegados con la familia que me cayera bien y les daríamos un regalo en agradecimiento.

Maya se había quedado parada. No se esperaba eso de Patrick. No conocía ese lado. No paraba de fruncir el ceño. Era una boda más que perfecta. Se mordió el labio inferior.

¿Qué le pasa?, se preguntó Pat. ¿Está nerviosa?, ¿le ha gustado? ¿Esa es la señal que hablaba Lucas? Le ha gustado. ¡Le ha gustado! Prepárate, Troya.

Capítulo 16

—¡Oh là là! —Un tipo negro con un fular en el cuello y muy perfumado les abrió la puerta—. Habéis venido al mejor lugar de todo Oregón para preparar una boda. Soy Rafael y voy a ser vuestro salvador.

Patrick y Maya habían decidido que un organizador de bodas les ayudaría bastante ya que, aunque pusieran empeño, no tenían mucha idea de cómo organizar una.

—Pasad, pasad. —Rafael extendió el brazo y les abrió la puerta—. Eres muy afortunada —le dijo a Maya, ante lo que ella frunció el ceño.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque muy pocos novios se implican en la preparación. Y este encima es guapo.

—Ohh... No... —dijo Pat intentando negarlo—. Yo no soy su novio, soy su amigo.

—¿Amigo que prepara bodas? —preguntó Rafael entornando las pestañas atestadas de rímel—. Entiendo... —Le guiñó un ojo intentando ligar con él, lo que hizo que Maya soltara una carcajada.

—Ohh, no... creo que te confundes... —dijo Pat queriendo arreglar el malentendido.

Maya sonrió y habló.

—Sí, *cari*. No seas tímido. —Usó un tono femenino.

Patrick se quedó extrañado. Se la estaba volviendo a jugar. En cierto modo se alegró porque era volver al pasado, ese pasado en el que las bromas eran la mayor de sus preocupaciones. Esa época en la que pasaba horas pensando en Maya y en cómo tenderle trampas. Sonrió, quería contraatacar. Pensó que un gay, por lo general tendría más criterio y más poder de decisión, así podría elegir los complementos del convite más feos que pudiera encontrar.

—¡Perdona, es que soy una *bicheja*! —dijo Patrick llevándose el dorso de la mano a la frente y poniendo los ojos en blanco—. Vamos a lo que vamos, tía. —Maya sonrió.

—Bueno. Empecemos por la decoración —dijo el organizador.

—¡Sí, sí, sí! —gritó Patrick como un loco haciendo que Maya frunciera el ceño—. No se hable más. Mira esa tela con rombos de colores rosa, verde eléctrico, naranja y rojo. ¡Ese es el mantel! Es lo que se lleva este año y no quiero que nadie me lleve la contraria. —Pat parecía muy decidido en lo que estaba hablando—. Y si le pueden serigrafiar unas pequeñas sandías, piñas y zanahorias, estaría ideal—. Se lo estaba pasando genial.

—Bueno, chico decidido —dijo Rafael.

Maya no podía decir nada, solo reír sin parar.

—¡Oh! —Pat puso los dedos índice y pulgar juntos formando un corazón y en medio señaló una figura—. ¡Ya tenemos el regalo para los invitados! —Era una figura de un caballo sobre un patinete con una cabeza verde de perro y en la boca llevaba un cigarro—. ¡Quiero cien! ¡Es ideaaaaal!

Rafael, Maya y Pat continuaron con la elección de la decoración. O, mejor dicho, en realidad solo lo hizo Patrick, que también ayudó a la decisión del fotógrafo ya que lo conocía y era uno de los más estrambóticos. Patrick se extrañó de que Maya accediera a todas las ideas disparatadas que proponía. Pensó que realmente a ella no le gustaban las típicas ceremonias, al igual que a él.

El móvil de Maya comenzó a sonar cuando estaban saliendo del organizador de bodas. Era su prometido. Se alejó para hablar y Patrick maldijo la llamada por cortar ese momento entre ambos.

—¡Era Augustus! —dijo Maya volviendo y sonriendo—. Estaba con la elección del menú y me ha dicho que nos ha enviado a ti y a mí unos menús para que los probemos. Llegaran en un par de horas.

—¿Para mí también? —preguntó Pat.

—Sí, claro. Sabe que ahora mismo estamos aquí.

—¿Y no se pone celoso? —Bromeando, se levantó la camiseta y le enseñó los abdominales. Ella se echó a reír y le dio un empujón suave.

—¡Qué va! Le he dicho que no hay de qué preocuparse, que eres como un hermano.

Una bofetada en forma de palabras le golpeó. Esa frase se la había dicho a ella años atrás y ahora, como si fuera el *Karma*, se la estaba devolviendo.

—Pues nada, vamos a por los menús.

Los dos recibieron las cajas de comida y Pat propuso ir a Event Site. No

fue casualidad aquella elección ya que, aunque nunca lo habían hablado, era un lugar especial para los dos.

Troya tenía que arder.

Desplegaron todas las cajas en el capó del coche. Había dos de cada. Empezaron por los entrantes. A Patrick le volvió a sonar un mensaje. Maya vio que se trataba otra vez de la tal Juliet, pero esta vez no pudo leerlo. Patrick lo dejó para más tarde.

—“*Macarrones con recuerdo de Jalisco*”. —Leyó Patrick antes de abrir la caja.

—¡Me encantan los macarrones! —aplaudió ella.

Cuando abrieron la caja se encontraron macarrones, como era de esperar, pero solo dos.

—¿Pero qué broma es esta? —preguntó Pat —. Tiene un cartelito con una explicación. Veamos.

“El gran chef Leedon, tiene el gusto de presentarles unos macarrones simulando las fajitas típicas de la ciudad de Jalisco. Es una fusión entre la cultura italiana y la mexicana. En la boca, en ambos macarrones, notarán la textura de la pasta con una salsa de tomate picante”

—Por lo menos están buenos —dijo ella intentando no reírse. Se los había comido mientras él lo leía.

—Bueno, vamos a por el siguiente. —Pat miró extrañado aquel menú—. ¡Bien! En este pone: “*Alma de entrecote con una casa de patatas*”. Esto

seguro que no falla. Me encanta el entrecote y las patatas.

—¡Qué cojones! —gritó Maya que no pudo reprimir su disgusto. Patrick se reía a carcajada limpia mientras cogía el papel explicativo del plato.

—Leo: *“Se dice que el alma pesa veintiún gramos así que os presentamos los veintiún gramos de carne más jugosa de ternera. Todo ello acompañado por una casa de patatas donde las cuatro paredes son finas cortadas de patatas deshidratadas”*

—No hace falta leer más —dijo Maya un poco cabreada—. Yo cojo esta caja que pone *sushi* y me la como sin más.

—¡Tres putos granos de arroz con algo arriba! Esta es la mayor broma que me han gastado. —Pat no paraba de reír con el menú. Era un desastre y eso le encantaba—. Sube al coche ya. Te voy a enseñar una parte del menú de mi boda.

—¡Buff! Estoy llena. —Bromeando, Maya se puso las manos sobre el estómago.

—Yo creo que también, aunque, con la acción de subirnos al coche, ya hemos quemado todas las calorías del menú.

Cinco minutos después, Patrick apoyó un codo en la ventanilla del coche.

—Tres hamburguesas con queso, una ración de patatas y una cerveza grande —le dijo al *robot* de la hamburguesería.

—Yo lo mismo. —Maya miró a los ojos a Patrick. Echaba de menos ese momento.

Volvieron a Event Site y allí abrieron las cajas de comida, pero esta vez sin sorpresas. Por fin, se quedaron saciados y con buen sabor de boca. Se tumbaron en el capó exhaustos por el día que habían llevado y el efecto de la cerveza sin recordar nada de la organización de la boda. Solo eran ellos y el momento.

—¿Te ha gustado el menú de mi boda? —preguntó Pat.

Maya se giró y vio a Patrick con la cabeza reposada en el capó. Miró a los ojos de él y volvió esa sensación que hacía cuatro años que no sentía. La conexión.

—Mucho. Me ha encantado. —El alcohol hizo que Maya se quitara un velo que se había autoimpuesto para no ver más allá y eso le hizo respirar más profundamente y mirar sus labios.

¡Otra señal! Luc tenía razón. Pensó Patrick.

Su teléfono sonó rompiendo el momento en mil pedazos.

Patrick se alejó para hablar con más intimidad. Y Maya pensó que sería la tal Juliet de nuevo, lo que le hizo recobrar un poco el sentido y sacudir la cabeza, confundida. No quería desviarse del camino que había trazado para sí misma durante aquellos últimos años, alejándose de sentimientos pasados.

Él, en cambio, era incapaz de dejar de mirarla. Siguió haciéndolo mientras se llevaba el teléfono a la oreja y caminaba de un lado a otro.

—¿Pat? —preguntó una voz de mujer.

—Sí, soy yo —contestó intrigado.

—Soy Lily, una amiga de la universidad de Maya. ¿Te oye ahora?

—Hola, Lily. Pues no, estoy con ella, pero no me escucha.

—Mañana vamos a celebrar la despedida de soltera y hemos pensado en invitarte, ya que Maya nos ha hablado mucho de ti. Te esperaremos a las ocho en un local que hemos alquilado.

—Genial. Por la mañana tengo que acompañarla a la elección de su vestido.

—¡Ohhh! ¡Qué mono! —Exclamó Lily.

Otra vez “mono” pensó Patrick poniendo los ojos en blanco.

—Sonia irá a por ella para cenar —continuó Lily—, y la llevará allí engañada para que le demos una sorpresa.

—¡Perfecto! Contad conmigo.

Capítulo 17

Cientos de vestidos colgaban expuestos en los percheros listos para ser escogidos. El suelo enmoquetado y la ausencia de luz natural hacía que perdieras la noción del tiempo, aunque para Patrick diez minutos eligiendo esas prendas eran como diez años.

—Y aquí os dejamos los catálogos —dijo Larissa, la dependienta de la tienda—. Para que sepáis que todavía tenemos más.

—Muchas gracias, Larissa —contestó Maya emocionada.

—Sí. Muchas gracias —dijo irónicamente Patrick sin ningún tipo de emoción, aunque su cara cambió cuando le tendieron una copa de champán. Tuvo la idea de que quizá ofrecían alcohol para que los acompañantes pudiesen soportar cómo la novia elegía el vestido.

—¡Qué bonitos son todos! —exclamó Maya dándose una vuelta—. Va a ser difícil elegir.

—Yo te ayudaré, tranquila. —Patrick pensó que casi todos eran prácticamente iguales y cualquiera al azar serviría para acabar con la tortura—. Este es precioso.

Maya estaba encantada con el *entusiasmo* que estaba viendo en Patrick.

—¡Sí! Y mira este. —Le enseñó un vestido tipo princesa.

—Me encanta —dijo con su falso frenesí.

—Pues espera que voy a escoger el que seguro te pondrás para la boda.

Sin ningún tipo de criterio, Patrick se acercaba a los percheros y tocando la tela, ladeando la cabeza y extendiéndolos como lo haría un experto, seleccionaba los que le venía en gana.

—Toma. —Le tendió el primero rezando internamente para que le gustara —. Este te quedará perfecto.

Maya lo cogió, miró la falda muy pomposa y sonrió.

—No sé que hubiera hecho sin ti. Voy a ver qué tal me sienta.

Pat sonrió. El plan estaba funcionando porque parecía que iba a acabar pronto la tediosa tarea. Se sentó en un sofá que había frente al probador mientras ella entraba. Apoyó un brazo en el reposacabezas dándole sorbos a su bebida, hasta que algo hizo que casi se atragantase. Apenas tres centímetros. Esa era la distancia que separaba el marco de la puerta de la cortina donde se encontraba Maya. Ahí vio una pequeña porción de cuerpo y sus braguitas, lo que desencadenó una reacción en Pat que no se esperaba. Su imaginación se disparó al pensar que estaba tan cerca y en ropa interior. Su mente comenzó a volar y fantaseó que entraba y la ayudaba a desnudarse acariciándola y besándola con la cálida luz mientras ella poco a poco lo desnudaba y acababan cuerpo a cuerpo y...

—¡Ya estoy casi! —gritó Maya—. No te rías, ¿vale?

Patrick volvió al momento presente y se alteró al notar lo que había aparecido por abajo. Su erección. Se metió tanto en la fantasía que se había excitado haciendo que un bulto sobresaliera en sus pantalones. Joder. Se

bebió de un trago el resto de la copa.

—Patrick, ¿estás ahí?

—Sí, sí, sí. Es que me había quedado mirando los vestidos maravillado — bromeó y rápidamente agarró un cojín y se lo puso en la entrepierna esperando que bajara su *inflamación*.

Maya salió con el vestido que le había dado Patrick y, aunque a él le parecían todos iguales, en este caso sabía que era muy feo. En la parte inferior la falda era de casi dos metros de diámetro y el corpiño dibujaba unos rombos con encaje. Lo único que le gustó en ese momento fue el escote que llevaba y que no ayudaba a que bajara su excitación.

—¿Qué te parece? —Se agachó para ponerse bien los tacones, haciendo que sus pechos asomaran más aún, pareciendo que pudieran escapar en cualquier momento. Pat suspiraba.

—¡Tetas! —gritó Patrick.

—¿Cómo? —preguntó ella que no sabía si había oído bien o no.

—Di-digo, “*Te estás*”. —Carraspeó aclarándose la garganta—. Te estás pareciendo a una campana con esa falda.

—¡Ah! Vale. Tienes razón, a mí tampoco me gusta mucho.

—Pruébate este. —Elegió uno al azar.

Rezó para que no hubiese notado nada.

—¡Me encanta! Qué buen gusto tienes. Ahora salgo.

Se metió en el probador de nuevo y esta vez Patrick se levantó para

cerrarle bien la cortina. Luego dio paseos mientras recitaba palabras asquerosas para que su imaginación no volviese a jugársela. *Granos con pus, cloacas de Nueva York, pis de gato...*

Maya salió y Patrick volvió a paralizarse. Tenía ese poder exclusivo sobre él.

—¿Me ayudas? —Maya se giró para indicarle que le subiera la cremallera del vestido.

Pat escogió un vestido tipo tubo liso con una tela que brillaba sutilmente. Uno hecho a medida no le hubiera sentado tan bien como ese. Se ceñía a su cuerpo realzando su figura y en la parte de arriba un escote no tan sugerente como el anterior ponía la guinda.

Estaba espectacular.

—Claro. —Pat se acercó por detrás y Maya se levantó el pelo dejándole el cuello al descubierto.

—No me has dicho si te gusta.

—Te tengo que confesar que no me van demasiado los vestidos de boda — dijo él acercándose y subiendo lentamente la cremallera.

—¡Patrick! —le recriminó.

—Pero he cambiado de opinión cuando te he visto con este. —Acabó de subirle la cremallera poco a poco, mirándole un mechón rizado que caía por el largo cuello. La sintió. Maya se giró y sus ojos chocaron en una mirada intensa hasta que Patrick no pudo soportarla y se alejó como si quemase

dando dos pasos atrás.

—Bueno, Maya. Creo que ya tienes vestido. —Ella asintió con la cabeza —. Tú cámbiate mientras aviso a la dependienta —dijo Patrick alejándose aún más.

Ella volvió a asentir.

Patrick cogió la copa intacta que le habían servido a Maya al llegar y se la bebió también de golpe antes de ir a comentarle a la chica de la tienda que ya habían hecho su elección. La joven se sorprendió por lo rápido que había sido el proceso, pero es que no vio lo perfecto que encajaba en Maya el vestido que habían escogido.

—Me alegra que os gustase —dijo mientras empaquetaba todo.

Salieron con las bolsas y cajas en silencio hasta que Maya quiso romperlo.

—Esta noche he quedado con Sonia para tomar una copa, ¿quieres venirte, Pat?

—No, yo he quedado con Lucas. ¡Nos vamos de fiesta! —Mintió para no desvelar que le estaban preparando la despedida de soltera.

—¡Ten cuidado con los tigres y tigresas!

Patrick le guiñó un ojo e intentó fingir que no se descontrolaba más cada vez que la miraba, porque estaba guapísima, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Y no pudo evitar desear que el vestido que llevaba en la bolsa no fuese para casarse con otro hombre que ni en un millón de años la querría como él lo hacía...

Capítulo 18

Daniel's Beer era el único pub del pueblo y, como de costumbre, Patrick llegaba tarde a la cita con las amigas de Maya para preparar la despedida. Lo habían alquilado solo para la fiesta aquella tarde, de modo que nadie les molestara. Abrió la puerta, y levantó su ceja derecha para hacerse el interesante. Llevó la mirada a un lado del local y la bajó de golpe. Pat no solía tener vergüenza ya que tenía seguridad es sí mismo, pero al ver a media docena de chicas espectaculares y todas con penes de plástico en la cabeza y mirándole, se avergonzó.

—¿Patrick? —Una de ellas se le acercó.

Él levantó tímidamente la mano.

—Hola. —Fue lo único que pudo responder.

—¡Hola, Patrick! Soy Lily y estas son mis amigas: Roxy, Serena, Susan, Kate y Rachel. —Las presentó y colgó un brazo sobre el cuello de Patrick.

—Hola —repitió Patrick sonrojado.

—¿Habéis visto qué guapo, chicas? —Lily sonrió.

—Mmm... Qué callado se lo tenía Maya —dijo Roxy pasándole un dedo por la cara.

—Nos habló mucho de ti, pero nunca nos enseñó ninguna foto. —Rachel posó sus manos en las caderas, reprobando la actitud de Maya.

—Pues a mí tampoco me ha hablado casi nada de vosotras... —contestó él

—. Qué raro. —Patrick se acarició el mentón.

—¡Nunca es tarde! —dijo Susan que le agarró la mano en dirección al camarero—. Charlie, ponle a nuestro amigo un...

—Whisky con hielo. —Acabó la frase Pat—. Bueno, ¿y qué tenéis pensado hacer?

Los dos apoyaron el codo en la barra. Él ya se sentía más cómodo.

—Dentro de poco, Sonia traerá a Maya a la fiesta. Nos va informando a través del móvil de dónde están en cada momento. Después de que se recomponga de la sorpresa, le pondremos un pene en la cabeza que, por cierto, no te hemos dado uno.

Patrick frunció el ceño e hizo como si se lo pensara.

—Gracias por el ofrecimiento, pero yo ya tengo uno. Y es de verdad.

Susan se echó a reír como loca.

—Después de ponerle el pene —continuó Kate que se unió a la conversación—, Charlie hará como que viene la policía y, sin que se lo espere, hará un estriptis.

Patrick se giró a mirarlo y se alegró. El camarero/estriper era un chico bajito y no muy agraciado con un poquito de sobrepeso. Todo lo contrario a lo que él esperaba. En cualquier otra ocasión le habría dado igual, pero en esos momentos no estaba seguro de poder soportar sentir celos por tantos hombres en un espacio tan corto de tiempo.

—¡Buen plan! —Patrick estaba cómodo con sus amigas.

—¡Chicas! —gritó Lily—, bueno, y chico... estad atentos, que Sonia me ha dicho que en cinco minutos van a llegar.

A Pat le dio un pequeño vuelco al estómago.

Aunque estaba rodeado de bellezas, no podía dejar de pensar en Maya.

Todos se dispusieron en silencio mientras varios penes hinchables colgaban del techo y algunos los llevaban sus amigas. Patrick pensó que no era la mejor decoración que podría haber. La puerta se abrió y las dos entraron despreocupadas hablando.

Primero se vio a Sonia y después Maya.

—¡¡Sorpresa!! —gritaron todos al unísono.

Kate y Roxy dispararon confeti y Charlie dio las luces junto con la música.

Maya se quedó paralizada y sorprendida al ver a sus amigas, a Pat y toda la fiesta que habían montado. Rápidamente se abalanzaron sobre ella para abrazarla y ponerle el pene de rigor en la cabeza.

—Pero ¡qué...! —A Maya no le salían las palabras. Aunque no paraba de recibir abrazos, sus ojos no dejaban de señalar a Patrick, que se había mantenido al margen.

—¿Creías que no ibas a tener una despedida? —dijo Kate.

—¡Sois únicas! Y estáis locas.

—Toma. —Roxy se acercó a ponerle una banda como las mises, pero en este caso ponía: “*Maya se casa y hoy se pasa de la raya*” y también, como no, el pene en la cabeza.

Después de que pasara el alboroto inicial, Patrick se acercó poco a poco a Maya y ella le sonrió, porque se había alegrado mucho al verlo allí.

—¿Te ha gustado, ratita de cloaca? —Le preguntó Pat.

—Mucho. Me ha sorprendido. Pero ¿tú y ellas? Se me hace raro.

—Bueno, lo hemos preparado sin que te dieras cuenta. —Le guiñó un ojo —. Antes de nada, vamos a que Charlie te ponga una copa.

Patrick la agarró la mano y la llevó a la barra. Cuando entrelazó los dedos con los suyos, deseó que la barra estuviera a kilómetros de distancia para no tener que soltarla.

—Charlie, un Gin-Tonic para ella y otro whisky con hielo para mí. —Pat pidió con decisión. Sabía de sobra lo que le gustaba.

—No me lo esperaba. ¿Ya las conocías?

—Me llamaron el otro día para preguntarme si quería participar y acepté.

—¿Y llevas mucho rato con ellas? —preguntó Maya insistente.

—Un poco, pero no hablemos de tus amigas y de mí. ¡Es tu despedida!

Patrick alzó el vaso y gritó: “*¡Brindemos por Maya!*”.

Todos levantaron sus copas y las chocaron.

Lily y Kate se acercaron hasta ellos un poco chispadas.

—No nos habías dicho que Patrick era tan guapo... —dijo Kate.

—Bueno, no se dio el caso —respondió Maya.

—E inteligente, simpático y gracioso —añadió Patrick mostrando una sonrisa de anuncio.

—Y modesto —replicó Maya taladrándolo con la mirada.

Patrick le disparó simulando que su mano era una pistola.

—¿Sabes, Patrick? —Lily sonrió—. Mañana me apunto a kitesurf por si tenemos que casarnos y hacer la boda que quieres hacer.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Sí, Maya nos contó cómo era tu boda perfecta y todas queremos esa *ceremonia*.

—¿Qué dices, Lily! Si odias el agua, ¿cómo vas a aprender kitesurf? —replicó Maya un poco nerviosa, con un tono más brusco de lo que pretendía.

—Era solo una broma, Maya —dijo su amiga frunciendo un poco el ceño.

—¡Ya lo sabía! —Mintió—. Cuando quieras te puedo enseñar yo kitesurf... —Maya se sentía extraña e inquieta. Nunca había asociado a sus despampanantes amigas de la universidad y Patrick juntos en un mismo sitio. Era raro. Casi incómodo. Aunque no sabía por qué y se dijo que, quizá, lo mejor era no pensarlo.

Las copas se fueron sucediendo y la música no dejó de sonar hasta que Charlie la paró y se acercó a la salida agazapado, intentando mirar a través de la mirilla de la puerta del pub.

—¡Silencio todo el mundo! —dijo todo lo fuerte que una persona puede susurrar.

—¿Qué pasa, Charlie? —le preguntó Maya.

—Viene la policía y no tenemos que hacer ruido —contestó él.

Todos se callaron de repente, con las luces apagadas.

Maya se sintió atemorizada. No sabía qué estaba pasando.

—Pero, no estamos haciendo nada ilegal ¿no? —preguntó en voz bajita.

—Aquí hay muchas cosas ilegales —contestó en susurros—. Somos... —

Se giró encendiendo de golpe las luces y la música—. ¡¡Somos demasiado sexys para este mundo!! —gritó Charlie desabrochándose la camisa y comenzando a bailar todo lo sensual que podía.

Todas comenzaron a reír y a gritarle: “*Uuuuhhh Charlie...*”, “*¡Dánoslo todo!*”. Se dispusieron en un círculo y sentaron a Maya en medio. Mientras el estríper/camarero comenzaba a desnudarse dando vueltas alrededor de Maya, que no dejaba de taparse la cara avergonzada, sus amigas lanzaban ropa interior de sobra que habían traído en sus bolsos. Patrick se alegró de que la situación fuera, más que sexy, graciosa por el *profesional* que estaba actuando.

Charlie se emocionó y levantó un poco una lorcilla que le colgaba para coger un extremo de su calzoncillo. Quería quedarse completamente desnudo y *pasear* el pequeño bultito que asomaba. Todas comenzaron a gritar: “*No, no, no, no, no...*” y a enseñarle las palmas de las manos para que este dejara de hacer lo que estaba haciendo.

—Bueno Charlie, creo que ya es suficiente. —Patrick se acercó hasta donde estaba Maya y el estríper ofreciéndole la ropa de la talla XL que había lanzado con el subidón—. Creo que las señoritas ya se han emocionado.

Maya lo miró agradeciéndole el gesto.

—¡Brindemos por Charlie y su baile sexy! —gritó Pat levantando la copa—. Pero esta vez hay que acabársela entera.

Todos levantaron los vasos y bebieron hasta que sólo quedaron los hielos. Charlie se vistió de nuevo e hizo lo que mejor sabía hacer, servir bebidas. Puso muchas, tantas que todos al cabo de poco ya estaban bastante desinhibidos.

Patrick miró a Maya y ella también le devolvió la mirada. Estaba muy guapa y se lo quería decir; llevaba un vestido azul muy simple y el pelo suelto le caía por los hombros que, con una nueva copa en la mano, levemente se balanceaba mirando fijamente a Pat y sonriendo. El aire desenfadado le hacía estar más preciosa aún. Patrick se acercó de nuevo a ella, pero Serena y Roxy interceptaron a Pat antes de que llegara su destino. Maya se quedó mirando.

—¡Pat! —gritó Roxy—. Hemos pensado todas que podrías hacer tú el estriptis.

—¡Sí! —exclamó Serena levantando un poco la camisa—. Pero si no tienes abdominales, eres un poco tímido o *nenaza*, lo podemos dejar. —Serena quiso picarle para que lo hiciera, como si supiese que Patrick tenía esa facilidad para envalentonarse.

—¿Yo? ¿*Nenaza*? Nada de eso. —Pat se levantó la camisa, que se le ajustaba muy bien a su cintura—. Y si alguna vez tienes que lavar ropa a

mano, estos abdominales están muy duros, como una tabla de frotar, nena — dijo guiñando un ojo.

Patrick siguió con la camisa levantada y mostrando sus perfectos y simétricos abdominales. Bajo de ellos, se veía la goma de su calzoncillo haciendo que enloquecieran.

—¡Uuhhh! Qué fuerte —contestó una de ellas.

—¡Sí! Tengo mi ropa interior para lavar —dijo Sonia.

Patrick fue el protagonista del momento.

Levantó la cabeza y no vio a Maya donde la había visto la última vez. Observó la parte de atrás de su melena en dirección a la salida de emergencia.

—¿Nos disculpáis a mí y a mis abdominales? Tenemos que ir a un sitio — bromeó.

Fue a buscarla y la alcanzó cuando ya estaba abriendo la puerta trasera del pub.

—¡Maya! —Salió tras ella—. ¿Dónde vas?

Una vez fuera, lejos del ruido, Patrick la agarró del brazo para que se girara. Se estremeció al ver que una lágrima le caía por la mejilla.

—Déjame, Pat. Ahora no.

—¿Qué te ocurre? —preguntó extrañado.

—Necesito que te vayas, quiero estar sola, ¿vale?

Maya se zafó y le volvió a dar la espalda.

—No me voy a ir hasta que me digas qué te pasa.

Ella se giró y no dijo nada. Solo le aguantó la mirada.

—¿Qué te pasa? —insistió Patrick con la voz ronca.

—Lo que me pasa eres tú —respondió al final, con las mejillas húmedas y el corazón agitado—. Sabía que cuando conocieras a mis amigas harías el tonto.

—Pero no te entiendo, ¿qué estás diciendo?

—Sí, todas mis amigas son muy guapas y me imaginaba que harías eso, tonterías, y que te olvidarías de mi existencia en menos de lo que dura un pestañeo. Porque eso es lo que haces siempre que una chica despampanante pasa por tu lado y yo...

—Las tonterías las estás diciendo tú, Maya —la cortó y se mostró serio y peligroso mientras daba un paso hacia ella—. No he dejado de mirarte en toda la noche.

—Mientes. Estás coqueteando con todas.

—Solo intentaba ser simpático.

—No. Tú eres así y no cambiarás.

Patrick le cogió las manos y se puso frente a ella.

—Maya... —Patrick hizo una pausa para dar una bocanada de aire—. Si por mí fuera, no te hubiera dejado sola en toda la noche. He estado pendiente de cada gesto que hacías y de cada mirada que dirigías y por eso estoy aquí...

Como si un mismo impulso los moviese a la vez, sus bocas se atrajeron. Patrick la sujetó de la mejilla como si tuviese miedo de que ella rompiese el

contacto y Maya gimió mientras hundía los dedos en el pelo de él, alborotándolo. Ella sintió ganas de llorar, porque el roce suave y húmedo de los labios de Pat junto a los suyos la hizo vibrar y porque lo había deseado durante tantos años que su corazón palpité con fuerza cuando la inundó esa sensación de plenitud y familiaridad que solo podía asociar con él. Era lo que quería, lo quería por mucho que pensase que había pasado página y que lo que hubo entre ellos solo era un recuerdo de su juventud. Pero no así. No podía ser así. No podía...

Se separó de él y respiró con brusquedad.

—Maya... —Él la miró aún aturdido, pero solo podía pensar en que no soportaba ver la culpabilidad que teñía la mirada de ella y que, a pesar de todo, tenía ganas de más, mucho más. Porque había sido como darle un bocadito, cuando en realidad quería comérsela entera.

—Patrick, ahora no...

—Espera, Maya.

—Lo siento mucho.

Maya regresó a la fiesta sin mirar atrás.

Capítulo 19

Delante de la puerta de la casa de Maya, Patrick pensó en lo curioso que era que algunas emociones permaneciesen dormidas tanto tiempo para luego despertar de golpe. Ahí estaba como muchas otras veces a punto de llamarla. Sus sentimientos habían ido desde la esperanza cuando llegó ella al pueblo después de la universidad, pasando por el desengaño tras la noticia de la boda, y de nuevo la ilusión.

El beso de la noche anterior significaba algo.

Debían hablar. Patrick llamó a la puerta con una sonrisa.

¿Me recibirá con un abrazo? ¿Será más comedida? ¿Cómo empezaremos?

—¡Hola, Patrick! —Esta vez Shana abrió la puerta.

—Hola, señora Baker, ¿está Maya en casa?

—Sí, claro, pasa y así también conocerás a Augustus, que nos ha visitado por sorpresa.

Parpadeó sorprendido. No lo podía creer. Había venido Augustus en el peor momento. Miró alrededor a ver si veía algún tipo de catana o lanzagranadas para poder arremeter con todo. Deseó con fuerza un huracán, terremoto, maremoto o cualquier catástrofe.

—¡Oh! ¡Qué bien! —Patrick sonrió falsamente.

Maya bajó apresurada por las escaleras al escuchar a Patrick. Sin saberlo, también pensó en algún tipo de fenómeno meteorológico extremo para poder

olvidarse de esa situación.

—Patrick... —dijo Maya.

—¡Por fin conozco al granuja de Patrick! —gritó Augustus bajando las escaleras.

Patrick intentó sonreír, pero se extrañó que dijera “granuja”. *¿Quién coño se cree este tipo para llamarme granuja sin conocerme de nada?*, pensó.

Augustus medía casi dos metros de alto y lucía un triste peinado con la raya a un lado. Debería de tener un par de años más que Maya y Pat, pero daba la sensación de que tenía como cincuenta por la forma de vestir. Llevaba unos pantalones de pana, un jersey a rombos y una chaqueta (en pleno agosto) con coderas. *Coderas*. Pensó Pat.

—El famoso Augustus —dijo Patrick tendiéndole la mano—. Maya no ha parado de hablar de ti.

Maya se giró y miró a Patrick abriendo los ojos más de lo normal.

—Sí... —añadió ella.

—Maya ya me ha dicho lo ligón que eres con las chicas y que no paras de tener una y otra. De ahí que te conozca como “Patrick el granuja”.

—¡Ahh! Claro, soy así. Hoy con una, mañana con otra... hay días que hasta con tres o cuatro —replicó ocultando su enfado. De pronto, no podía dejar de pensar en lo inmaduro que había sido de joven, cuando teniendo a Maya a su lado había perdido el tiempo conociendo a chicas con las que no tenía nada en común y ni siquiera se divertía. Peor aún, se planteó cómo sería

a los ojos de Maya. ¿Así, como un *granuja* incapaz de enamorarse? Pues, por desgracia, ella estaba muy muy equivocada.

—Tendrás miles de historias —insistió Augustus.

—Para escribir un libro... —Quiso cambiar de tema para no hablar más de él—. Me gustan tus coderas, mis padres me ponían ese trozo de tela en los pantalones de chándal de pequeño cuando me los rompía por las rodillas.

Augustus se quedó un poco parado. No entendía muy bien qué quería decir.

—Bueno, Pat, si quieres ya nos vemos más tarde, que en breve vamos a comer —dijo rápidamente Maya para cortar la situación.

—¡Dile que se quede a comer con nosotros! —Shana gritó desde la cocina.

—¡Hola, Pat! —En ese momento también entró el padre de Maya al comedor—. Es verdad, quédate a comer con nosotros y así le hablaremos a Augustus de cómo ha sido vuestra infancia en Hood River.

Maya dio un paso atrás para que Augustus no la viera y comenzó a negar con la cabeza para que Patrick rechazara la invitación.

—Será divertido —contestó él—. Así le contaremos cómo lo hemos pasado de bien, Maya.

—Claro que sí. —Maya sonrió forzada.

Era una situación rara. La noche anterior Maya y Patrick se besaron y fue un momento mágico para los dos. Él estaba dispuesto a hablar, ya que desde que había venido deseaba esos labios, la deseaba a ella. Por el otro lado,

Maya estaba muy alterada por el beso y porque su prometido estaba allí sin saber nada. Nunca pensó que entre ellos podrían hablar más de dos palabras seguidas y allí estaban, con sus padres y ella, sentados en una mesa llena de comida.

—Huele todo de maravilla —dijo Patrick.

—Muchas gracias —contestó Shana.

—Cierto, tiene todo muy buena pinta —añadió Augustus.

—La casa de los Baker es sinónimo de comer bien. —Patrick se sirvió un poco de pollo con salsa verde—. Aquí fue donde probé la primera tortita y el chocolate. ¿Recuerdas, Maya?

—Te asustaste por las grasas saturadas y el azúcar que llevaban —contestó Maya.

—Es normal que te asustes, llevan una cantidad de calorías que no aportan nada a la nutrición. Es lo peor. —Augustus arrugó la nariz. Todos se le quedaron mirando ya que, aunque no lo tomaran todos los días, era su desayuno favorito. De repente se dio cuenta de lo que había dicho y rectificó—. Aunque a mucha gente le gusta y es bueno que le gusten las cosas a la gente —siguió comentando el prometido.

Todos se miraron en silencio.

—Prueba las patatas también, Augustus. —Maya le sirvió un poco en el plato e intentó desviar la atención.

—¿Cómo os conocisteis Maya y tú? —preguntó Pat.

—Fue increíble —comenzó Augustus—. Ella vino el primer año a un yacimiento patrocinado por mí. —Se notó que quiso hacer el inciso—. Y la universidad donde ella estaba la seleccionó para dirigirla. Cuando llegué la vi con su piolet y cruzamos unas mágicas palabras. Ella me dijo: “*Necesito cuerda para delimitar el terreno*”, creyendo que yo era uno de mis trabajadores —volvió a hacer inciso en la palabra “*mis*” que pronunció más fuerte—, y yo le dije: “*Yo he pagado esto, soy el que financia todo*”. — Augustus suspiró.

Vaya mierda de historia, pensó Patrick.

—Sí que fue increíble, sí —dijo Pat—. Sigue, que me he quedado con ganas de más.

—Después se disculpó y estuvimos hablando del periodo cretácico y del dinosaurio herbívoro que habitó esa zona. Un día nos tomamos un té y nos reímos mucho charlando del nivel de oxígeno que había en esa época. —Los padres de Maya lo miraron sin entender muy bien la conversación que tuvieron—. Casi el último día de la temporada en el yacimiento hubo un simposio del tiranosaurio en el que Maya y yo estábamos apuntados. Después de venir de mi asociación animalista, que fundé yo mismo. —Volvió a hacer un inciso. *Este tío es muy bueno con los animales y bla, bla, bla... pero la modestia todavía no la ha descubierto en ningún yacimiento*, pensó Patrick que asentía *superinteresado*—. Maya y yo defendíamos la misma postura en el debate y ella me besó —dijo Augustus. Por debajo de la mesa Patrick

arrugaba la servilleta para calmar sus nervios. Maya tenía una sonrisa nerviosa.

—Después de ese beso, dejé de mirar por mis intereses y le dije que la esperaba al año siguiente. La esperé como un caballero y aquí estamos.

Todo el mundo se quedó callado.

—Una buena historia —dijo Shana educadamente, aunque no parecía muy convencida.

—Sí que lo es —añadió Augustus. Pat levantó una ceja.

—El día que conocí yo a Maya —intervino Patrick—, hizo que me regalaran un unicornio rosa mis padres.

—¡Es que te lo merecías! Te comportaste como un capullo —replicó ella riendo.

—Tienes razón, fui un capullo, pero al día siguiente, se lo regalé yo con una bomba fétida.

—¡Ahora entiendo por qué toda la casa olía a podrido! —dijo Shana asintiendo mientras el padre de Maya se partía de risa.

—Lo siento, señores Baker.

—No pasa nada, son buenas historias —dijo Shana—. Voy a por el postre. He hecho tortitas de chocolate, ¿quieres otro postre, Augustus?

—Gracias, Shana. Una manzana Golden si tienes.

—No te preocupes Shana, que yo traigo el frutero y las tortitas. —Patrick se ofreció llevándose la fuente de las patatas y el pollo.

—Muchas gracias, Patrick. Eres un cielo.

—Te acompaño —dijo Maya levantándose también.

Augustus se quedó sentado. No tenía mucha costumbre a levantarse en mitad de la comida, estaba acostumbrado a que el sirviesen las cosas.

Ya en la cocina, Patrick recibió a Maya con una sonrisa, a pesar de que estaba nervioso. Al menos, quiso valorar el gesto de que se levantase con él.

—Vaya nivel de oxígeno hay en esta época, es de locos —bromeó haciendo referencia a las *interesantes* conversaciones que tuvieron los prometidos.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó ella.

—Tenemos que hablar, Maya.

—Estoy bastante confundida ahora.

Patrick se movió para mirarla a los ojos.

—Maya, ayer nos besamos.

—Ahora no, Pat. Déjame.

—Pues dime cuándo. Tenemos que hablar.

Maya estaba temblando. En ese momento solo podía pensar en lo mucho que deseaba volver a besarlo, pero en el comedor estaba Augustus esperando la manzana Golden.

—No es el momento, Pat.

—Maya —insistió Patrick—, dime que no sentiste nada.

Ella empezó a sentirse agobiada por la situación. Necesitaba escapar. Se

sentía mal por sentir lo que sentía. Patrick fue dañino cuatro años atrás y seguro que ahora también lo sería.

—No, Patrick, déjame.

A Patrick le cambió la cara y apretó los labios. Sin decir nada más, cogió el frutero con las manzanas Golden y un plato con tortitas y se dirigió al comedor.

—Señores Baker, Augustus, me temo que voy a tener que abandonar la mesa. Me acaba de llamar mi socio porque ha surgido un problema con los planos y debo ir a verlos.

—¡Qué lástima! —se lamentó Shana.

—No te preocupes, lo primero es lo primero —aconsejó Josh.

—Yo te entiendo. —Augustus se levantó y posó una mano en el hombro de Patrick que este instintivamente miró—. Cuando monté mi empresa de energías alternativas —incidió nuevamente en “*mi empresa*” como era costumbre—, también hubo problemas.

—Encantado de conocerte —respondió Pat ignorando lo que acababa de decir—. Nos vemos.

Patrick salió de allí. El viento fresco de aquel día nublado le despejó un poco más ideas, pero, aun así, sentía que tenía el corazón atrapado en un puño. Si ella no había sentido nada después de aquel beso... entonces todo estaba perdido. Se le encogió el estómago al imaginarla casada con otro, rodeada de hijos que no serían suyos y viviendo lejos de él.

Dolía tanto solo pensar en todo aquello...

Capítulo 20

No estaba en su casa ni en la oficina. Aunque era tarde, Maya cayó en la cuenta de dónde estaría en ese momento. Se puso en su lugar y fue donde ella misma hubiera ido.

Tenía una confusión enorme. Una maraña de sentimientos contradictorios rondaba su cabeza, pero de entre todos, uno sobresalía. No quería perder a Patrick de su vida, así que momentos después de la cena, salió a buscarlo.

Allí estaba, solo con su cometa y la tabla. Patrick se había ido a pensar a Event Site. Mejor dicho, a no pensar. Para Maya y Pat, aquella actividad requería muchísima atención y los demonios se acallaban por momentos. Una liberación.

Era bastante peligroso porque la luz del día había disminuido mucho, apenas se veía y una fina lluvia comenzaba a esparcirse por Hood River.

Pero allí estaba él. Maya se acercó a la orilla y gritó.

—¡Patrick!

Pat, con gesto serio, vio que había alguien en el límite del río, pero no distinguió que era Maya, así que en una de las trazadas se acercó.

—¡Déjame! ¡Ahora no, Maya!

La lluvia comenzaba a apretar y esta vez la acompañó un viento racheado y relámpagos.

Patrick hacía trazadas cerca de la orilla para intentar decirle a Maya que se

fuera. Quería estar solo. Estaba muy jodido, tan poco acostumbrado a lidiar con sentimientos así.

—Por favor, Patrick —insistió—. Sal del agua, es peligroso.

—Vete tú, te estás mojando.

—No, si no sales, entraré yo.

—Maya, joder. —Los rayos caían con más intensidad.

—¡Iré a por ti! —Maya comenzó a quitarse las zapatillas.

—¿Por qué debería salir? —preguntó Patrick en una de las trazadas.

—Porque soy tu amiga y me preocupo por ti.

Maya acabó de quitarse la camiseta y el pantalón y se quedó en su blanca ropa interior. Cuando Patrick se dio cuenta de que estaba metiéndose en el agua y le llegaba ya por las rodillas, sin pensarlo puso rumbo a la orilla para que dejara de entrar. Se deslizó por el agua y unos metros por la arena dejando de golpe la cometa en el suelo.

—Eres tan cabezota como yo —replicó él.

Maya sonrió al ver que al final había ganado esa batalla y Pat estaba a salvo. Él maldijo lo guapa y sensual que estaba. El agua había mojado su pelo y las gotas de lluvia golpeaban su cuerpo. Allí estaba de pie, con sus braguitas y sujetador. Era condenadamente irresistible, aunque el dolor hizo que mirara para otra parte.

—Ese es el problema, Maya.

—¿Cuál? —Lo miró fijamente.

—Que no quiero ser tu amigo. Quiero serlo todo.

—Eso se lo dirás a todas. —Maya siempre había desconfiado de Patrick.

—A ti qué más te da. No sentiste nada con el beso y te vas a casar.

El corazón Maya comenzó a latir más rápido, no sabía que podría pasar si le decía lo que había hecho y la verdad. No quería y tenía miedo de Patrick. Miedo de que ella fuera una más y que aquello tan solo se tratase de un capricho pasajero, porque tenía la sensación de que ya había pasado por eso mismo cuando se besaron por primera vez cuatro años atrás.

—Augustus y yo nos hemos dado un tiempo.

Patrick levantó la mirada y frunció el ceño.

Maya tuvo que respirar dos veces antes de continuar.

—Y sí que sentí con el beso de ayer.

Pero necesito tiempo para mí misma, quiso gritar, y también para que tú me demuestres que esto no es un juego pasajero del que te olvidarás en un par de días...

—Entonces... —dijo Patrick—, Augustus y tú...

Maya sintió un hormigueo en la tripa y no pensó en nada antes de rodear a Patrick con sus brazos y besarlo al fin como siempre había deseado. Cada vez que sus labios se unían la sacudía una sensación intensa y poderosa y, al mismo tiempo, tenía tanto miedo que apenas podía pensar con claridad. Gimió cuando él la besó más profundamente, acercándose hasta que no quedó ningún hueco libre entre los dos y sus cuerpos mojados se apretaron

entre sí. Era perfecto. Era como ese primer beso que se habían dado en el pasado.

El primer beso, recordó Maya de repente.

Se echó para atrás. La maraña de pensamientos volvió de nuevo. *Acabo de dejarlo con Augustus, mi prometido y estoy besándome aquí con Patrick, pero, es Patrick, con el que siempre he querido estar. Me hará daño. Ya lo ha hecho antes. No puedo... Quiero correr...*

—¿Maya? —Patrick no entendía qué estaba pasando.

—No puedo. No puedo... —dijo dando un paso atrás.

Quería huir de sus propios pensamientos. De él. De todo.

—Maya, no te vayas. Hablemos.

—Necesito tiempo, Pat.

—¿Qué más necesitas? No me vuelvas a dejar aquí tirado.

—Necesito tiempo —repitió mientras recogía su ropa—. Me voy de nuevo a Oklahoma.

Patrick aguantó y cerró el puño. Contuvo el aliento.

—Si te vas, no vuelvas.

—¿Qué significa eso?

—Que no puedo perderte más de una vez, volver a sentir todo esto...

Cuando Patrick la miró, ella vio dolor en sus ojos. La duda la asaltó. Pero, junto a ella, también todos sus temores e inseguridades. Quiso ignorarlos, pero aquel chico que tenía delante era nuevo en muchos aspectos y Maya no

estaba preparada para arriesgar su corazón cuando, apenas unas semanas antes estaba convencida de que ya no le pertenecía.

¿Y si todo salía mal? ¿Y si rompían su amistad?

Peor aún, ¿qué quedaba de esa amistad?

Se dio la vuelta sin mirar atrás.

Capítulo 21

Patrick llegó a casa y tiró su camiseta empapada al suelo. Estaba muy cabreado con el mundo, con Maya. No entendía por qué le estaba haciendo tanto daño. No entendía por qué las cosas tenían que ser tan difíciles. No entendía las ironías del destino.

—¡Ya está bien! —le gritó a su reflejo.

Maya se iba a ir. No podía seguir sufriendo por ella, no. Tenía que evitarlo. Debía cambiar y desconectar esos sentimientos de su cabeza y cambiar radicalmente.

Se secó el torso con una toalla y fue al armario de las botellas. Nunca solía beber, pero hoy era un nuevo comienzo y un trago sería el cohete que le llevaría a ese *nuevo Patrick*.

Se echó los hielos y automáticamente recordó la fiesta de despedida cuando Charlie, el camarero/estriper les sirvió una copa a él y a Maya.

Maya... su mente le susurró. Se sacudió la cabeza para sacudir y extirpar ese pensamiento. Quitó un hielo a la copa para que le cupiera más whisky.

—¡Por un nuevo comienzo de Patrick Ward! —Levantó la copa para brindar consigo mismo.

El amargo líquido descendía por su garganta. La suave quemazón que producía le aliviaba un poco. Levantó la cabeza para ayudar a que bajara y con fuerza y rabia tiró el vaso al suelo haciéndolo añicos. Un sonido rompió

su ensimismamiento.

Habían llamado a la puerta.

Era Maya. Estaba empapada.

Había venido corriendo bajo la lluvia.

Sus pechos se transparentaban bajo de la camiseta.

Él no pudo apenas reaccionar.

—Tú... —dijo Patrick.

—Shhh —le respondió ella.

Maya entró en su casa con decisión y sus bocas volvieron a encontrarse de inmediato como si ninguno de los dos hubiese roto el anterior beso. Todos los propósitos de Patrick se disolvieron de inmediato. Tan solo era capaz de dejarse llevar.

Maya se quitó la camiseta sin separar sus bocas y agarró a Patrick por la hebilla del pantalón para atraerlo más hacia ella. Estaba nerviosa y le temblaban los dedos, pero necesitaba tocarlo, hacer aquello, sentir cómo sería estar con Patrick, porque tenía la seguridad de que no se parecería a nada que hubiese experimentado antes. Era él. El único amigo que había tenido en toda su vida. El que la había defendido cuando se burlaban de ella en el instituto y el que estuvo dispuesto a abandonar el baile de fin de curso para coger unas cuantas hamburguesas y comérselas junto a ella en lo alto de la colina, mirando las estrellas.

—Tenemos que hablar... —dijo Pat entre jadeos.

Ella le puso la mano en la boca para tapársela mientras con la otra le desabrochó el pantalón empujándole hacia las escaleras para llegar al dormitorio.

Sus cuerpos mojados se deslizaban con el roce, lo que hacía que aumentarla la excitación. Casi perdiendo el equilibrio, Patrick acabó sentado en uno de los escalones y, sujetándola a ella para que no se cayese, la puso a horcajadas sobre él; se reclinó y alcanzó a quitarle el sujetador. Contuvo el aliento. Había imaginado cómo serían sus pechos muchas veces, pero eran todavía mejor. Agachó la cabeza a para acariciarlas con los labios, besando cada tramo de piel que encontraba. Ella se arqueó y dejó escapar un gemido ahogado cuando notó que, bajo ella, Patrick estaba duro. Él respiraba cada vez con más velocidad y deseoso pegó un estirón a sus shorts dejándola completamente desnuda. La miró de arriba abajo durante un minuto largo, porque casi no podía creerse que por fin fuese suya.

Cuando no aguantó más, la giró dejándola apoyada ella en escalón. Con celeridad, se quitó los pantalones y se acercó a ella, que se agarró con la mano a la barandilla. Los dos cerraron los ojos a la vez. Era algo mágico que acabó con un gran suspiro, abrazo y beso. Maya lo rodeó con las piernas y Pat la cogió en brazos, alzándola, antes de embestirla allí mismo, contra la pared de las escaleras. Gimió al sentirlo dentro de ella moviéndose como si el mundo fuese a romperse en mil pedazos de un minuto a otro. Maya gritó cuando una oleada de placer la sacudió de la cabeza a los pies y se aferró a

Patrick mientras él susurraba su nombre instantes antes de acabar con un jadeo ronco.

Maya tuvo ganas de llorar. No sabía muy bien el porqué, pero así era. Había deseado tanto tiempo ese momento... No quería pensar en el miedo..., no quería pensar en el futuro...

—Me alegra que hayas venido, cara de pimienta —bromeó Patrick.

—Y yo, tontito —le contestó abrazándolo con más fuerza—. No me voy a separar de ti. ¡Pongo el *modo Koala!* —Maya se agarró a él con las piernas y los brazos.

Patrick la besó mientras avanzaba por el pasillo.

—Llegamos un poco tarde al dormitorio —bromeó.

Él la miró intensamente y respiró sobre su mejilla.

—Como a todo lo demás —contestó él.

—Años de retraso. —Ella sonrió.

—La espera ha valido la pena.

Los dos se tumbaron en la cama todavía sin vestirse. Estaban muy cómodos. Ese era uno de los temores de Maya. Había imaginado cientos de veces que se acostaban y no sabía cómo reaccionarían después. Era mucho mejor de lo que había pensado.

—¿Todavía no te has cambiado a la habitación grande? —preguntó ella.

—No, todavía no. He estado viviendo en California y como no he pisado mucho esta casa no me ha dado tiempo. Aún me sirve este cuarto.

A Maya siempre le había parecido misterioso el dormitorio de Patrick. Observó la colección de cochecitos y le recordó cuando, tiempo atrás, le regañó al coger uno.

—Maya, tenemos que hablar... —insistió Patrick.

Ella se dispuso boca arriba con las manos en la parte de atrás. No quería tener ese tipo de conversación incómoda. No quería pensar. No quería que ese momento cambiase.

—Si quieres y no te enfadas, podemos hacer una carrera con algún coche de tu estantería —bromeó ella recordándole cuando eran críos.

Patrick la entendió y suspiró hondo, diciéndose que ya habría tiempo para aclarar las cosas, porque en el momento en el que le dijese que estaba loco por ella, quería que Maya lo escuchase bien y atentamente, que supiese que aquello significaba que estaba dispuesto a cambiar, a tener algo especial a su lado...

Sonrió mirándola. Ella era adorable.

—Pues sí. Ahora sí. Espérate y verás...

Pat se levantó y escogió un Ferrari.

Volvió a la cama y posó el coche en el estómago de Maya.

—¡Señoras y señores! —Él imitó a un comentarista de carreras—. Bienvenidos al *Rally Maya*. Es una carrera muy peligrosa y con curvas imposibles.

Patrick deslizó el coche haciendo círculos por su vientre. Maya dejó

escapar una carcajada, aunque también quería volver a llorar de felicidad.

—¡Comienza la carrera! —continuó él—. Atención, los coches se acercan a una colina muy suave. —Patrick rodó el coche subiéndolo por su pecho—. Y, ¡cuidado! Hay un pequeño bache... —Pasó el coche por su pezón—. Pero ¿qué ocurre? El bache se ha transformado en una roca... —Maya se estaba excitando con el roce de Patrick. Los dos comenzaron a hacerlo—. Señoras y señores, ahora toma una nueva dirección, el coche está bajando. —Poco a poco, el cochecito descendía lentamente por el costado haciendo eses en su abdomen y pasando por el interior del muslo de Maya, que ya no sonreía.

Patrick dejó el cochecito y continuó con su mano acariciándola por todo el cuerpo hasta que se detuvo entre sus piernas. La besó lenta e intensamente y Maya lo agarró del cuello instándole a que se pusiera arriba de ella, dentro de ella. Y él lo hizo, volvió a hundirse en su interior con un gemido ahogado, porque cuando se traba de Maya no sabía poner límites, tan solo dejarse llevar y desearla, embistiéndola hasta que ella gritó de placer agarrando las sábanas en un puño y los dos terminaron a la vez.

Patrick respiró hondo, acariciándole las mejillas.

—Al final tenías razón y es mejor jugar con los cochecitos.

—¡Lo ves! —Maya le dio un beso.

—¿No tienes hambre? —preguntó Pat.

—¡Mucha! —Él le acarició la cara.

—Tengo un par de pizzas en el congelador.

—Voy a prepararlas y cenamos. —Ella se ofreció.

—Ten cuidado, no pases al comedor que se me ha caído un vaso y se ha hecho añicos. Mientras las metes en el horno, lo recojo.

Maya se puso sus braguitas y una camiseta de Patrick de la vigésimo tercera carrera popular de Hood River en la que él había participado. Pasado un rato, cuando él terminó de recoger los cristales del vaso, fue a la cocina y la abrazó por detrás.

—¡Huele de maravilla! —dijo Patrick.

—Solo las he puesto en el horno. —Maya las colocó en los platos—. Toma, coge tú esta.

—No te voy a ayudar —replicó Patrick sonriéndole—. Ahora que vas cargada, ¡me voy a aprovechar de ti! Estás muy sexy... —Le agarró el culo que le salía de la camiseta antes de empezar a hacerle cosquillas y a besuquearle la nariz.

—¡Patrick, para! Se me van a caer las pizzas...

Al final, las cogió y las dejó en la mesa enfrente del sofá. Habían acordado jugar al último juego de “La llamada del deber” y competir. Después de comer las pizzas, sortearon la película que verían al acabar. Patrick escogió “John Wick” y Maya “27 vestidos”.

—¡¡No!! ¡Por qué! Siempre tengo que perder...—dijo Patrick.

—Venga, si te gustan las películas de amor.

—Bueno, algunas...

No era la primera vez que veían una película solos en un sofá, pero esta vez era muy distinto. Ninguno de los dos estaba imaginando toda la película cómo sería besar al otro y cómo reaccionaría. Estaban felices, estaban completos.

Maya reposó la cabeza en el pectoral desnudo de Patrick mientras le acariciaba el pelo. Eso es lo que querían y siempre habían deseado. Un sueño dulce les invadió viendo la película. El día había sido muy largo y los ojos pesaban.

Los créditos de la película salían y el sonido de la banda sonora despertó a Maya. Alzó la cabeza y lo miró cómo dormía. Quiso hacerle una foto porque casi no se creía lo que estaba viendo. Se acercó a la mesa donde estaban los móviles y el de Patrick recibió una notificación. El móvil se iluminó solo y, sin ser su primera intención, Maya vio que se trataba de la tal Juliet. Decía así: *“ola, Pat: me a ecantad k me llamas hoy. Yo tb tngo ganas de verte y k vamos otra vz a acer Paddle surf. Yo tb te kiero. Bechitos, bechitos”*.

Capítulo 22

A pesar de no haber dormido en un colchón, Patrick se encontraba descansado y, sobre todo, feliz. Todavía llevaba encima el olor a frambuesa de Maya. Sonrió. Tenía ganas de abrazarla esa mañana.

—Maya... —ronroneó buscándola.

Pero no estaba. Pensó que estaría en la cocina haciéndose el desayuno y, si no lo había hecho ya, él prepararía unas tortitas de esas con grasas saturadas y azúcar que tanto les gustaban. Sin embargo, cuando se acercó allí, no estaba en la cocina y tampoco en el baño, ya que la luz estaba apagada. Era un poco extraño.

—¿Maya? —repitió.

Subió las escaleras por si se había ido a alguna habitación y se dio cuenta de que la camiseta que llevaba anoche estaba plegada en la cama y su ropa ya no estaba.

Bajó corriendo y recorrió toda la casa con la mirada. Estaba solo y no entendía muy bien el porqué. Pensó en llamarla por teléfono por si hubiera ido a comprar el desayuno o café, aunque era bastante improbable, ya que tenía la despensa llena.

Cogió su móvil y contuvo el aliento.

—No... —Patrick cerró los ojos al verlo—. No puede ser. No, no, no...

Vio que en la pantalla estaba la notificación del mensaje de Juliet. Luego la

llamaría. Antes tenía que arreglar todo con Maya. Empezó a desesperarse mientras deslizaba la pantalla aplazando la lectura del mensaje para contactar con Maya.

“El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento, si quiere dejar un mensaje espere”. Colgó.

—¡Maldición! —gritó Patrick. Volvió a llamar.—. Vamos, vamos, vamos, cógelo.

La misma locución le decía que no estaba disponible y que dejara un mensaje al oír la señal.

—Maya, por favor. Cuando oigas este mensaje llámame. Es importante.

Se vistió rápidamente, cogió una manzana para el camino y llamó a la puerta de los Baker. Parecía que siempre sentía algo nuevo en esa puerta y este era el peor de los sentimientos que había tenido. Josh abrió.

—Hola, Pat.

—Hola, Señor Baker. ¿Está en casa Maya? Es importante.

El padre de Maya suspiró antes de continuar hablando.

—Hijo, Maya se ha ido —dijo Josh con tristeza—. Ha venido esta mañana llorando y nos ha dicho que no había boda y que quería huir de aquí.

Patrick frunció el ceño y levantó el labio superior.

—¡Maldita sea! ¿Sabes a dónde ha ido?

—Ha cogido el primer vuelo a Oklahoma y nos ha dicho que necesitaba estar sola. Que la entendiéramos. No sabemos mucho más.

—¿Sabes cuál es la dirección de allí?

—Patrick, también nos ha suplicado otra cosa. Que no te dijéramos nada.

Yo te aprecio y sé que eres buen chico, pero Maya necesita tiempo.

Patrick sintió una fuerte presión en el pecho.

—Gracias por decírmelo, Señor Baker. Sabe lo importante que es Maya para mí.

—Lo sé y por eso te doy también todo mi apoyo. Haz lo que tengas que hacer.

El padre de Maya le dio un abrazo fraternal.

—Gracias de nuevo. ¿Le puedo pedir una cosa?

—Claro, chico.

—¿Me puede dejar el trípode para la cámara?

Capítulo 23

El avión iba a casi mil kilómetros por hora y, aun así, a Maya le parecía que se alejaba lentamente de Hood River. Pensó que ya había *huido* una vez y le fue bien. Por lo menos pudo reconstruir los pedazos rotos de su corazón y vivir unos años tranquilos en la universidad. Tenía la sensación de que volvía a ocurrir exactamente lo mismo.

Tonta, tonta, tonta, se repetía una y otra vez mientras miraba por la ventanilla del avión.

Se sentía así por haber imaginado cosas que jamás existirían. Creyó, en un principio, que Patrick había cambiado. pero sus sospechas eran ciertas. Maya solo era un trofeo más al que juntar con los otros de kitesurf. Y cuando se cansase de tenerla ahí, en su estantería particular, se olvidaría de ella y buscaría un nuevo reto que alcanzar.

Yo también te quiero, repitió mentalmente la frase que había leído en el mensaje de Juliet. Eso quería decir que Patrick había engañado a otra chica diciéndole que la quería mientras estaba con Maya. *Es un cerdo y un capullo. Desde siempre lo he sabido.*

Unas lágrimas comenzaron a deslizarse por la mejilla.

Sonia la esperaba en el aeropuerto. Fue su gran apoyo los años que estuvo estudiando allí, su compañera de piso y la amiga que nunca tuvo en Hood River. Maya solo le había dicho por teléfono que no se casaba y que si podía

acogerla en su casa unos días hasta que encontrara piso de nuevo. Como era de esperar, Sonia la recibió con un gran abrazo. Le ayudó a llevar todas las maletas a su coche y lo primero que hicieron con el equipaje aún en el maletero fue ir a tomarse una copa para contarle lo sucedido. Entraron en Lurxen, un bar secreto al que solían ir cuando se agobiaban de los exámenes o de cualquier tema. Estaba bastante escondido y pocos compañeros de la universidad sabían que existía ese lugar.

—No me lo puedo creer, Maya —dijo Sonia.

—Pues créetelo. Así ha sido.

—Cuando lo conocí allí, no parecía tan capullo.

—Nunca lo parece, pero al final es el peor de todos.

—Es más, al final de la noche, me di cuenta de que no paraba de mirarte, y no de una forma normal. La mirada era muy intensa, como si no hubiera nadie más.

—Pues no era así, desde luego —parpadeó para contener las lágrimas y luego empezó a contarle la historia desde el principio: cómo se conocieron, las bromas divertidas entre ellos, la rivalidad en los deportes y los juegos, el día del baile, el beso y lo irónico que resultaba que todo el mundo dijese que acabarían juntos.

—Se equivocaban. Siempre fui un juguete para él —dijo Maya entre sollozos—. Entonces, tomé la decisión de venirme a estudiar aquí. A rehacer mi vida lejos de Patrick y del dolor que sentí cuando, después de besarnos,

me aseguró que para él no había sido nada.

Aunque la historia con Augustus ya la conocía, se lo volvió a contar todo, pero ahora incluyendo que casi todo el tiempo su corazón lo comparaba con Pat.

—Cuando volví a Hood River, creí estar preparada para volver a verlo y en un principio pensé que sí.

—¡Dos cervezas más para mi amiga y para mí! —Sonia interrumpió la conversación, pero Maya lo agradeció porque se le estaba secando la garganta.

—Comenzamos a hablar y me contó la boda que le gustaría tener a él. Sin quererlo me imaginaba en esa noche a la luz de las estrellas, los viajes, la cena... —Hizo una pausa mirando al suelo—. Ahí me replanteé un poco lo que sentía por Augustus. Quería a Patrick, sabía que no lo podía tener y opté por adaptarme a Augustus. Creerás que soy egoísta...

—Para nada —contestó tajante—. Los sentimientos no son caprichos. Cielo, una no puede controlar lo que siente y menos cuando es algo que arrastras tanto tiempo...

Maya le dio un abrazo y suspiró hondo.

—Por eso eres mi mejor amiga. —Sonia le sonrió—. Luego fue la elección de los detalles de la boda. Esos días, estaba tan engañada que hubiera querido que las tareas de la boda fueran infinitas para no dejar de estar con Pat. Y llegó la despedida...

—¡Ahí estuve yo! —gritó Sonia para sacarle una sonrisa a Maya.

—¡Sí! —Maya brindó—. Entonces os vi a vosotras y a Pat y algo que nunca había sentido con Augustus ni con nadie me invadió. Los celos.

—¿Celos?

—De vosotras. Siempre os he considerado muy guapas y yo el patito feo.

—¿Tú? ¿Cómo puedes decir eso? Es ridículo.

—Y cuando os vi con Patrick... pensaba que me iba a morir...

—¡Eres muy tonta! —Maya volvió a sollozar y Sonia la abrazó de nuevo con cariño. Le apartó el pelo de la cara—. Deberías haber hablado con nosotras...

—Sí, tendría que haber soltado todo este embrollo que llevaba en la cabeza...

Maya narró la comida con Augustus en casa de sus padres y cuando le dijo que necesitaba un tiempo y que no estaba segura de sus sentimientos, él optó por dar un paso atrás. No lo culpaba por ello. Habían hablado unas horas más tarde y calmados, por teléfono, y parecía haberlo aceptado mejor, aunque le dijo que tardarían un tiempo en volver a ser amigos.

Y también le contó la noche mágica que pasó en casa de Patrick.

—Creí que iba a ser así de especial el resto de mi vida hasta que leí el mensaje.

—Pues te dejo que llores unos días y después creamos a una nueva Maya en la que Patrick solo será un vago recuerdo.

—Menos mal que os tengo ahí. Ya he empezado por bloquearle todas las llamadas y todos los mensajes. A no ser que haga señales de humo, no voy a volver a hablar con él.

—¡Así se habla! ¡Esa es mi chica! —Sonia volvió a levantar el brazo—. Camarero, dos cervezas más para mi amiga y para mí.

Maya se sintió de nuevo acogida. Esa misma noche quedaron todas las amigas para hacer una fiesta de pijamas improvisada donde estaba prohibido hablar de chicos que no fueran famosos o aparecieran en algún libro.

Tenía que intentar engañar al corazón para que dejara de pensar en Patrick, así que se lo pasaron en grande y bebieron con música en la casa de Sonia. Había momentos que hasta olvidaba Hood River. Bajaron en pijama a la calle y se dieron una vuelta mientras Lily tocaba una flauta y ellas hacían como si las siguieran cantando. Por fin pudo sonreír ese día.

El teléfono de Sonia sonó y se alejó para contestar

—¿Diga? —preguntó un poco achispada.

—Sonia, soy Patrick. —Ella abrió los ojos sorprendida—. Por favor, no cuelgues. Te lo ruego. Tengo que decirte una cosa y necesito algo de ti. Hazlo por Maya.

Sonia se alejó sin saber muy bien qué hacer. No quería decírselo a Maya, ya que era la primera vez que sonreía desde que puso un pie en Oklahoma.

—Tienes un minuto —le dijo en forma de ultimátum.

—Gracias. Como sabrás, Maya me ha bloqueado todo tipo de contacto.

Pero necesito que vea una cosa. Un vídeo. Te lo voy a mandar a tu teléfono para que se lo muestres a Maya a las doce del mediodía. Si decides enseñárselo, al acabar le tienes que preguntar si quiere ver el siguiente vídeo. Entonces me haces una videollamada y así hablaré con ella.

—No sé, Patrick. Ella está muy mal...

—Lo sé, lo entiendo, pero quiero que sepas que para mí es muy importante Maya.

Sonia no sabía si creerlo. Parecía muy convencido en su tono, pero Maya le había contado que era un mentiroso y un embaucador nato.

—Bueno...

—Por favor...

—Está bien. Pero con una condición.

—¡Gracias Sonia! —Patrick suspiró aliviado—. La condición que quieras.

—Le diré si lo quiere ver. Si te hago la videollamada a las doce es que lo ha visto, y si no recibes ninguna llamada, nunca más te pondrás en contacto con ella.

Hubo un silencio por parte de Patrick. Era una apuesta arriesgada.

—Hecho —dijo finalmente.

Capítulo 24

El olor a tortitas la despertó. Maya se desperezó y parpadeó intentando ubicarse antes de levantarse e ir a la cocina. Encontró a Sonia delante del hornillo con una espátula.

—Buenos días, marmota. —Con un giro de muñeca hizo saltar una tortita.

—Buenos días —contestó Maya llevándose una mano a la cabeza—. Creo que bebí demasiado ayer, pero valió la pena, me lo pasé muy bien.

—Yo también. —Guiñó un ojo y se quedó pensativa mirando la sartén. Le había costado conciliar el sueño pensando si debía decirle o no el mensaje de Pat.

—¡Qué bien huele! —Maya le dio un abrazo—. Gracias por cuidarme y por hacerme el desayuno. Siempre sabes exactamente qué hacer en cada momento.

Las dos se sentaron a desayunar con sus respectivos cafés y sus tortitas.

—Mmmm... —gimió Sonia—. Está mal que yo lo diga, pero son las mejores tortitas del mundo.

—¡Sí! —Maya se llevó una a la boca y la saboreó cerrando los ojos—. He pensado que podríamos salir a dar un paseo por el parque.

—Me parece una idea estupenda.

—No me quiero quedar sin hacer nada para no pensar en lo que tú ya sabes.

Sonia la miró dubitativa. Todavía no sabía si enseñarle el vídeo o no y, por desgracia, no le quedaba mucho tiempo para decidirse, ya que el mediodía se acercaba.

—¡Pues claro! —logró decir.

Las dos se pusieron cómodas para salir a pasear por la ciudad. Se acercaron al Bicentennial Park rodeando la fuente central y caminando relajadas por el césped.

—En esta ciudad tengo sentimientos contradictorios —comenzó a sincerarse Maya—. Por un lado, me ha salvado de situaciones en las que no tenía salida y, por otro lado, me hubiera gustado saber qué hubiera pasado si no me hubiera ido.

—¡No quiero que te pongas triste! —Sonia se quedó más pensativa todavía, sin saber qué hacer al final. Se acercaba la hora y se tenía que decidir. Maya la notó los nervios de su amiga, porque no dejaba de retorcerse los dedos mientras caminaban y de respirar hondo.

—Creo que te van a entrar moscas como sigas abriendo la boca así.

—Maya. —Al final Sonia se decidió—. Ayer me llamó Patrick.

Se paró de golpe. Su mandíbula se tensó y frunció el ceño.

—¿Có-cómo? —balbuceó.

—No te enfades conmigo. No sabía si decírtelo o no. Me dio unas instrucciones.

Maya seguía con el ceño fruncido intentando recomponerse de esa noticia

inesperada.

—Me dijo —continuó Sonia—, que yo decidiera si te enseñaba un vídeo o no. No tengo ni idea de qué es, pero no quería quedarme con él: “*y si se lo hubiera enseñado...*”.

—No me enfado, pero es que he venido aquí a olvidarme de él y me encuentro esto...

—Maya, no tienes por qué verlo.

¿Qué cojones querrá? ¿Por qué viene ahora con esto? ¿No me puede dejar en paz? Necesito olvidarlo. Necesito verlo. Lo necesito. Maya odió sus pensamientos y odió no poder odiarlo a él.

—Pensando en la parte positiva, si no te convence puedes mandarlo a la mierda más fácilmente. Será como el adiós definitivo.

—Tienes razón —afirmó Maya—. Además, él está lejos.

—Y yo estoy cerca, así que te apoyaré si sale mal.

—De acuerdo —contestó un poco temblorosa.

Sonia sacó de su bolso el teléfono móvil. Ahí vio una conversación de chat con Patrick en el que solo había un cuadrado con una miniatura de vídeo y una línea que ponía “*Gracias*”.

Maya cerró muchos los ojos apretando los párpados, suspiró hondo y asintió con la cabeza.

Reproducir...

El vídeo estaba filmado en Event Site. Al principio no aparecía nadie, pero

de repente de detrás de la cámara salió Patrick.

Maya suspiró. *Qué guapo. Calla Maya. Déjale que siga...* Su diálogo interior no paraba.

Pat llevaba un sombrero marrón clarito, un chaleco con muchísimos bolsillos, una camisa beige de manga corta y unos pantalones cortos.

—*Hola, Maya. Soy el paleontólogo Pat Ward. Imagino que habrás oído hablar de mí, porque soy experto en mi campo.*

Maya se sonrió, porque no podía evitar caer ante las bromas continuas de Pat, y maldijo que las comisuras de sus labios subieran sin su permiso.

—*Estoy en Event Site, como recordarás es un lugar en Hood River muy importante, ya que tiene un yacimiento. Te lo demostraré.*

Maya estaba expectante. Patrick se alejó de la cámara. Llevaba una pala en las manos y caminaba contando pasos.

—*Cuatro, tres, dos, uno... Aquí.*

Hizo una cruz el pie. Miró a la cámara sonriendo y comenzó a cavar.

Sonia paró el vídeo.

—¿Estás bien, Maya?

—Sí, sí, sí —repitió efusivamente—. No tengo ni idea de qué cojones va a hacer.

—Sigo.

Sonia le volvió a dar al botón de reproducir.

Patrick siguió cavando hasta que paró.

—*¡Eureka!*

Levantó las manos y corrió a la cámara. La desenganchó del trípode y la acercó al *yacimiento*. Patrick sacó de su bolsillo su teléfono móvil y puso de fondo la canción de *Parque jurásico*. La película favorita de Maya. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar al advertir que recordaba ese detalle de ella, como muchos otros.

—*¡Aquí está! Lo he encontrado.*

Patrick acercó la cámara al suelo mostrando lo que parecía un cilindro. Con un pincel fue quitando el polvillo que había dejado la tierra como si de un fósil importante de dinosaurio se tratara.

—*Esto es una prueba. —La enseñó a cámara dándole vueltas para que se viera bien—. Esta prueba lleva enterrada bastante tiempo y tiene la llave. La llave del futuro.*

Patrick miró a cámara y continuó.

—*¿Nunca has pensado que tú y yo estábamos hechos el uno para el otro, aunque las circunstancias no hayan estado a favor? Nos conocemos desde hace mucho tiempo y sé que tienes una idea equivocada de mí, así que, pregúntale a tu corazón y, si quieres descubrir realmente cómo soy, pídele a Sonia que te enseñe el siguiente vídeo. Confía en mí, Maya.*

Post data: espero que hayas aceptado ver el vídeo, porque las diez personas con las que me he cruzado se han reído de mí. No me extraña con las pintas que llevo.

Capítulo 25

La cara relajada de Maya denotaba esperanza. Una sonrisa se había fijado sus labios, a pesar de que las dudas seguían atormentándola. Suspiró hondo, agobiada.

¡Maldición! ¿Qué será ese cilindro? No creo que mi forma de pensar sobre él cambie. O sí. No sé. Juliet, la otra. Es un capullo, no te fíes. Sus ojos verdes me matan. Sus labios. Patrick.

—¡Maya! —Era la tercera vez que Sonia la había llamado, pero ella estaba ensimismada con sus pensamientos.

—Perdona... —Sacudió la cabeza.

—¿Cómo estás?

—Estoy intentando asimilar...

—No sé qué te va a decir, pero lo que sí sé es que se ha esforzado mucho y me he reído bastante con lo del *Parque Jurásico*.

—Es muy tontito. —A Maya ya le había cambiado el tono de voz a uno más suave.

—¿Pongo el otro vídeo? —preguntó Sonia preparando la videollamada. Era otro engaño que no sabía si podía llevar a cabo, pero viendo lo que había *trabajado* Patrick decidió que sí. Eran las doce menos un minuto, supuso que él estaría muy pendiente del teléfono.

Maya volvió a respirar profundamente, pero esta vez un poco más relajada.

—Por supuesto, dale a reproducir.

Sonia giró el móvil. En la pantalla aparecía Patrick con otra ropa. A Maya le pareció que estaba muy guapo, con sus bonitos ojos brillando bajo el sol.

—Hola, Maya. Veo que has reproducido el segundo vídeo y eso es buena señal. Aquí tengo el cilindro. No es un cilindro cualquiera, sino una cápsula del tiempo y, como tal, necesito alguien que sepa interpretar el pasado y tú eres la mejor paleontóloga que conozco.

Patrick la dejó en el banco de un parque.

Maya se extrañó y frunció el ceño.

El lugar donde estaba él le resultaba familiar

—Sonia, ¿no te suena el parque en el que está Patrick? —Entrecerró los ojos.

—Sí... mucho... —respondió ella—. Creo que es el Red Andrews Park...

—Puede ser —respondió Maya.

—No. —Patrick dijo a través del móvil.

Maya abrió los ojos muchísimo. No sabía qué estaba pasando.

—Parece que nos haya contestado el vídeo que ha mandado —dijo Maya.

—No es el Red Andrews Park —repitió Pat—. Es el jardín botánico Myriad Botanical Gardens.

Maya se dio cuenta de lo que pasaba.

Patrick estaba a menos de dos minutos de donde estaba allí.

No era un vídeo, era en directo.

—¿Patrick?

—¿Ratita? —le contestó él.

—¿Qué haces aquí?

—Pues he confiado en que querrías ver la grabación y me he arriesgado a venir a Oklahoma. ¿Vienes?

—No sé... —Maya dudó.

—Valdrá la pena.

—Bueno. —Maya miró a su amiga que estaba encantada de ver la escena. Sonia asintió rápidamente—. Espérame.

Maya colgó y suspiró muy fuerte. Patrick había ido allí, a su refugio. Estaba nerviosa y ansiosa. Se sentía expuesta sin la coraza de la distancia y, al mismo tiempo, sabía que aquello iba a ser determinante, que su historia no podría tener más idas y venidas eternamente, por el bien de su corazón y de los buenos momentos que habían pasado juntos.

—¡Ve con él! —le dijo Sonia sonriéndole.

Maya se dirigió al jardín botánico.

Reconoció el lugar porque le encantaba sentarse a solas para ver a los patos del estanque y respirar la paz que le proporcionaban los susurros de las copas de los árboles.

A lo lejos divisó a Patrick. Estaba inquieto mirando en todas direcciones esperando que apareciera ella hasta que, en una de las miradas, la encontró y se acercó a ella con paso firme.

—Hola, Maya.

Se estremeció al oír su voz.

—Hola, Patrick.

Las emociones estaban muy contenidas.

—Gracias por confiar en mí y venir.

Ella tenía un nudo en el estómago y la boca seca. Necesitaba respuestas rápido para no traicionar sus sentimientos, así que se armó de valor y fue directa al grano.

—Patrick, necesito saber quién es Juliet —susurró con voz temblorosa.

Contuvo el aliento mientras él la miraba.

—Juliet es una amiga de California.

Maya parpadeó para no llorar.

Sabía bien cómo eran las *amigas* de Patrick...

—Es una amiga que conocí en el programa que presenté —continuó él. Ella cada vez estaba más nerviosa. Rumió que seguro que era la otra presentadora o de otro plató. El tipo de chicas que salen en el tiempo muy sofisticadas y maquilladas con sus tacones. Reprimió las ganas que tenía de gritar—. Salíamos a hacer paddle surf...

Encima compartían un deporte como nosotros... esto es una pantomima...

Espeuló Maya. *Una más y me voy.* No puedo aguantar más.

—Qué bien —replicó.

—Yo la llevaba en la tabla...

—Patrick, adi...

—...porque es parapléjica. —Maya enmudeció—. Tiene ocho años y la quiero mucho. Le gustó tanto, que adaptamos una tabla con una silla y podía practicarlo con normalidad. Ya sabes que no tengo hermanos pequeños, pero desde el día que la conocí hasta ahora la querré. Le he hablado mucho de ti y tiene muchas ganas de conocerte. Mira.

Patrick le enseñó una foto de ella.

—Qué guapa...

Maya miró hacia los lados intentando ver algún tipo hueco u orificio para meter la cabeza y no sacarla nunca. Sentía la mayor vergüenza que puede sentir una persona. *Ahora todo encaja. La forma de escribir, el “yo también te quiero”. Tonta, tonta, tonta...*

Por otro lado, la vergüenza vino acompañada de un pequeño alivio. Un soplo de aire fresco que hizo que las escenas en las que había imaginado a Pat con Juliet se desvanecieran.

—Y ahora, toma la cápsula del tiempo —Patrick se la tendió.

Con cautela, Maya cogió el cilindro azul y lo abrió.

Contenía un pequeño papel manuscrito.

Hola, Maya del futuro. Espero que esta carta la leas cuando hayas acabado la carrera en la universidad. Seguro que la has sacado con la mejor nota. ¡Eres una empollona!

Te escribo porque acabo de despedirme de ti. Te vas lejos a vivir tu sueño. Ha sido uno de los momentos más difíciles que he pasado en mi vida porque te he mentado...

Ayer nos fuimos de la fiesta de los Frederick a cenar una hamburguesa. Como te dije, te has convertido en alguien muy importante, pero no como mi hermana, sino como la persona con la que quiero estar. Cada momento que paso contigo es especial y anoche en Event Site cuando te di el beso... supe que deseaba algo más, pero no quise entorpecer tu vida y tus proyectos ni la ilusión de tus sueños como me comentaste. Por eso acabo de mentirte diciéndote que el beso de ayer no significó nada. He tenido que salir corriendo a escribirte esta carta que enterraré aquí, en Event Site el lugar donde mis sentimientos cambiaron. Aquí supe que nunca habría nadie más que tú. Estos cuatro años se me van a hacer muy largos, pero en cuanto pasen y volvamos a reencontrarnos y tú seas una paleontóloga famosa... espero poder darte esto y muchos más besos.

Te quiero, Maya.

Maya se dio cuenta de que estaba llorando cuando empezó a ver las letras borrosas. Apartó la vista de la carta y la alzó al frente, fijándola en Pat y en esos ojos verdes que la miraban suplicantes como si no existiese nadie más en el mundo.

—No me lo puedo creer... —gimió.

—Pues créetelo, ratita —le sonrió.

—Deberías habérmelo dicho.

—No quería entorpecer tus sueños.

Ella se acercó hasta él dando un paso tras otro hasta que estuvieron tan cerca que sus cuerpos se rozaban. Podía notar el pecho de Patrick subiendo y bajando con cada respiración. Alzó una mano y recorrió con la punta de los dedos su rostro, el contorno de la mandíbula masculina, de los pómulos y los labios... esos labios...

El primer contacto con los suyos fue apenas un roce tímido que se transformó enseguida en un beso intenso y largo. Maya le rodeó el cuello con los brazos y devoró su boca despacio y a conciencia, como había deseado durante tantos años. Patrick jadeó cuando ella le mordisqueó el labio inferior y la abrazó contra su torso antes de esconder el rostro en su cuello. Se quedó allí unos segundos, tan solo disfrutando del aroma de su piel y de tenerla así, bajo el sol caluroso de la tarde y el susurro de los árboles.

—Cásate conmigo, Maya.

—¿Qué? —Se echó a reír.

—Cásate conmigo —repitió.

—¿Me lo estás preguntando en serio?

Patrick se separó de ella y sonrió feliz.

—Sí, muy en serio. Si quieres me arrodillo aquí mismo y no he comprado un anillo, pero puedo... puedo buscar la joyería más cercana y yo...

—Patrick, sí. —Lo sujetó de la barbilla.

—Joder, qué bien suenan esas dos palabras juntas.

Maya volvió a reírse sin dejar de mirarlo.

—Así que el próximo verano volveremos a organizar juntos una boda... —
bromeó.

Patrick frunció el ceño y negó con la cabeza.

—De eso nada. Quiero que te cases conmigo hoy.

—¿Hoy? ¿Estás chiflado?

—Ratita, ya sabes que sí.

—¿Pero a quién se le ocurre...?

—Vamos, tenemos una boda que celebrar.

La cogió de la mano y tiró de ella tras darle otro beso húmedo en los labios. La risa de Maya lo acompañó mientras, juntos, dejaban atrás aquel lugar.

EPÍLOGO

La boda perfecta que había planeado Patrick duró casi un mes.

Primero se fueron a una cabaña remota y escondida en Broken Bow Lake que Pat había reservado. Prácticamente estaban solos en varios kilómetros a la redonda. Como explicó aquel día, hicieron el amor bajo las estrellas y Maya se puso el vestido de boda que más le gustaba a él: su cuerpo desnudo. Lo hicieron de mil formas y en mil sitios distintos. Era lo que querían, una boda para ellos, tiempo para disfrutar de todos esos besos que no se habían dado y que ahora podían regalarse.

Después, mochila al hombro, recorrieron las mejores playas para practicar kitesurf: Jericoacoara en Brasil, donde se hicieron expertos en mojitos, en Puerto rico pasando juntos en una habitación un huracán, en España bebiendo sangría... aunque en realidad daba igual el lugar que fuera porque ellos lo hacían perfecto.

El acto de firmar los papeles para contraer matrimonio no duró ni treinta minutos. Fue en el ayuntamiento de Hood River y a Pat y Maya los acompañaron sus padres como testigos. Después, montaron un gran convite abierto en Event Site donde todo el mundo estaba invitado y podía acudir cualquiera porque no repartieron invitaciones.

El menú se componía básicamente de hamburguesas, patatas, queso, una gran barbacoa y de postre tortitas; Patrick obligó a sus padres a que las

probaran y les gustaron tanto que desde ese día todos los domingos desayunaban eso.

Se quedaron a vivir en Hood River y, el primer día que estrenaron su nueva casa, Maya le regaló un capibara a Patrick al que llamaron Tira que venía de Tiranosaurio.

Por suerte, ella pudo cumplir su sueño cuando le ofrecieron un puesto de trabajo en el Museo Paleontológico de Portland, que estaba muy cerca de Hood River. Por otro lado, Patrick y Frederick fundaron la escuela de deportes acuáticos a la que Juliet acudía todas las semanas como alumna, antes de que, al terminar, fuesen a por un helado.

Al anochecer, los dos estaban deseando regresar a casa para hacer la cena juntos, acurrucarse en el sofá y ver una película o disfrutar pasando un rato bajo las sábanas. Ese día, mientras Patrick dormía a su lado y su torso desnudo se movía al son de su respiración, Maya sonrió al pensar que quizá el amor era eso, lo imprevisible, alguien que no esperas.

FIN

Más novelas de Olivia Kiss...

Ya a la venta

“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



“La promesa de un beso”

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?

OLIVIA KISS

Besos #1

*La
promesa
de un beso*



“La distancia entre dos besos”

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregándoselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



